

ROMANERO GENERAL

8

PG 5196

.R6

C-1

000

R758

SOY DE
HECTOR GONZALEZ.



1080003843

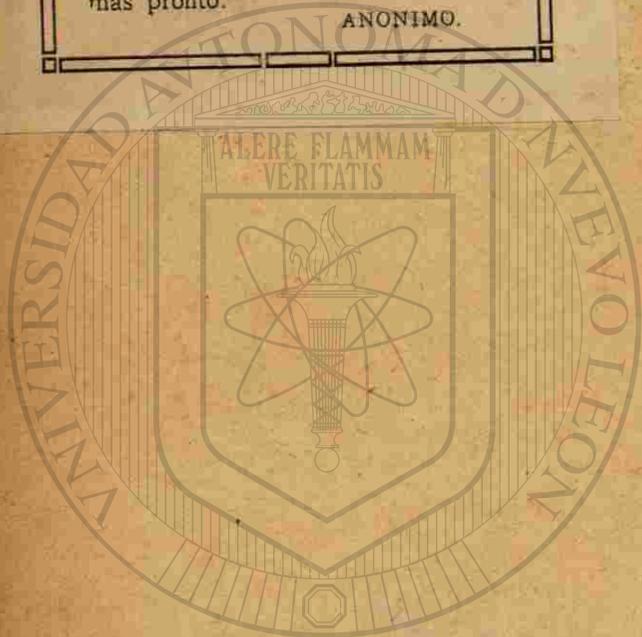
"Cuando caiga algún libro en tus
manos léelo pronto, y dáselo pronto
á su dueño; y si no lo lees dáselo
más pronto."

ANONIMO.

"LA PROPAGANDA."

LIBRERIA Y PAPELERIA.
Dr. Mier, 81.

-MONTEREY, MEX.-

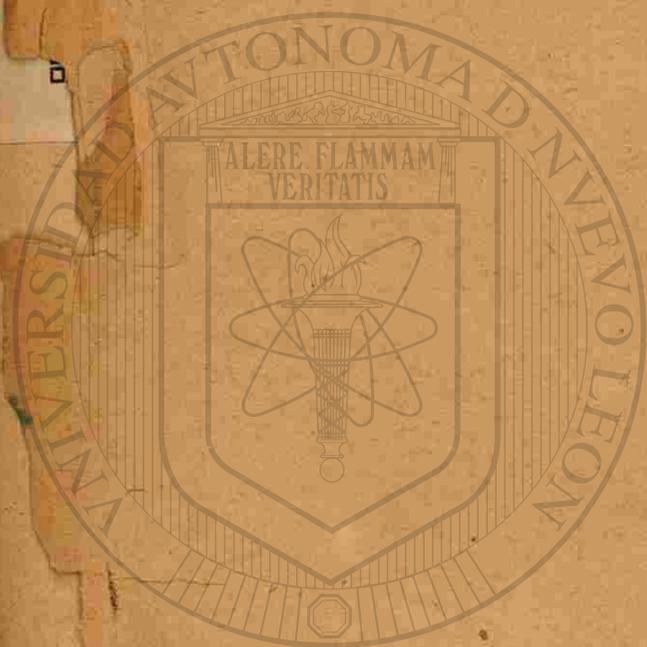


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ROMANCERO GENERAL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

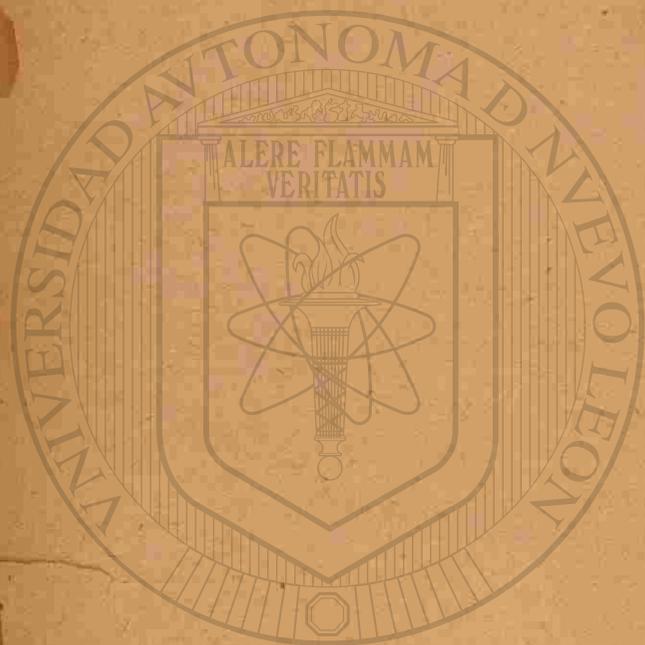
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROMANCERO GENERAL

SELECTO

CON UNA

ADVERTENCIA PRELIMINAR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

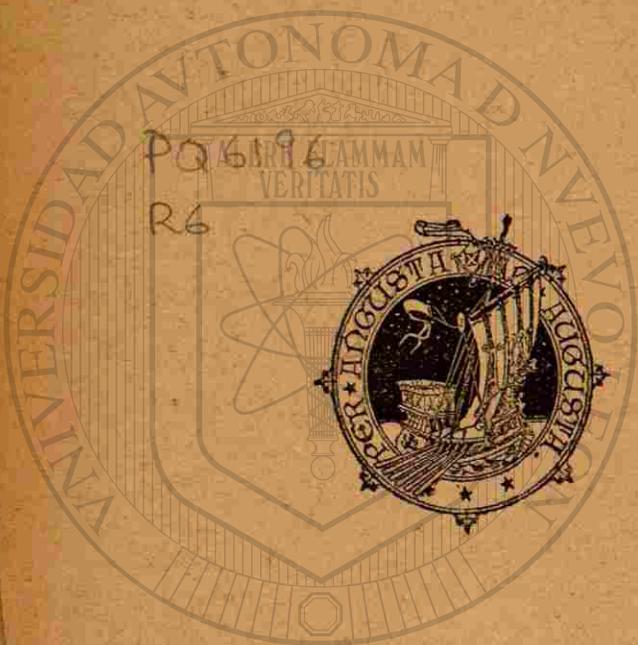
BARCELONA
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.^a, *Ausias March*, 95

1885

860
R758

STC
31-ENE-79



FSRM
3843

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO y C.^ª

Héctor González

1903

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Al estudio del *Romancero general* van unidos los más oscuros problemas que ofrece la literatura patria, desde que la crítica ha intentado descifrar uno por uno los enigmas que proponen los grandes monumentos literarios de un pueblo, de cualquier lado que se miren. De aquí resultó que pocas veces se ha publicado la colección de romances castellanos, el más sólido y venerable de todos, sin que, tomándolo por su cuenta los filósofos y eruditos, hayan cubierto sus ingentes muros de largas disertaciones. A tal punto ha llegado esta pasión, fecunda e interesantísima en un principio, pero convertida luego en indigesta manía, que ya hermosa fábrica, admiración del aficionado á la belleza, esfigurada, mutilada y llena de adesios, á todos da qué hablar menos al poeta. Cójase un libro de romances, con el solo intento de leer, y basta hojearlo para que se caiga de las manos. Los versos, que son después de todo lo que se busca y dese, lejos de campear limpios é integros en medio de la página aparecen ahogados, en espacio brevísimo, entre apretadas columnas de comentarios, variantes, enmiendas, conjeturas, llamadas y referencias, que, interrumpiendo la transcripción, distraen y abruman al lector. Este llega á preguntarse si se imprimió el libro para dar á conocer los romances ó para entresacarlos de otras colecciones para rellenar los huecos del libro.

Esta nueva edición ha sido concebida con un plan diametralmente opuesto, que obviará tales inconvenientes. ¿Qué desea el aficionado á la antigua y castiza poesía castellana? Sin duda conocer sus ejemplares sin ulterior intento. Pues

bien; basta ofrecérselos expurgados y limpios de todas aquellas cuestiones que, siendo interesantes en realidad, importan sólo al menor número. De igual modo deseará saborear, no aquellos cuyo valor es inapreciable en todos conceptos menos en el literario, sino los que reúnen superiores bellezas dentro del tipo general y genuino del romance castellano. Partiendo de este supuesto también, incluimos aquí los más selectos, á nuestro juicio. En esta elección estarán todos los errores que hayamos podido cometer. No es fácil entresacar de algunos miles los que fundada é infaliblemente puedan llamarse mejores. Los gustos serán tantos como las personas que lean y así sabemos de antemano que nadie dará en absoluto por buena la colección. Quién echará de menos el romance que aprendió de coro siendo niño y declara precioso de entonces; quién los que cabalmente por harto vulgarizados y comunes se retiraron; estos, algunos primitivos; otros, algunas imitaciones más artísticas. A todos les sobrará la razón; pero digámosles, ya que no en descargo nuestro, para prevenir toda clase de objeciones, que mientras cada lector juzgará desde un solo punto de vista, nosotros hemos debido pasar inquietos de uno á otro, atendiendo unas veces á la novedad, otras á la variedad, otras al interés dramático de la narración, otras á lo pintoresco y deslumbrante de las descripciones. Con esto y con adoptar la clasificación más obvia y menos presuntuosa, establecida por D. Agustín Durán, el eminente literato á quien se debe la colección más completa y el mayor caudal de doctrina acerca de nuestro *Romancero*, creemos haber realizado nuestro propósito: ofrecer una serie de poesías para diversión del lector, no acopio de documentos para el estudio.

J. Y.

ROMANCES MORISCOS

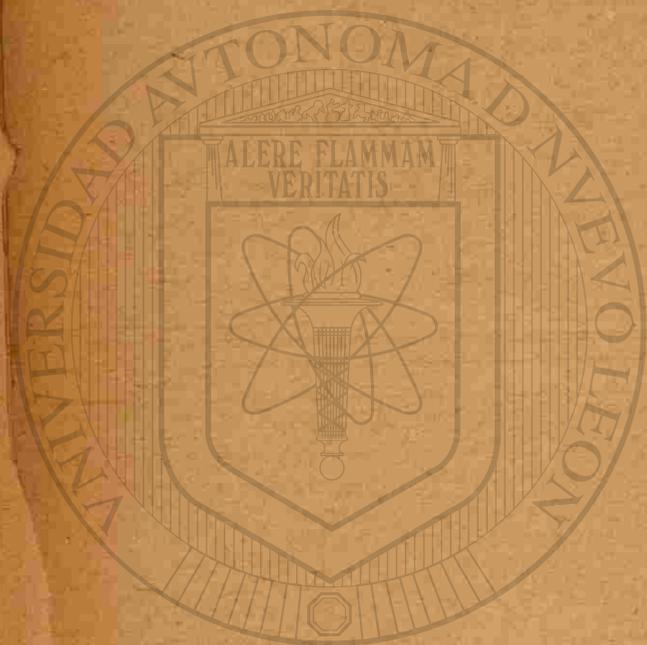
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien; basta ofrecérselos expurgados y limpios de todas aquellas cuestiones que, siendo interesantes en realidad, importan sólo al menor número. De igual modo deseará saborear, no aquellos cuyo valor es inapreciable en todos conceptos menos en el literario, sino los que reúnen superiores bellezas dentro del tipo general y genuino del romance castellano. Partiendo de este supuesto también, incluimos aquí los más selectos, á nuestro juicio. En esta elección estarán todos los errores que hayamos podido cometer. No es fácil entresacar de algunos miles los que fundada é infaliblemente puedan llamarse mejores. Los gustos serán tantos como las personas que lean y así sabemos de antemano que nadie dará en absoluto por buena la colección. Quién echará de menos el romance que aprendió de coro siendo niño y declara precioso de entonces; quién los que cabalmente por harto vulgarizados y comunes se retiraron; estos, algunos primitivos; otros, algunas imitaciones más artísticas. A todos les sobrará la razón; pero digámosles, ya que no en descargo nuestro, para prevenir toda clase de objeciones, que mientras cada lector juzgará desde un solo punto de vista, nosotros hemos debido pasar inquietos de uno á otro, atendiendo unas veces á la novedad, otras á la variedad, otras al interés dramático de la narración, otras á lo pintoresco y deslumbrante de las descripciones. Con esto y con adoptar la clasificación más obvia y menos presuntuosa, establecida por D. Agustín Durán, el eminente literato á quien se debe la colección más completa y el mayor caudal de doctrina acerca de nuestro *Romancero*, creemos haber realizado nuestro propósito: ofrecer una serie de poesías para diversión del lector, no acopio de documentos para el estudio.

J. Y.

ROMANCES MORISCOS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Bobalías el Pagano

(Anónimo)

Por las sierras de Moncayo
ví venir un renegado:
Bobalías há por nombre,
Bobalías el Pagano.
Siete veces fuera moro,
y otras tantas mal cristiano;
y al cabo de las ocho
engañólo su pecado,
que dejó la fe de Cristo,
la de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
que de allende había pasado:
cartas le fueron venidas
que Sevilla está en un llano.
Arma naos y galeras,
gente de á pié y de á caballo:
por Guadalquivir arriba
su pendón llevan alzado.

En el campo de Tablada
su real habían sentado,
con trescientas de las tiendas
de seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
está la del Renegado;
encima en el chapitel
estaba un rubi preciado:
tanto relumbra de noche
como el sol en día claro.

II

La morilla burlada

(Anónimo)

Yo m'era mora Moraina,
morilla de un bel catar;
cristiano vino á mi puerta,
cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
como aquel que bien la sabe:—
—Abrasme las puertas, mora,
si Alá te guarde de mal.—
—¿Cómo t'abriré, mezquina,
que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
hermano de la tu madre,
que un cristiano dejó muerto;
tras mí venía el alcalde.
Si no abres tú, mi vida,
aquí me verás matar.

—Cuando esto oí, cuitada,
comencéme á levantar,
vistiérame una almeja
no hallando mi brial,
fuérame para la puerta
y abríla de par en par.

III

La infanta mora y Alfonso Ramos

(Anónimo)

Estaba la linda Infanta
á la sombra de una oliva,
peine de oro en las sus manos,
los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
en contra do el sol salía:
vió venir un fuste armado
por Guadalquivir arriba.
Dentro venía Alfonso Ramos,
almirante de Castilla.
—Bien vengáis, Alfonso Ramos,
buena sea tu venida:
¿y qué nuevas me traedes
de mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, Señora,
si me aseguras la vida.
—Dieselas, Alfonso Ramos,
que segura te sería.
—Allá llevan á Castilla
los moros de Berbería.

—Si no me fuese por qué
la cabeza te cortaría.

—Si la mía me cortases,
la tuya te costaría.

IV

Moriana y Galván—I

(Anónimo)

Moriana en un castillo
juega con el moro Galvane;
juegan los dos á las tablas
por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde
bien perdía una cibdade;
cuando Moriana pierde
la mano le da á besare.
Del placer qu'el moro toma
adormescido se cae.
Por aquellos altos montes
caballero vió asomare:
llorando viene y gimiendo,
las uñas corriendo sangre
de amores de Moriana
hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
la mañana de Sant Juane,
cogiendo rosas y flores
en la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
conociérale en mirarle:

lágrimas de los sus ojos
en la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
y empezara de fablare:

—¿ Qu'es esto, la mi señora?

¿ Quién vos ha fecho pesare?

Si os enojaron mis moros
luégo los faré matare,
ó si las vuestas doncellas,
farélas bien castigare;
y si pesar los cristianos,
yo los iré conquistare.

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,
mi cama, las duras peñas,
mi dormir, siempre velare.

—Non me enojaron los moros,
ni los mandedes matare,
ni menos las mis doncellas
por mi reciban pesare;
ni tampoco á los cristianos
vos cumple de conquistare;
pero d'este sentimiento
quiero vos decir verdade:
que por los montes aquellos
caballero ví asomare,

el cual pienso qu'es mi esposo,
mi querido, mi amor grande.—

Alzó la su mano el moro,
un bofetón la fué á dare;

teniendo los dientes blancos

de sangre vuelto los hae,

y mandó que sus porteros

lá lleven á degollare,

allí do viera á su esposo,

en aquel mismo lugare.

Al tiempo de la su muerte
estas voces fué á fablare:
—Yo muero como cristiana,
y también sin confesare
mi amores verdaderos
de mi esposo naturale.

V
Moriana y Galván—II

(Anónimo)

○ Rodillada está Moriana,
que la quieren degollare,
de sus ojos envendados
non cesando de llorare;
atada de piés y manos,
que era lástima mirare;
los cabellos de oro puro
que al suelo quieren llegare,
y los pechos descubiertos,
más blancos que non cristale.
De ver el verdugo moro
en ella tanta beldade,
de su amor estando preso
sin poderlo más celare,
hablóle en algarabía
como á aquella que la sabe:
—Perdonédesme, Moriana,
querásdesme perdonare,
que mandado soy, Señora,

por el rey moro Galvane.
¡Ojalá viesse mi alma
cómo vos poder librare!
Para libertar dos vidas
que aquí las veo penare.—
Moriana dijo:—Moro,
lo que te quiero rogare
es que cumplas con tu oficio
sin un punto más tardare.—
Estando los dos en esto
el esposo fué á asomare
matando y firiendo moros,
que nadie le osa esperare.
Caballero en su caballo
junto d'ella fué á llegare.
El verdugo la desata,
y le ayuda á cabalgare:
los tres van de compañía
sin ningún contrario hallare;
en el castillo de Breña
se fueron á aposentare.

VI

Azarque el granadino—I

(Anónimo)

Ensillemme el pótro rucio
del alcaide de los Vélez,
dénme la adarga de Fez
y la jacerina fuerte,

una lanza con dos hierros
 entrambos de agudo temple:
 y aquel acerado casco
 con el morado bonete,
 que tiene plumas pajizas
 entre blancos martinetes,
 y garzotas medio pardas,
 antes que me vista dénme.
 Pondréme la toca azul
 que me dió para ponerme
 Adalifa la de Baza,
 hija de Celin Amete,
 y aquella medalla en cuadro,
 que dos ramos la guarnecen,
 con las hojas de esmeraldas,
 por ser los ramos laureles;
 un Adonis que va á caza
 de jabalíes monteses
 dejando su diosa amada,
 y dice la letra: *Muere*.
 Esto dijo el moro Azarque
 antes que á la guerra fuése,
 á aquel discreto animoso,
 á aquel galán y valiente
 almorálife el de Baza,
 de Zulema descendiente,
 caballeros que en Granada
 paseaban con los reyes.
 Trajéronle la medalla,
 y suspirando mil veces
 del bello Adonis miraba
 la gentileza y la suerte:
 —Adalifa de mi alma,
 no te aflijas ni lo pienses:
 viviré para gozarte;
 gozosa vendrás á verme.

Breve será mi jornada;
 tu firmeza no sea breve:
 procura, aunque eres mujer,
 ser de todas diferente.
 No te parezcas á Venus,
 aunque en beldad te pareces,
 en olvidar á su amante
 y en no respetarle ausente.
 Cuando sola te imagines,
 mi retrato te consuele,
 sin admitir compañía
 que me ultraje y te desvele:
 Que entre tristeza y dolor
 suele amor entretenerse,
 haciendo de alegres tristes,
 como de tristes alegres.
 Mira, amiga, mi retrato
 que abiertos los ojos tiene,
 y que es pintura encantada
 que habla, que vive, y que siente:
 Acuérdate de mis ojos,
 que muchas lágrimas vierten,
 ¡y á fe que lágrimas tuyas
 pocas moras las merecen!—
 En esto llegó Galvano
 á decirle que se apreste,
 que daban prisa en la mar
 que se embarcase la gente.
 Á vencer se parte el moro,
 pues que gustos no le vencen;
 honra y esfuerzo le animan,
 cumplirá lo que promete.

VII

Azarque el granadino—II

(Anónimo)

—Recoge la rienda un poco;
 pára el caballo que aguja
 medroso del acicate
 con que furioso le picas:
 que, sin uso de razón,
 á mi parecer te avisa
 de aquel venturoso tiempo,
 que tú desleal olvidas,
 cuando ruabas mi calle,
 midiendo de esquina á esquina
 con sus corvetas el suelo,
 mis ventanas con tu vista.
 ¡Oh cruel á mi memoria,
 pues por ella me castigas,
 abrasando mis entrañas
 con esas entrañas frías!
 ¡Qué de prendas que fiaba
 de tu voluntad fingida!
 ¡Qué de verdades me debes!
 Y yo á ti ¡qué de mentiras!
 Ayer temiste á mis ojos,
 hoy vences á quien temías:
 que amor y tiempo, en mil años,
 no están iguales un día.
 Pensaba yo que en tu nombre
 mi esperanza fuera rica,
 en prendas de quien tú eres,
 y de quien son mis caricias.

¿Adónde enseñan engaños?
 Por merced que me lo digas:
 defenderéme del tiempo,
 y de ti no tendré envidia.
 ¡Mas bien pudiera saberlo
 si yo saberlo quería,
 cuando escuché tus razones
 y vi tus quejas escritas!
 Disculpas pensabas darme:
 no quiero que me las digas:
 para la dama que engañas
 será mejor que te sirvan.
 Ya te cansas de escucharme,
 bien será que te despidas
 de mi alma y de mis ojos,
 como de mis celosías.—
 Esto dijo al moro Azarque
 la bella Zaida de Olias,
 y cerrando su balcón,
 dió principio á sus desdichas.
 El moro picó el caballo,
 y hacia el terrero le guía,
 murmurando de su estrella,
 que á mil mudanzas le inclina.

VIII

Gazul—I

(Anónimo)

Por la plaza de Sanlúcar
 galán paseando viene
 el animoso Gazul,
 de blanco, morado y verde.

Quiérese partir el moro
 á jugar cañas á Gelves,
 que hace fiestas el Alcaide
 por las treguas de los reyes.
 Adora una bella mora,
 reliquia de los valientes
 que mataron en Granada
 los Cegries y Gomeles.
 Por despedirse y hablarla
 vuelve y revuelve mil veces,
 penetrando con los ojos
 las venturosas paredes;
 y al cabo de un hora de años
 de esperanzas impacientes,
 vióla salir á un balcón
 haciendo los años breves;
 y arremetiendo al caballo
 por ver el sol que amanece,
 haciendo que se arrodille
 y el suelo en su nombre bese,
 con voz turbada la dice:
 —No es posible sucederme
 cosa triste en esta empresa,
 habiéndote visto alegre.
 Allá me llevan sin alma
 obligación y parientes;
 mas volverá mi cuidado
 por ver si de mi le tienes.
 Dame una empresa ó memoria,
 y no para que me acuerde,
 sino para que me adorne,
 guarde, acompañe y esfuerce.—
 Celosa estaba Celinda,
 que envidiosos, como suelen,
 á Zaida la de Jerez
 dicen que de nuevo quiere.

Airada responde al moro:
 —¡ Si en las cañas te sucede
 como mi pecho desea
 y el tuyo falso merece,
 no volverás á Sanlúcar
 tan ufano como sueles,
 á los ojos que te adoran
 y á los que más aborreces!
 Mas plegue á Alá que en las cañas
 los enemigos que tienes
 te tiren secretas lanzas
 porque mueras como mientes;
 y que traigan fuertes jacos
 debajo los alquiceres,
 porque si quieres vengarte
 acabes y no te vengues.
 Tus amigos no te ayuden,
 tus contrarios te atropellen,
 porque muerto en hombros salgas
 cuando á matar damas entres;
 y que en lugar de llorarte
 las que engañas y entretienes
 con maldiciones te ayuden,
 y de tu muerte se huelguen.—
 El moro piensa que burla,
 que es propio del inocente,
 y alzándose en los estribos
 tomarle la mano quiere:
 —Miente, le dice, señora,
 el moro que me revuelve,
 á quien esa maldición
 le caiga, porque me vengue.
 Mi alma aborrece á Zaida,
 y de su amor se arrepiente,
 que su desdén y tu amor
 han hecho mi fuego nieve.

¡ Malditos sean tres años
que la serví por mi suerte,
pues me dejó por un moro
más rico de pobres bienes!—

Oyendo aquesto Celinda
aquí la paciencia pierde,
cerró la ventana airada,

y al moro el cielo que tiene.

Pasaba entonces un paje
con sus caballos jinetes,
que los llevaba gallardos
de plumas y de jaeces.

La lanza con que ha de entrar
toma, y furioso arremete,
haciéndola mil pedazos
contra las fuertes paredes,
y manda que sus caballos,
jaeces y plumas truequen,
de verdes en leonadas,
y parte furioso á Gelves.

IX

Gazul—II

(Anónimo)

Estando toda la corte
de Almanzor, rey de Granada,
celebrando del Bautista
la fiesta entre moros santa,
con ocho moros vestidos
de negro y tela de plata,
que llevan ocho rejonas
y en ellos mil esperanzas,

seguros de su ventura,
de muchas pruebas pasadas,
y más en el fuerte brazo
que ha dado al mundo fianzas,
que algunas veces la suerte
suele á los hombres de fama
llevarlos por los cabellos
á la fortuna contraria;
entra el valiente Gazul
señoreando la plaza,
que con ir solo por ella
toda la ocupa y levanta:
hijo de sí por sus obras,
para gloria de su fama,
y para nobleza suya,
es alcaide de la Algava.

Los ojos del pueblo lleva
el caballo entre las plantas,
y en los apacibles suyos
los hermosos de las damas.
Pasa delante del Rey,
del príncipe y de la infanta,
y haciendo su cortesía,
el caballo y lanza pára.

Después del galán paseo
en que fué vista su gala,
los toros salen al coso
y al riesgo de su pujanza.

El moro toma un rejón
y el diestro brazo levanta:
furioso acomete y pica,
uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frío
el rostro al caballo espanta,
y la espuma del caballo
al toro ofende la cara.

Admirada está la corte
 del airoso brío y gracia,
 porque ningún lance pierde
 y mil voluntades gana.
 En este tiempo la suerte
 á la postrera le llama,
 porque sale un bravo toro,
 famoso entre la manada,
 no de la orilla del Betis,
 ni Genil, ni Guadiana,
 fué nacido en la ribera
 del celebrado Jarama:
 Bayo, el color encendido,
 y los ojos como brasa,
 arrugados frente y cuello,
 la frente vellosa y ancha,
 poco distantes los cuernos,
 corta pierna y flaca anca,
 espacioso el fuerte cuello,
 á quien se junta la barba;
 todos los extremos negros,
 la cola revuelta y larga,
 duro el lomo, el pecho crespo,
 la piel sembrada de manchas.
 Harpado llaman al toro
 los vaqueros de Jarama.
 conocido entre los otros
 por la fiereza y la casta.
 En cuatro brincos se pone
 en la mitad de la plaza,
 y casi en la blanda arena
 el hendido pié no estampa.
 Sale al encuentro Gazul,
 como si fuera montaña,
 alzando el brazo en el hombro
 vibrando al rejón el asta:

saca el codo junto al pecho,
 llega el puño, el brazo saca,
 y picando el fuerte cuello,
 cuero, carne y vida rasga.
 El fiero toro derriba,
 el suelo mide la espalda,
 los piés que en la tierra herian
 al cielo vuelven las plantas;
 con el furor natural
 vuelve á un lado, prueba y alza
 la tierra, que el cuerpo herido
 no tiene más que arrogancia;
 de cuya herida en un punto
 revuelta en la sangre, escapa
 la vida, dejando á muchos
 envidia de tal hazaña.
 Juntóse el moro valiente,
 á quien sigue y acompaña,
 oyendo los parabienes
 de caballeros y damas;
 porque otra cosa no escucha
 desde andamios y ventanas,
 sino que fué grande suerte
 de aquel famoso de Algava.

X

Zaide—I

(Anónimo)

Zaide ha prometido fiestas
 á las damas de Granada,
 porque dicen que su ausencia
 de fiestas las tiene faltas;

y para poder cumplir
lo que promete á las damas,
concierta con sus amigos
de hacerles fiestas y zambras.

Entre muchas que imagina,
concierta una encamisada,
para las damas secreta,
y para el vulgo callada.

Y antes que la clara aurora
el pecho se rasgue y abra,
entra el venturoso moro
con su ilustre camarada:
hecha escuadra de cincuenta
va toda bien concertada.
Cegries con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoloses,
Abencerrajes y Mazas,
Alfarries y Achapices,
Fordagues con los Ferraras,
madrugan para coger
á las damas descuidadas,
deseosos de ver libre
lo que encubren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
de unas floridas guirnaldas;
muchas cañas llevan verdes,
y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
ya las trompas y dulzainas,
ya los gritos y alaridos,
ya las voces y algazara,
ya los añafles tocan,
ya les responden las cajas,
y el envidioso Albaicín
con mil ecos acompaña.

Los azorados caballos
con los cascabeles andan,
moviendo tanto ruido,
que á la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
otros dicen: Pára, pára,
sigan orden, vayan todos
la calle de la Alcazaba.
Otros dicen: La Gerea
no se deje, ni su plaza;
otros, de Vavataubín
vuelvan luégo á la Alpujarra,
la calle de los Gomeles,
la plaza de Vivarrambla.
Corran toda la ciudad,
viva Albolún, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
las tiene muy descuidadas,
al ruido dispiertan todas,
y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
preso de una mano blanca;
cuál por descuido no cubre
su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
al cuidado alborotadas,
aunque del cuidado nacen
á cada mora mil ansias.
De pechos y en pechos puesta
á la ventana asomada,
está tan bella una mora,
que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
cómo corren, cómo paran,
y tan sólo Zaida mira
al aposento de su alma.

Zaide corre una carrera,
y Muza su camarada;
luégo todos á la folla
corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
y con tantas veras anda,
que no se viera la fin
si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
dejan la fiesta acabada,
píden lugar á la gente,
diciéndola: Aparta, aparta.

XI

Zaide—II

(Anónimo)

Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle,
ni hables con mis mujeres,
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes en qué entiendo,
ni quién viene á visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber querido
moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
que rajas, hiendes y partes,
y que has muerto más cristianos
que tienes gotas de sangre;

que eres gallardo jinete,
y que danzas, cantas, tañes,
gentil hombre, bien criado,
cuánto puede imaginarse;
blanco, rubio por extremo,
esclarecido en linaje,
el gallo de las bravatas,
la gala de los donaires;
que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte,
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
determino de dejarte:
que eres pródigo de lengua,
y amargan tus libertades,
y habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte,
un alcázar en el pecho,
y en los labios un alcaide.
¡Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes!
Porque los quieren briosos,
que hiendan y que desgarran;
y con esto, Zaide amigo,
si algún banquete les haces,
el plato de tus favores
quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hiciste!
¡Venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras
como supiste obligarme!
Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe,
cuando hiciste de tus dichas
y de mi desdicha alarde,

y á un morillo mal nacido
 me dijeron que enseñaste
 la trenza de mis cabellos,
 que te puse en el turbante.
 No pido que me la vuelvas,
 ni tampoco que la guardes :
 mas quiero que entiendas, moro,
 que en mi desgracia la traes.
 También me certificaron
 cómo le desafiaste
 por las verdades que dijo,
 ¡ que nunca fueran verdades !
 De mala gane me río :
 ¡ qué donoso disparate !
 Tú no guardas tu secreto,
 ¿ y quieres que otro lo guarde ?
 No quiero admitir disculpa,
 otra vez vuelvo á avisarte:
 esta será la postrera
 que me veas y te hable.—
 Dijo la discreta mora
 al altivo Abencerraje,
 y al despedirle replica :
 « Quien tal hace que tal pague ».

XII

* Zaide—III

(Anónimo)

Si tienes el corazón,
 Zaide, como la arrogancia,
 y á medida de las manos
 dejas volar las palabras ;

si en la vega escaramuzas
 como entre las damas hablas,
 y en el caballo revuelves
 el cuerpo, como en las zambras;
 si el aire de los bohordos
 tienes en jugar la lanza,
 y como danzas la toca
 con la cimitarra danzas ;
 si eres tan diestro en la guerra
 como en pasear la plaza
 y como á fiestas te aplicas,
 te aplicas á la batalla ;
 si como el galán ornato
 usas la lucida malla,
 y oyes el són de la trompa
 como el són de la dulzaina ;
 si como en el regocijo
 tiras gallardo las cañas,
 y en el campo al enemigo
 le atropellas y maltratas ;
 si respondes en presencia,
 como en ausencia te alabas,
 sal á ver si te defiendes
 como en el Alhambra agravias.
 Y si no osas salir solo,
 como lo está el que te aguarda,
 algunos de tus amigos
 para que te ayuden saca.
 Que los buenos caballeros,
 no en palacio, ni entre damas,
 se aprovechan de la lengua,
 pues es do las manos callan ;
 pero aquí que hablan las manos,
 ven, y verás cómo habla
 el que delante del Rey,
 por su respeto callaba.

Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
le dijo: «Vete á la Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.»

XIII

Tarfe

(Anónimo)

—Católicos caballeros,
los que estáis sobre Granada,
y encima del lado izquierdo
os ponéis la cruz de grana;
si en los juveniles pechos
os toca de amor la brasa,
como del airado Marte
la fiereza de las armas;
si por las soberbias torres
sabéis volar una caña
como soléis en la vega
furiosos volar las lanzas;
si como en ella las veras
os place el burlar de plaza,
y os cubris de blanda seda
como de ásperas corazas:

seis sarracenas cuadrillas,
con otras tantas cristianas,
el día que os diere gusto
podremos jugar las cañas;
que no es justo que la guerra,
aunque nos quemáis las casas,
llegue á quemar los deseos
de nuestras hermosas damas;
pues por vosotros están
con nosotros enojadas,
por vuestro cerco prolijo
y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
queréis gozar de su gracia,
como á la guerra dais treguas,
dadlas á nuestras desgracias:
que es grande alivio del cuerpo
y regalo para el alma,
arrimar la adarga y cota,
y echarse plumas y banda;
y al que mejor lo hiciere
doy desde aquí mi palabra,
en señal de su valor,
para que viva su fama,
de atar á su diestro brazo
una empresa de mi dama,
dada de su blanca mano,
que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel,
y lo fijó en una adarga
el valiente moro Tarfe,
gran servidor de Daraja,
en las treguas que el Maestre
de la antigua Calatrava
hizo por mudar de sitio
y mejorarse de estancia;

y con seis moros mancebos,
 de su propia sangre y casa,
 y algunos Abencerrajes,
 se le envió á la campaña.
 Recíbenlos en las tiendas,
 y sabida su demanda,
 dando el Maestre licencia
 se aceptó para la Pascua.
 Y respondiéndolo al cartel
 con razones cortesanias,
 hasta salir del real
 á los moros acompañan.
 Cesan las trazas de guerra,
 y los que del juego tratan
 cierran la puerta al acero,
 y ábrenla al damasco y galas.
 Moros y moras se ocupan,
 mientras el plazo se pasa,
 ellos en correr caballos,
 y ellas en bordarles mangas:
 y los dos competidores
 de la pendencia pasada,
 hacen paces entre sí,
 y olvidan cosas pasadas.
 Viendo Almoradí, el galán,
 que Tarfe se le aventaja,
 y que es señor de la mora
 que es señora de su alma,
 porque en público ó secreto
 cien mil favores le daba,
 dando á entender que le quiere
 más que á su vida y su alma,
 una noche muy oscura,
 para el caso aparejada,
 se salió el gallardo moro
 al terrero de la Alhambra.

Y en llegando, que llegó,
 vió una mora á la ventana,
 á quien con joyas tenía
 de muy atrás granjeada:
 hablóla, y dijo: — «¿Señora,
 es posible que Daraja,
 aunque no me canse yo,
 de maltratarme no cansa?
 Aquellos ojos que tienen
 más que el cielo estrellas, almas,
 cuya luz mata más moros
 que el Maestre con su espada,
 ¿cuándo los volverá mansos?
 ¿Ó cuándo volverá mansa,
 dejando á Tarfe que tiene
 menos manos que palabras?
 Que no soy yo como él,
 tan cumplido de arrogancias;
 pues lo que él gasta en decirlas,
 gasto yo en ejecutarlas.
 Bien saben en la ciudad
 que por mi brazo y mi lanza
 ha sido mil veces libre
 de la potencia cristiana. —
 Esto Almoradí decía,
 cuando Tarfe, que llegaba,
 dió el oído á las razones,
 y el brazo á la cimitarra.
 Figurósele al valiente
 alguna cristiana escuadra,
 y dejando la marlota
 volvió al moro las espaldas.
 Salió Daraja al ruido,
 conoció á Tarfe en el habla,
 el cual le dió la marlota,
 que era azul, con oro y plata.

XIV

Reduán

(Anónimo)

«¡Diamante falso y fingido,
engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
que ninguna fiera es más!
¡Ligero como los vientos,
mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
hasta hallar su natural!
¡Si las lágrimas que vierto
fueran lenguas para hablar,
injurias me faltarían
para culpar tu maldad!
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar;
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
Á todas dices que son
las que contento te dan,
para tu gusto mentira,
y que yo soy tu verdad;
y con esto piensan todos
que debo á tu voluntad
cuantos caminos emprendes
para que te deba más.
¡Si como yo conociesen
tu condición natural,
á otro blanco mirarían,
adonde tus flechas van!
Yo sé, traidor, que estas quejas

muy poca pena te dan,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
de sufrir y de llorar
causa agena y propios daños,
tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
porque al fin conoces ya
que cuando no puedan obras,
palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
causa de todo mi mal;
y celos averiguados
convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
pero mejor es callar,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.»
Así Fátima se queja
al valiente Reduán,
en el jardín de la Alhambra
al pié de un verde arrayán.
El moro que está sin culpa,
aunque no sin pena está,
asióle la blanca mano,
y así la comienza á hablar:
—Gesad, hermosas estrellas,
que no es bien que lloréis más,
que si á mí me llamáis piedra,
en piedras hacéis señal;
y no penséis que me agravio
de injurias que me digáis,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.

XV

Boabdil y Zara

(Anónimo)

La mañana de San Juan
salen á coger guirnaldas,
Zara, mujer del rey Chico,
con sus más queridas damas,
que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
de fino cendal cubiertas,
no con marlotas bordadas:
sus almazales bordados,
con muchas perlas sembradas,
descalzos los albos piés,
blancos, más que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
no como suelen tocadas,
y mas al desdén la Reina,
por celosa y desdeñada;
la cual llena de dolor
no dice al Rey lo que pasa,
ni quiere que en la ocasión
su pena sea declarada.
Estando de varias flores
las moras ya coronadas,
con lágrimas y suspiros
á todas la Reina habla:
—Quise, Fátima, juntaros,
porque sois amigas caras,
para quejarme á las tres
de cómo me trata Zaida,
cuya hermosura pluguiera
á Alá que no la criara,

pues en ella está mi daño
presente de cara á cara.
Sabréis cómo el Rey la quiere
más que á la vida y el alma,
de dó resulta mi daño,
pues veis con él soy casada;
el cual no creo que sabe
que sé de esto lo que pasa,
antes entiendo lo sufre
receloso de enojalla.—
Responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada
y á veces con el color
que tiene la fina grana:
—Si acaso no se supiera
quién soy por toda Granada,
dañáranme tus locuras,
mujer inconsiderada.
Jamás, Reina, me has creído
antes escudriñas causas,
más para mi mal durables,
que lo son para tus ansias.
Doyte bastantes razones,
y tan bastantes, que basta
creer que no son creídas,
aunque las ponga en la plaza:
y en ellas te digo, Reina,
que no fueras coronada,
que no me es más ver al Rey
de que á ti celosa airada.
Si piensas que tu corona
codicio, estás engañada;
Déjame ya si te place,
ó saldréme de Granada.—
Pero el Rey que no dormía,
antes bien las escuchaba,

sale diciendo que callen,
con voces muy alteradas.
La Reina que lo conoce,
encubrió el estar turbada,
y con un aplauso afable
le recibe, y así habla:

—Nunca suelen los galanes
entrar donde están las damas
sin que primero licencia
por ellas le sea otorgada.—

El Rey le replicó luego:

—A mí nunca me es vedada,
ni ha de ser donde estáis vos
y donde están vuestras damas.—

—Los reyes todo lo pueden,
respondió la Reina airada,
y también sé yo que tienen
algunos dobles palabras.—

El Rey gustó de callar
porque la vido enojada,
y metiendo otras razones
se fueron para el Alhambra.

XVI

El alcaide de Molina

(Anónimo)

Batiéndole las ijadas
con los duros acicates,
y las riendas algo flojas,
porque corra y no se pare,
en un caballo tordillo,
que tras de sí deja el aire,
por la plaza de Molina

viene diciendo al Alcaide:

«¡Alarma, capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales!»

Dejad los dulces regalos,
y el blando lecho dejadle:
socorred á vuestra patria,
y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba,
dejad el amor suave,
porque en los honrados pechos
en tales tiempos no cabe.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Anteponed el honor
al gusto, pues menos vale,
que aquel que no le tuviere,
hoy aquí podrá alcanzalle;
que en honradas ocasiones,
y peligros semejantes,
se suelen premiar las armas
conforme el brazo pujante.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Dejad la seda y brocado,
vestid la malla y el ante,
embrasad la adarga al pecho,
tomad lanza y corvo alfange:

haced rostro á la fortuna;
tal ocasión no se escape;
mostrad el robusto pecho
al furor del fiero Marte.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Á la voz mal entonada,
los ánimos más cobardes,
del honor estimulados,
ardiendo en cólera salen
con mil penachos vistosos
adornados los turbantes,

y siguiendo las banderas
 van diciendo sin pararse:
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Cual tímidas ovejuelas,
 que ven el lobo delante,
 las bellas y hermosas moras
 llenan de quejas el aire;
 y aunque con femenil pecho
 la que más puede más hace:
 pidiendo favor al cielo
 van diciendo por las calles:
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Acudieron al asalto
 los moros más principales,
 formándose un escuadrón
 del vulgo y particulares;
 contra doce mil cristianos,
 que están talando sus panes,
 toman las armas furiosos,
 repitiendo en su lenguaje:
 «¡Al arma, capitanes,
 »suenen clarines, trompas y atabales!»

XVII

Zulema

(Anónimo)

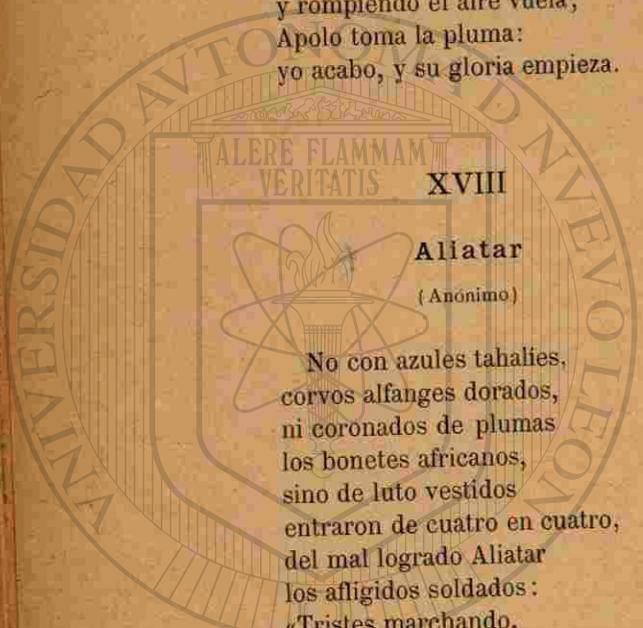
Aquel valeroso moro,
 rayo de la quinta esfera,
 aquel nuevo Apolo en paces,
 y nuevo Marte en la guerra;
 aquel que dejó en memoria
 de mil hazañas diversas,

antes de apuntalle el bozo
 por punta de lanza hechas;
 aquel que es tal en el mundo
 por su esfuerzo y por su fuerza
 que sus mismos enemigos
 le bendicen y le tiemblan;
 aquel por quien á la fama
 le importa que se prevenga,
 para contar sus hazañas,
 de más alas y más lenguas:
 Zulema al fin, el valiente,
 hijo del fuerte Zulema,
 que dejó en la gran Toledo
 fama y memoria perpetua;
 no armado, sino galán,
 aunque armado más lo era,
 fué á ver en Ávila un día
 las fiestas como de fiesta.
 En viéndole, la gran plaza
 toda se alegra y se altera,
 que ver en fiestas al moro
 les parece cosa nueva.
 En los andamios reales
 los Adalifes le ruegan,
 que se asiente, aunque se temen
 que á todos les escurezca.
 Bendiciéndole mil veces
 su venida y su presencia,
 le dan las damas asiento
 dentro en sus entrañas mismas;
 pero al fin Zulema en medio
 de los alcaldes se sienta,
 que lo fueron por entonces
 de la mayor fortaleza:
 cuando más breve que el viento,
 y más veloz que cometa,

del celebrado Jarama
 un toro en la plaza sueltan,
 de aspecto bravo y feroz,
 vista enojosa y soberbia,
 ancha nariz, corto cuello,
 cuerno ofensible, piel negra.
 Desocúpale la plaza
 toda la más gente de ella;
 sólo algunos de á caballo
 aunque le temen le esperan;
 piensan hacer suerte en él,
 mas fuéles la suya adversa,
 pues siempre que el toro embiste
 los maltrata y atropella.
 No osan mirar á las damas
 de pura vergüenza dellas,
 aunque ellas tienen los ojos
 en otra fiera más fiera.
 Á Zulema miran todas,
 y una disfrazada entre ellas,
 que hace á todas la ventaja
 que el sol claro á las estrellas,
 le hizo señas con el alma,
 de quien son los ojos lengua,
 que esquite aquellos azares
 con alguna suerte buena.
 La suya bendice el moro,
 pues gusta de que se ofrezca
 algo en que á la bella mora
 de sus deseos dé muestra:
 salta del andamio luégo,
 mas no salta, sino vuela,
 que amor le prestó sus alas,
 como es suya aquesta empresa;
 cuando ve que á un hombre el toro
 con piés y manos le huella,

y siendo sujeto al hombre
 agora al hombre sujeta.
 Á pié se parte á librarle,
 y aunque todos le vocean,
 no lo deja, porque sabe,
 que su victoria está cierta.
 Llega al toro cara á cara,
 y con la indomable diestra
 esgrime el agudo alfanje
 haciéndole mil ofensas:
 retirase el toro atrás,
 líbrase el que estaba en tierra,
 grita el pueblo, brama el toro,
 vuelve á aguardarle Zulema.
 Otra vez vuelve á embestille,
 y mejor que la primera
 le acierta, y riega la plaza
 con la sangre de sus venas:
 brama, bufá, escarba, huele,
 anda alrededor, pateá,
 vuelve á mirar quien le ofende
 y de temelle dá muestras.
 Tercera vez le acomete,
 echando por boca y lengua
 blanca y colorada espuma,
 de coraje y sangre hecha;
 pero ya cansado el moro
 de verle durar, le acierta
 un golpe, por dó á la muerte
 le abrió una anchurosa puerta:
 levanta la voz el vulgo,
 cae el toro muerto en tierra,
 envidianle los más fuertes,
 bendicénle las más bellas;
 con abrazos le reciben
 los Azarques y Vanegas;

las damas le envían el alma
 á darle la enhorabuena;
 la fama toca su trompa,
 y rompiendo el aire vuela;
 Apolo toma la pluma:
 yo acabo, y su gloria empieza.



Aliatar

(Anónimo)

No con azules tahalies,
 corvos alfanges dorados,
 ni coronados de plumas
 los bonetes africanos,
 sino de luto vestidos
 entraron de cuatro en cuatro,
 del mal logrado Aliatar
 los afligidos soldados:
 «Tristes marchando,
 »Las trompas roncacas, los tambores destemplados.»

La gran empresa del Fénix
 que en la bandera volando
 apenas la trató el viento
 temiendo el fuego tan alto,
 ya por señas de dolor
 barre el suelo y deja el campo,
 arrastrado entre la seda
 que el Alferez va arrastrando:
 «Tristes, etc.»

Salió el gallardo Aliatar
 con cien moriscos gallardos
 en defensa de Motril

y socorro de su hermano.
 Á caballo salió el moro,
 y otro día desdichado
 en negras andas le vuelven
 por donde salió á caballo.

«Tristes, etc.»

Caballeros del Maestre,
 que en el camino encontraron,
 encubiertos de unas cañas
 furiosos le saltaron;
 hiriéronle malamente,
 murió Aliatar mal logrado,
 y los suyos, aunque rotos,
 no vencidos se tornaron:

«Tristes, etc.»

¡ Oh cómo lo siente Zaida!
 ¡ Y cómo vierten, llorando
 mas que las heridas sangre,
 sus ojos aljófar blanco!
 Dílo tú, Amor, si lo viste:
 más ¡ ay que de lastimado
 diste otro nudo á la venda,
 por no ver lo que ha pasado!

«Tristes, etc.»

No sólo le lloró Zaida;
 pero acompañanla cuantos
 del Albaicín á la Alhambra
 beben de Genil y Darro;
 las damas como á galán,
 los valientes como á bravo,
 los alcaldes como á igual,
 los plebeyos como á amparo:
 «Tristes marchando

»Las trompas roncacas, los tambores destemplados.»

XIX

Azarque de Ocaña

(Anónimo)

Ocho á ocho y diez á diez
 Sarracinos y Aliatares
 juegan cañas en Toledo
 contra Adalifes y Azarques.
 Publicó fiestas el Rey
 por las ya juradas paces
 de Zaide, rey de Belchite,
 y del valenciano Tarfe.
 Otros dicen que estas nuevas
 al Rey sirvieron de achaque,
 y que Celindaja ordena
 sus fiestas y sus pesares.
 Entraron los Sarracinos
 en caballos alazanes,
 de naranjado y de verde
 marlotas y capellares:
 en las adargas traían
 por empresas sus alfanjes
 hechos arcos de Cupido,
 y por letra: «Fuego y sangre.»
 Iguales en las parejas
 les siguen los Aliatares,
 con encarnadas libreas
 llenas de blancos follajes.
 Llevan por divisa un cielo
 sobre los hombros de Atlante,
 y un moro Aliatar diciendo:
 «Tendréle cuando se canse.»
 Los Adalifes siguieron

muy costosos y galanes,
 de encarnado y amarillo,
 y por mangas almaizares.
 Era su divisa un mundo
 que le deshace un salvaje,
 y un mote sobre un bastón
 en que dice: «Fuerzas valen.»
 Los ocho Azarques siguieron
 más que todos arrogantes,
 de azul, morado y pajizo
 y unas higas por plumajes.
 Sacaron adargas verdes
 y un cielo azul en que se arden
 dos manos, y el mote dice:
 «En lo verde todo cabe.»
 No pudo sufrir el Rey
 que á sus ojos le mostrasen
 burladas sus diligencias,
 y su pensamiento al traste;
 y mirando la cuadrilla,
 le dijo á Celín, su alcaide:
 —Aquel sol yo le pondré,
 pues contra mis ojos sale.—
 Azarque tira bohordos
 que se pierden por el aire,
 sin que conozca la vista
 á dó suben ni á dó caen.
 Como en ventanas comunes
 las damas particulares,
 sacan el cuerpo por verle
 las de los andamios reales.
 Si se alarga ó se retira
 de mitad del vulgo sale
 un gritar: —Alá te gufe;—
 y del Rey, un —muera, dadle.—
 Celindaja sin respeto

al pasar, por rocialle
 un pomo de agua quebró,
 y el Rey gritó:—Paren, paren.—
 Creyeron todos que el juego
 paraba por ser ya tarde,
 y repite el Rey celoso:
 —Prendan al traidor Azarque.—

Las dos primeras cuadrillas,
 dejando cañas aparte,
 piden lanzas, y ligeros
 á prender al moro salen;
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

Las otras dos resistían,
 si no les dijera Azarque:
 —Aunque amor no guarda leyes,
 hoy es justo que las guarde:
 rindan lanzas mis amigos,
 mis contrarios lanzas alcen,
 y con lástima y victoria
 lloren unos y otros canten:
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

Prendieron en fin al moro,
 y el vulgo para librarle
 en corrillos diferentes
 se divide y se reparte;
 mas como falta caudillo
 que los incite y los llame,
 deshácense los corrillos,
 y su motín se deshace:
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 Sola Celindaja grita:
 —¡Libradle, moros, libradle!—
 Y de su balcón quería

para librarle arrojarse:
 su madre se abraza de ella,
 diciendo:—Loca, ¿qué haces?
 Muere sin dallo á entender,
 pues por tu desdicha sabes,
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 Llegó un recado del Rey
 en que manda que señale
 una casa de sus deudos,
 y que la tenga por cárcel.
 Dijo Celindaja:—Digan
 al Rey, que por no trocarme,
 escojo para prisión
 la memoria de mi Azarque;
 «y habrá quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 ¡Ay Toledo, que otros días
 te llamaban los Alarbes
 venganza de alevos pechos,
 y hoy lo has sido de leales!
 Murmure Tajo en sus ondas
 hasta que en el mar se lance;—
 Y sin que dijese más
 la llevó presa el alcaide;
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

XX

El español de Orán—1

(De D. Luis de Góngora)

Servía en Orán al Rey
 un español con dos lanzas
 y con el alma y la vida

á una gallarda africana,
 tan noble como hermosa,
 tan amante como amada,
 con quien estaba una noche
 cuando tocaron al arma.
 Trecientos cenetes eran
 deste rebato la causa,
 que los rayos de la luna
 descubrieron las adargas;
 las adargas avisaron
 á las mudas atalayas;
 las atalayas los fuegos;
 los fuegos á las campanas,
 y ellas al enamorado
 que, en los brazos de su dama,
 oyó el militar estruendo
 de las campanas y cajas.
 Espuelas de honor le pican,
 y freno de amor le para:
 no salir es cobardía,
 ingratitud es dejarla.
 Del cuello pendiente ella,
 viéndole tomar la espada,
 con lágrimas y suspiros
 le dice aquestas palabras:
 —Salid al campo, señor,
 bañen mis ojos la cama,
 que ella me será también
 sin vos, campo de batalla.
 Vestíos, salid apriesa,
 que el general os aguarda,
 y os hago á vos mucha sobra,
 y vos á él mucha falta.
 Bien podéis salir desnudo,
 pues mi llanto no os ablanda,
 que tenéis de acero el pecho,

y no habéis menester armas.—
 Viendo el español brioso
 cuánto le detiene y habla,
 le dice así: —Mi señora,
 tan dulce como enojada,
 porque con honra y amor
 yo me quede, cumpla, y vaya,
 vaya á los moros el cuerpo,
 y quede con vos el alma.
 Concededme, dueño mío,
 licencia para que salga
 al rebato, en vuestro nombre,
 y en vuestro nombre combata.—

XXI

El español de Orán—II

(De D. Luis de Góngora)

Entre los sueltos caballos
 de los vencidos cenetes
 que por el campo buscaban
 entre lo rojo, lo verde,
 aquel español de Orán,
 un suelto caballo prende,
 por sus relinchos lozano
 y por sus cernejas fuerte,
 para que lo lleve á él,
 y á un moro cautivo lleve,
 que es uno que ha cautivado
 capitán de cien cenetes.
 En el ligero caballo
 suben ambos, y él parece,
 de cuatro espuelas herido,
 que cuatro vientos le mueven.

Triste camina el alarbe,
 y lo más bajo que puede
 ardientes suspiros lanza
 y amargas lágrimas vierte.
 Admirado el español
 de ver, cada vez que vuelve,
 que tan tiernamente llore
 quien tan duramente hiere,
 con razones le pregunta
 comedidas y corteses
 de sus suspiros la causa,
 si la causa lo consiente.
 El cautivo, como tal,
 sin excusarse obedece,
 y á su piadosa demanda
 satisface desta suerte.
 —Valiente eres, capitán,
 y cortés como valiente;
 por tu espada y por tu trato
 me has cautivado dos veces.
 Preguntado me has la causa
 de mis suspiros ardientes,
 y débote la respuesta,
 por quien soy, y por quien eres.
 Yo nací en Gelves, el año
 que os perdisteis en los Gelves,
 de una berberisca noble
 y de un turco matasiete.
 En Tremecén me crié
 con mi madre y mis parientes.
 Después que murió mi padre,
 corsario de tres bajeles,
 junto á mi casa vivía,
 porque más cerca muriese,
 una dama del linaje
 de los nobles Melioneses,

extremo de las hermosas,
 cuando no de las crueles;
 hija al fin destas arenas
 engendradoras de sierpes.
 Era tal su hermosura
 que se hallarían claveles
 más ciertos en sus dos labios,
 que en los dos floridos meses.
 Cada vez que la miraba
 salía el sol por su frente
 de tantos rayos vestido
 cuantos cabellos contiene.
 Mas ya la razón sujeta
 con palabras me requiere
 que su crueldad le perdone
 y de su beldad me acuerde.
 Juntos así nos criamos,
 y amor en nuestras niñeces
 hirió en nuestros corazones
 con arpones diferentes.
 Labró el oro en mis entrañas
 dulces lazos, tiernas redes,
 mientras el plomo en las tuyas
 libertades y desdenes.
 Esta, español, es la causa
 que á llanto pudo moverme:
 ¡mira si es razón, que llore
 tantos males juntamente!—
 Conmovido el capitán
 de las lágrimas que vierte,
 parando el veloz caballo,
 que paren sus males quiere.
 —¡Gallardo moro, le dice,
 si adoras como refieres,
 y si como dices amas
 dichosamente padeces!

¿Quién pudiera imaginar,
 viendo tus golpes crueles,
 que cupiera alma tan tierna
 en pecho tan duro y fuerte?
 Si eres del amor cautivo,
 desde aquí puedes volverte,
 que me pedirán por robo
 lo que entendí que era suerte.
 Y no quiero por rescate
 que tu dama me presente
 ni las alfombras más finas,
 ni las granas más alegres.
 Anda con Dios, sufre y ama,
 y vivirás si lo hicieres,
 con tal que cuando la veas,
 pido que de mí te acuerdes.
 Apeóse del caballo,
 y el moro tras él desciende,
 y por el suelo postrado
 la boca á sus pies ofrece.
 —Vivas mil años, le dice,
 noble capitán valiente,
 que ganas más en librarme
 que ganaste con prenderme.
 Alá se quede contigo,
 y te dé victoria siempre,
 para que extiendas tu fama
 con hechos tan excelentes.
 Apenas vide trocada
 la dureza desta sierpe,
 cuando tú me cautivaste.
 ¡Mira si es bien que lamente!

XXII

El cautivo—I

(De D. Luis de Góngora)

Según vuelan por el agua
 tres galeotas de Argel,
 un aquilón africano
 las engendró á todas tres.
 Y según los vientos pisa
 un bergantín ginovés,
 si no viste el temor alas,
 de plumas tiene los piés.
 Mortal caza vienen dando
 al fugitivo bajel,
 en que á Nápoles pasaba
 en conserva del virrey,
 un español con dos hijas,
 una sol y otra clavel,
 que tuvieron á León
 por oriente y por vergel.
 Derrotóle un temporal,
 y ya que no dió al través,
 á vista dió de Morato,
 renegado calabrés.
 El tagarote africano
 que la español garza ve,
 en su noble sangre piensa
 esmaltar el cascabel.
 Peinándole va las plumas,
 mas el viento burla dél
 interpuesto entre las alas,
 y entre la garra cruel.
 Ya surcan el mar de Denia,
 ya sus altas torres ven,

grandeza de un duque ahora,
título ya de marqués.

De sus torres los descubren,
y en distinguiendo después
la cruz en el tafetán,
la luna en el alquicel,
ocho ó diez piezas disparan,
que en ocho globos, ó diez,
envuelve de negro humo
al corsario su interés.

Los brazos del cuerpo ocupa
con fatiga y con placer
el bergantín destrozado
desde la quilla al garcés.
El leonés agradecido
al cielo de tanto bien,
de libertad coronado
dice, si no de laurel:

— ¡ Oh puerto, templo del mar!
cuya húmeda pared
antes faltará que tablas
señas de naufragios dén.
Fortaleza imperiosa,
terror de África, y desdén,
yugo fuerte y real espada
que reprime y que da ley,
defensa os debo, y abrigo;
mi libertad vuestra es,
y mi lengua desatada
en alabanzas también.
Con tus altos muros viva
tu inclito dueño, á quien,
como á ti el Mediterráneo,
la envidia le bese el pié.
Inmortal sea su memoria
en la gracia de su Rey,

por galardón proseguida,
si comenzó por merced:
que servicios tan honrados,
y de Acates tan fiel,
inmortalidad merecen,
sino de vida, de fe. —

XXIII

El cautivo—II

(Anónimo)

Ageno de tener guerra
está el valeroso Arnaldo,
capitán de una frontera
por el inclito Fernando.
Gozando está de su Celia
con quietud y sin cuidado,
cuando Muley Terráez,
de Argel astuto corsario,
viene á pagar el tributo,
como quedó concertado,
y porque viene de paz
dan voces los de su bando:
«Lanza ferro,
»á terra, á terra.»
Y los de la fortaleza,
para seguro, disparan
«apriosa, apriosa una pieza.»
Poco le duró el contento
á aquel capitán gallardo;
pues que en trueque del rescate
se le llevó el renegado
á su bella esposa un día,

cuando vió que asegurado
de su gran traición vivía,
y ella salió por el campo.
De que la metió en su fusta,
con silencio y con recato
á los marineros dice :

«alza el ferro, ó corta el cabo.»

Y al cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

Hagan grandes luminarias,

dice Arnaldo alborotado ;

aunque en vano es trabajar,
porque van el mar surcando.

De su fuerza se despide

confuso y desesperado,

y siendo libre, se hizo

de un moro sujeto esclavo ;

el cual le llevó cautivo

á Argel, do fué rematado

tres veces en almoneda,

hasta ser del Rey comprado ;

y el cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

El capitán reconoce

á su cara esposa bella,

y aunque con las lenguas callan,

los ojos sirven de lenguas.

Servía Celia al Rey de paje,

el cual namorado de ella,

dice : —Si como eres sol,

fueras, Celia, luna bella,

de contino me alumbrara

el claro de tal estrella. —

Celia respondió : — Señor,

no fué mi dicha tan buena. —

Y el cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

Y como vido ocasión,

al rey le dice una siesta

cómo es Arnaldo su hermano,

que se hizo esclavo por ella.

El rey le replica y dice :

—Celia, gran mentira es esa,

porque nunca amor de hermano

hizo tal prueba y fineza.

Pero si dices verdad

haré con ti una franqueza,

de dar á ambos libertad

para que os vais á tu tierra. —

Y el cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

Celia le dijo : — Señor,

la verdad del caso es esta :

que es Arnaldo mi marido,

y yo fio en tu clemencia

que nos darás libertad. —

Dijo el rey : — Concédoos esa,

porque entendáis que entre moros

hay sangre, virtud, nobleza. —

Con esto los despidió,

dándoles mucha riqueza,
y á Muley Terráez quitó
por su traición la cabeza :
por lo que todos los suyos
muestran dolor y tristeza ;
y los de la fortaleza,
regocijados dan voces :
«dispara apriesa una pieza.»

XXIV

El forzado de Dragut—I

(De D. Luis de Góngora)

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo,
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco són
del remo y de la cadena.
—¡Oh sagrado mar de España,
hermosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
Pues eres el mismo mar,
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria
coronadas y soberbias,
dame nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros,
que me escribe por sus letras ;
porque si es verdad que llora

mi cautiverio en tu arena,
¡bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas!
Mas pues que no me responde,
sin duda alguna que es muerta ;
pero no lo podrá ser,
pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
á nadie mataron penas.
Dame pues, sagrado mar,
á mi demanda respuesta,
si cual dicen es verdad
que las aguas tienen lenguas.—
En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre manda usar
al torzado de su fuerza.

XXV

El forzado de Dragut—II

(De D. Luis de Góngora)

Levantando blanca espuma
galeras de Barba-roja,
ligeras le daban caza
á una pobre galeota,
en que alegre el mar surcaba
un mallorquín con su esposa,
dulcísima valenciana,
bien nacida y muy hermosa.
Del amor agradecido,

se la llevaba á Mallorca,
tanto á celebrar las Pascuas,
cuanto á celebrar las bodas.
Y cuanto á los sordos remos
más se humillaban las olas,
más se ajustaba á la vela
el blando viento que sopla.

Espiándola de atrás
de una cala insidiosa,
estaba el fiero terror
de las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
que por una parte y otra
sus cuatro enemigos leños
tristemente la coronan.

Crece en ellos la codicia,
y en estotros la congoja,
mientras se queja la dama
derramando tierno aljófár.

—Favorable y fresco viento,
si eres el galán de Flora,
válgasme en este peligro
por el regalo que gozas.

Tú que embravecido puedes
los bajeles que te enojan,
embestilles en la arena

con más daño que en las rocas:

tú que con la misma fuerza
cuando al humilde perdonas,
sueles de armadas reales

escapar barquillas rotas;

salga esta vela á lo menos
destas manos rigurosas,

cual de garras de falcón
blancas alas de paloma.—

ROMANCES CABALLERESCOS

se la llevaba á Mallorca,
 tanto á celebrar las Pascuas,
 cuanto á celebrar las bodas.
 Y cuanto á los sordos remos
 más se humillaban las olas,
 más se ajustaba á la vela
 el blando viento que sopla.
 Espiándola de atrás
 de una cala insidiosa,
 estaba el fiero terror
 de las playas españolas.
 Sobresaltóla en un punto,
 que por una parte y otra
 sus cuatro enemigos leños
 tristemente la coronan.
 Crece en ellos la codicia,
 y en estotros la congoja,
 mientras se queja la dama
 derramando tierno aljófár.
 —Favorable y fresco viento,
 si eres el galán de Flora,
 válgasme en este peligro
 por el regalo que gozas.
 Tú que embravecido puedes
 los bajeles que te enojan,
 embestilles en la arena
 con más daño que en las rocas:
 tú que con la misma fuerza
 cuando al humilde perdonas,
 sueles de armadas reales
 escapar barquillas rotas;
 salga esta vela á lo menos
 destas manos rigurosas,
 cual de garras de falcón
 blancas alas de paloma.—

ROMANCES CABALLERESCOS

Néctor González 1903



I

El conde Arnaldos

(Anónimo)

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba á cazar,
y venir vió una galera
que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcía de un cendál,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
las hace á el mástil posar:

—Galera, la mi galera,
 Dios te me guarde de mal,
 de los peligros del mundo
 sobre aguas de la mar,
 de los llanos de Almería,
 del estrecho de Gibraltar,
 y del golfo de Venecia,
 y de los bancos de Flandes,
 y del golfo de León,
 donde suelen peligrar.—
 Allí habló el conde Arnaldos,
 bien oiréis lo que dirá:
 —Por Dios te ruego, marinero,
 digáisme ora ese cantar.—
 Respondióle el marinero,
 tal respuesta le fué á dar:
 —Yo no digo esta canción
 sino á quien conmigo va.—

II

El Soldán de Babilonia y el conde de Narbona

(Anónimo)

Del Soldán de Babilonia,
 de ese os quiero decir,
 que le dé Dios mala vida
 y á la postre peor fin.
 Armó naves y galeras,
 pasan de sesenta mil,
 para ir á dar combate
 á Narbona la gentil.
 Allá van á echar áncoras,
 allá al puerto de Sant Gil,

donde han capturado al conde,
 al conde Benalmeniquí.
 Deciédenlo de una torre,
 cabálganlo en un rocín,
 la cola le dan por riendas
 por más deshonrado ir.
 Cient azotes dan al conde
 y otros tantos al rocín;
 al rocín porque anduviese,
 y al conde por lo rendir.
 La condesa que lo supo
 sáleselo á recibir:

—Pésame de vos, señor
 conde, de veros así,
 daré yo por vos, el conde,
 las doblas sesenta mil,
 y si no bastaren, conde,
 á Narbona la gentil.
 Si esto no bastare, el conde,
 tres hijas que yo parí:
 yo las pariera, buen conde,
 vos las hubisteis en mí;
 y si no bastare, conde,
 señor, védesme aquí á mí.

—Muchas mercedes, condesa,
 por vuestro tan buen decir:
 no dedes por mí, señora,
 tan solo un maravedí,
 que heridas tengo de muerte,
 dellas no puedo guarir:
 adiós, adiós, la condesa,
 que me mandan ir de aquí.
 —Váyades con Dios, el conde,
 y con gracia de Sant Gil:
 Dios os eche en vuestra suerte
 á ese Soldán paladín.

III

El Palmero

(Anónimo)

De Mérida sale el Palmero,
de Mérida, esa ciudade:
los piés llevaba descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
que no valia un reale,
y debajo traia otra,
¡bien valia una ciudade!
Que ni rey ni emperador
no alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
de Paris, esa ciudade;
ni pregunta por mesón
ni menos por hospitale:
pregunta por los palacios
del rey Carlos á dó estaen.
Un portero está á la puerta,
empezóle de hablare:
—Digadesme tú, el portero,
el rey Carlos ¿dónde estae?—
El portero, que lo vido,
mucho maravillado se hae,
cómo un romero tan pobre
por el rey va á preguntare.
—Digadesmelo, señor,
deso no tengáis pesare.
—En misa está, buen Palmero,
allá en Sant Juan de Letrane:
dice misa un arzobispo,

y la oficia un cardenale.—
El Palmero que lo oyera
ibase para Sant Juane:
en entrando por la puerta
bien veréis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
y á Santa Maria su Madre,
humillóse al arzobispo,
humillóse al cardenale
porque decia la misa,
no porque merecia mase:
humillóse al emperador
y á su corona reale,
humillóse á los doce
que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
ni menos á don Roldane,
porque un sobrino que tienen
en poder de moros estae,
y pudiéndolo hacer
no lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
de que aquesto vió Roldane,
sacan ambos las espadas,
para el Palmero se vane.
Con su bordón el Palmero
su cuerpo va á mamparare.
Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que dirae:
—Tate, tate, Oliveros,
tate, tate, don Roldane,
ó este Palmero es loco,
ó viene de sangre reale.—
Tomárale por la mano,
y empiézale de hablare:
—Dígame tú, el Palmero,

no me niegues la verdade,
 ¿en qué año y en qué mes
 pasaste aguas de la mare?
 —De Mayo en el mes, señor,
 yo las fuera á pasare.
 Porque yo me estaba un día
 á orillas de la mare
 en el huerto de mi padre
 por haberme de holgare:
 captiváronme los moros,
 pasáronme allende el mare.
 Á la infanta de Sansueña
 me fueron á presentare;
 la infanta cuando me vido
 de mí se fué á enamorare.
 La vida que yo tenía,
 rey, quiéroosla yo contare.
 En la su mesa comía,
 y en su cama me iba á echare.—
 Allí hablara el buen rey,
 bien oiréis lo que diráe.
 —Tal captividad como esa
 quien quiera la tomarae:
 dígame tú, el Palmerico,
 ¿si la iría yo á ganare?
 —No vades allá, el buen rey,
 buen rey, no vades allae,
 porque Mérida es muy fuerte,
 bien se vos defenderae.
 Trescientos castillos tiene,
 que es cosa de los mirare,
 que el menor de todos ellos
 bien se os defenderae.—
 Allí hablara Oliveros,
 allí habló don Roldane:
 —Miente, señor, el Palmero,

miente, y no dice verdade,
 que en Mérida no hay cien castillos,
 ni noventa á mi pensare,
 y estos que Mérida tiene
 no tien quien los defensare,
 que ni tenían señor,
 ni menos quien los guardare.—
 Desque aquesto oyó el Palmero
 movido con gran pesare,
 alzó su mano derecha,
 dió un bofetón á Roldane.
 Allí hablara el rey
 con furia y con gran pesare:
 —Tomalde, la mi justicia,
 y llevédeslo á ahorcare.—
 Tomádolo ha la justicia
 para habello de justiciare;
 y aun allí al pié de la horca
 el Palmero fuera hablare:
 —¡Oh mal hubieses, rey Carlos!
 Dios te quiera hacer male,
 que un hijo solo que tienes
 tú le mandas ahorcare.—
 Oídolo había la reina
 que se lo paró á mirare:
 —Dejédeslo, la justicia,
 no le queráis hacer male,
 que si él era mi hijo
 encubrir no se podrae,
 que en un lado ha de tener
 un extremado lunare.—
 Ya le llevan á la reina,
 ya se lo van á llevare:
 desnúdanle una esclavina
 que no valia un reale;
 ya le desnudaban otra

que valia una ciudade:
halládole han al infante,
halládole han la señaie.
Alegrías que se hicieron
no hay quien las pueda contare.

IV

El infante vengador

(Anónimo)

Helo, helo por do viene
el infante vengador,
caballero á la jineta
en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador.
Con la punta del venablo
sacaría un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón,
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor:
el hierro fué hecho en Francia,
y el asta en Aragón:
perfilándose iba
en las alas de su halcón.
Iba á buscar á don Cuadros,
á don Cuadros el traidor,
y allá le fuera á hallar
junto del emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.

Siete veces lo pensaba,
si le tiraría ó no,
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
dado ha al emperador:
pasado le ha manto y sayo
que era de un tornasol,
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.
Allí le habló el rey,
bien oiréis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, infante?
¿Por qué me tiras, traidor?
—Perdóneme tu alteza,
que no tiraba á ti, no:
tiraba al traidor de Cuadros;
ese falso engañador,
que de siete hermanos que tenía,
no ha dejado, si á mí no:
por eso delante ti,
buen rey, lo desafío yo.—
Todos fian á don Cuadros,
y al infante no fian, no,
si no fuera una doncella,
hija es del emperador,
que los tomó por la mano,
y en el campo los metió.
Á los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el infante,
la cabeza le cortó,
y tomárala en su lanza,
y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey
con su hija le casó.

V

La infanta encantada

(Anónimo)

Á cazar va el caballero,
 á cazar como solía;
 los perros lleva cansados,
 el falcón perdido había,
 arrimárase á un roble,
 alto es á maravilla:
 en una rama más alta,
 viera estar una infantina;
 cabellos de su cabeza
 todo aquel roble cobrían.
 —No te espantes, caballero,
 ni tengas tamaña grima,
 hija soy yo del buen rey
 y la reina de Castilla:
 siete fadas me fadaron
 en brazos de una ama mía,
 que andase los siete años
 sola en esta montaña.
 Hoy se cumplan los siete años,
 ó mañana en aquel día:
 por Dios te ruego, caballero,
 llévesme en tu compañía,
 si quisieres por mujer,
 si no, sea por amiga.
 —Esperáisme vos, señora,
 hasta mañana, aquel día
 iré yo á tomar consejo
 de una madre que tenía.—
 La niña le respondiera,
 y estas palabras decía:

—¡Oh mal haya el caballero
 que sola deja la niña!—
 Él se va á tomar consejo,
 y ella queda en la montaña.
 Aconsejóle su madre
 que la tome por amiga.
 Cuando volvió el caballero
 no hallara la infantina:
 vidola que la llevaban
 con muy gran caballería.
 El caballero que la vido
 en el suelo se caja:
 Desde que en sí hubo tornado
 estas palabras decía:
 —Caballero que tal pierde,
 muy gran pena merecía:
 yo mesmo seré el alcalde,
 yo me seré la justicia:
 que me corten piés y manos
 y me arrastren por la villa.

VI

El adúltero castigado

(Anónimo)

Blanca sois, señora mía,
 más que no el rayo del sol:
 ¿si la dormiré esta noche
 desarmado y sin pavor?
 que siete años había, siete
 que no me desarmo, no!
 más negras tengo mis carnes
 que no un tiznado carbón.

—Dormidla, señor, domidla,
desarmado sin temor,
que el conde es ido á la caza
á los montes de León.

—Rabia le mate los perros,
y águilas el su halcón,
y del monte hasta casa
á él arrastre el morón.—

Ellos en aquesto estando
su marido que llegó:

—¿Qué hacéis, la blanca niña,
hija de padre traidor?

—Señor, peino mis cabellos,
peínolos con gran dolor,
que me dejáis á mi sola
y á los montes os vais vos.

—Esas palabras, la niña,
no eran sino traición:

¿Cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?

—Señor, era de mi padre,
y enviélo para vos.

—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?

—Señor, eran de mi hermano,
y hoy vos las envió.

—¿Cuya es aquella lanza
que desde aquí la veo yo?

—Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.

VII

El baño en el Jordán

(Anónimo)

—Malas mañas habéis, tío,
no las podéis olvidar :
más precias matar un puerco
que ganar una ciudade.

Vuestros hijos y mujer
en poder de moros vane,
los hijos en una cebra,
y la madre en un cordale.

La mujer dice:—¡ay marido!—
Los hijos dicen:—¡ay padre!—

De lástima que les hube
yo se los fuera á quitare ;
heridas traigo de muerte,
dellas no puedo escapare.

Apretádmelas, mi tío,
con tocas de caminar.—

Ya le aprieta las heridas,
comienzan de caminar.

Á vuelta de su cabeza
caído lo vido estare,

allá se le fué á caer
dentro del río Jordane :

como fué dentro caído,
sano le vió levantare.

VIII

El amor filial

(De Juan de Ribera)

Paseábase el buen conde
 todo lleno de pesar,
 cuentas negras en sus manos
 dó suele siempre rezar;
 palabras tristes diciendo,
 palabras para llorar.
 —Véos, hija, crecida,
 y en edad para casar;
 el mayor dolor que siento
 es no tener que os dar.
 —Calledes, padre, calledes,
 no debéis tener pesar,
 que quien buena hija tiene
 rico se debe llamar;
 y el que mala la tenía,
 viva la puede enterrar,
 pues amengua su linaje
 que no debiera amenguar,
 y yo, si no me casare,
 en religión puedo entrar.

IX

La esposa fiel

(De Juan de Ribera)

—Caballero de lejas tierras,
 llegaos acá, y paréis,
 hinquedes la lanza en tierra,

vuestro caballo arrendéis,
 preguntaros he por nuevas
 si mi esposo conocéis.
 —Vuestro marido, señora,
 decid, ¿de qué señas es?
 —Mi marido es mozo y blanco,
 gentil hombre y bien cortés,
 muy gran jugador de tablas,
 y también del ajedrez.
 En el pomo de su espada
 armas trae de un marqués,
 y un ropón de brocado
 y de carmesí al envés:
 cabe el fierro de la lanza
 trae un pendón portugués,
 que ganó en unas justas
 á un valiente francés.
 —Por esas señas, señora,
 tu marido muerto es:
 en Valencia le mataron
 en casa de un ginovés:
 sobre el juego de las tablas
 lo matara un milanés.
 Muchas damas lo lloraban,
 caballeros con arnés,
 sobre todo lo lloraba
 la hija del ginovés;
 todos dicen á una voz
 que su enamorada es:
 si habéis de tomar amores,
 por otro á mi no dejéis.
 —No me lo mandéis, señor,
 señor, no me lo mandéis,
 que antes que eso hiciese,
 señor, monja me veréis.
 —No os metáis monja, señora,

pues que havello no podéis,
que vuestro marido amado
delante de vos lo tenéis.

X

El conde Sol

(Anónimo)

Grandes guerras se publican
entre España y Portugale:
pena de la vida tiene
quien no se quiera embarcare.
Al conde Sol le nombran
por capitán generale;
del Rey se fué á despedir
de su esposa otro que tale.
La condesa quera niña,
todo se le va en llorare.
—Dime, conde, ¿cuántos años
tienes de echar por alláe?
—Si á los seis años no vuelvo,
condesa, os podéis casare. —
Pasan los seis, y los ocho,
pasan diez y pasan más,
y el conde Sol no tornaba
ni nuevas suyas fué á dare.
Estando en su estancia sola,
fuéla el padre á visitare:
—¿Qué tienes, hija querida,
que no cesas de llorare?
—Padre de toda mi alma,
por la santa Trinitade,
que me queráis dar licencia
para al conde ir á encontrare.

—Mi licencia tenéis, hija,
haced vuestra voluntad.—
La condesa al otro día
al conde se fué á buscare,
triste por Italia y Francia,
por la tierra y por la mare.
Ya estaba desesperada,
ya se torna para acáe,
cuando gran vacada un día
devisó allá en un pinare.
—Vaquerito, vaquerito,
por la santa Trinitade,
que me niegues la mentira
y me digas la verdade:
¿De quién son estas vaquitas
que en estos montes estare?
—Del conde Sol son, señora,
que manda en este lugare.
—¿Y de quién son esos trigos
que cerca están de segare?
—Señora, del mismo conde,
porque los hizo sembrare.
—¿Y de quién tantas ovejas
que á corderos dan mamare?
—Señora, del conde Sol,
porque los hizo criare.
—¿De quién, dime, esos jardines
y ese palacio reale?
—Son del mismo caballero,
porque allí suele habitare.
—¿De quién, de quién los caballos
que se oyen relinchare?
—Del conde Sol, que suele
sobre ellos ir á cazare.
—¿Y quién es aquella dama
que un hombre abrazando estae?

—La desposada señora
 con que el conde va á casare.
 —Vaquerico, vaquerito,
 por la santa Soledade:
 toma mi ropa de seda,
 y vísteme tu sayale,
 que ya hallé lo que buscaba,
 no lo quiero, no, dejare;
 agárrame de la mano
 y á su puerta me pondrás,
 que á pedirle voy limosna,
 por Dios, si la quiere dare.
 Desdeque estuvo la condesa
 del palacio en el umbrale,
 una limosnica pide
 que se la den por piedade,
 y fué tanta su ventura,
 aún más que era de esperare,
 que la limosna demanda
 y el conde se la fué á dare.
 —¿De dónde eres, peregrina?
 —Soy de España naturale.
 —¿Cómo llegastes aquí?
 —Vine mi esposo á buscare,
 por tierra pisando abrojos,
 pasando riesgos en mare,
 y cuando le hallé, señor,
 supe que se iba á casare,
 supe que olvidó á su esposa,
 su esposa que fué leale,
 su esposa que por buscallo
 cuerpo y alma fué á arriesgare.
 —¡Romerica, romerica,
 callede, no digas tale,
 que eres el diablo sin duda
 que me vienes á tentare!

—No soy el diablo, buen conde,
 ni yo te quiero enojare;
 soy tu mujer verdadera,
 y así te vine á buscare.—
 El conde cuando esto oyera,
 sin un punto más tardare,
 un caballo muy ligero
 ha mandado aparejare
 con cascabeles de plata
 guarnido todo el pretale;
 con los estribos de oro,
 las espuelas otro tale,
 y cabalgando de un salto,
 á su esposa fué á tomare,
 que de alegría y contento
 no cesaba de llorare.
 Corriendo iba, corriendo,
 corriendo va sin parare,
 hasta que llegó al castillo
 donde es señor naturale.
 Quedádose ha la novia
 vestidica y sin casare,
 que quien de lo ageno viste,
 desnudo suele quedare.

XI

El traidor Marquillos, y Blanca-Flor

(Anónimo)

¡Cuán traidor eres, Marquillos!
 ¡cuán traidor de corazón!
 por dormir con tu señora
 degollaste á tu señor.
 Desdeque lo tuviste muerto

quitástele el chapirón ;
fuéaste al castillo fuerte
donde está la Blanca-Flor.

— Abridme, linda señora,
que aquí viene mi señor ;
si no lo queréis creer,
veis aquí su chapirón. —

Blanca-Flor desque lo viera
las puertas luégo le abrió :
echóle brazos al cuello,
allí luégo la besó ;
abrazándola y besando
en un secreto la entró.

— Marquillos, por Dios te ruego
que me concedas un dón :
que no durmieses conmigo
hasta que rayase el sol. —

Marquillos, como es hidalgo,
el dón luégo le otorgó,
y como venía cansado
en llegando se durmió.
Levantóse muy ligera
la hermosa Blanca-Flor ;
tomara un cuchillo en mano
y á Marquillos degolló.

XII

Lanzarote del Lago

(Anónimo)

Tres hijuelos había el Rey,
tres hijuelos, que no más ;
por enojo que hubo de ellos
todos malditos los ha.

El uno se tornó ciervo,
el otro se tornó can,
el otro que se hizo moro,
pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
entre las damas holgando,
grandes voces dió la una :
— Caballero, estad parado :
si fuese la mi ventura,
cumplido fuese mi hado
que yo casase con vos,
y vos conmigo de grado,
y me diésedes en arras
aquel ciervo del pié blanco.

— Dáoslo he yo, mi señora,
de corazón y de grado,
si supiese yo las tierras
donde el ciervo era criado. —
Ya cabalga Lanzarote,
ya cabalga y ya su via
delante de sí llevaba
los sabuesos por la trailla.
Llegado había á una ermita,
donde un ermitaño había :

— Dios te salve, el hombre bueno.

— Buena sea tu venida :
cazador me parecéis

en los sabuesos que traía.
— Dígame tú, el ermitaño,
tú que haces santa vida,
ese ciervo del pié blanco
¿ dónde hace su manida ?

— Quedaos aquí, mi hijo,
hasta que sea de día,
contaros he lo que vi,
y todo lo que sabía.

Por aquí pasó esta noche
 dos horas antes del día,
 siete leones con él
 y una leona parida.
 Siete condes deja muertos,
 y mucha caballería.
 Siempre Dios te guarde, hijo.
 Por do quier que fuer tu ida,
 que quien acá te envió
 no te quería dar la vida.
 ¡Ay dueña de Quintañones,
 del mal fuego seas ardida,
 que tanto buen caballero
 por ti ha perdido la vida! —

XIII

Romance del conde Alarcos

(De Pedro de Riaño)

Retraida está la Infanta,
 bien así como solía,
 viviendo muy descontenta
 de la vida que tenía,
 viendo que ya se pasaba
 toda la flor de su vida,
 y que el Rey no la casaba,
 ni tal cuidado tenía.
 Entre sí estaba pensando
 á quien se descubriría,
 y acordó llamar al Rey
 como otras veces solía,
 por decirle su secreto
 y la intención que tenía.
 Vino el Rey siendo llamado,

que no tardó su venida :
 vidola estar apartada,
 sola está sin compañía ;
 su lindo gesto mostraba
 ser más triste que solía.
 Conociera luego el Rey
 el enojo que tenía.
 — ¿ Qué es aquesto, la Infanta ?
 ¿ Qué es aquesto, hija mía ?
 Contadme vuestros enojos,
 no toméis malenconía,
 que sabiendo la verdad
 todo se remediaría.
 — Menester será, buen Rey,
 remediar la vida mía,
 que á vos quedé encomendada
 de la madre que tenía.
 Dédesme, buen Rey, marido,
 que mi edad ya lo pedía :
 con vergüenza os lo demando,
 no con gana que tenía,
 que aquestos cuidados tales
 á vos, Rey, pertenecían. —
 Escuchada su demanda,
 el buen Rey la respondía :
 — Esa culpa, la Infanta,
 vuestra era, que no mía,
 que ya fuéradés casada
 con el príncipe de Hungría.
 No quisistes escuchar
 la embajada que venía,
 pues acá en las nuestras cortes,
 hija, mal recaudo había,
 porque en todos los mis reinos
 vuestro par igual no había,
 sino era el conde Alarcos,

que hijos y mujer tenía.
 —Convidadlo vos, el Rey,
 al conde Alarcos un día,
 y después que hayáis comido
 decilde de parte mía,
 decilde que se acuerde
 de la fe que dél tenía,
 la cual él me prometiera,
 que yo no se la pedía,
 de ser siempre mi marido,
 y yo que su mujer sería.
 Yo fui d'ello muy contenta
 y que no me arrepentía.
 Si la Condesa es burlada,
 que mirara lo que hacía,
 que por él no me casé
 con el Principe de Hungría:
 si casó con la Condesa,
 dél es culpa, que no mía.—
 Perdiera el Rey en la oír
 el sentido que tenía,
 mas después en sí tornado
 con enojo respondía:
 —¡No son estos los consejos,
 que vuestra madre os decía!
 ¡Muy mal mirastes, Infanta,
 dó estaba la honra mía!
 Si verdad es todo eso
 vuestra honra es ya perdida:
 no podéis vos ser casada
 mientras la Condesa viva.
 Si se hace el casamiento
 por razón ó por justicia,
 en el decir de las gentes
 por mala seréis tenida.
 Dadme vos, hija, consejo,

que el mio no bastaría,
 que es ya muerta vuestra madre
 á quien consejo pedía.
 —Yo vos lo daré, buen Rey,
 d'este poco que tenía:
 mate el Conde á la Condesa,
 que nadie no lo sabría,
 y eche fama que ella es muerta
 de un cierto mal que tenía,
 y tratarse ha el casamiento
 como cosa no sabida.
 D'esta manera, buen Rey,
 mi honra se guardaría.—
 De allí se salía el Rey,
 no con placer que tenía;
 lleno va de pensamientos
 con la nueva que sabía;
 vido estar al conde Alarcos
 entre muchos, que decía:
 —¿Qué aprovecha, caballeros,
 amar y servir amiga,
 que son servicios perdidos
 donde firmeza no había?
 No pueden por mí decir
 aquesto que yo decía,
 que en el tiempo que servi
 una que tanto quería,
 si muy bien la quise entonces,
 agora más la quería;
 mas por mí pueden decir
 quien bien ama tarde olvida.—
 Estas palabras diciendo
 vido al buen Rey que venía,
 y hablando con el Rey
 de entre todos se salía.
 Dijole el buen Rey al Conde

hablando con cortesía :
 —Convidaros quiero, Conde,
 por mañana en aquel día,
 que queráis comer conmigo
 por tenerme compañía.
 —Que se haga de buen grado
 lo que su Alteza decía :
 beso sus manos reales
 por la buena cortesía :
 detenerme he aquí mañana,
 aunque estaba de partida,
 que la Condesa me espera
 según carta que me envía. —
 Otro día de mañana
 el Rey de misa salía ;
 luego se asentó á comer,
 no por gana que tenía,
 sino por hablar al Conde
 lo que hablarle quería.
 Allí fueron bien servidos
 como á Rey pertenecía.
 Después que hubieron comido,
 toda la gente salida,
 quedóse el Rey con el Conde
 en la tabla dó comía.
 Empezó el Rey de hablar
 la embajada que traía :
 —Unas nuevas traigo, Conde,
 que d'ellas no me placía,
 por las cuales yo me quejo
 de vuestra descortesía.
 Prometistes á la Infanta
 lo que ella no os pedía,
 de siempre ser su marido,
 y á ella que le placía.
 Si á otras cosas pasaste

no entro en esa porfia.
 Otra cosa os digo, Conde,
 de que más os pesaría :
 que matéis á la Condesa,
 que así cumple á la honra mía :
 echéis fama de que es muerta
 de cierto mal que tenía,
 y tratarse ha el casamiento
 como cosa no sabida,
 porque no sea deshonrada
 hija que tanto quería. —
 Oidas estas razones
 el buen Conde respondía :
 —No puedo negar, el Rey,
 lo que la Infanta decía,
 sino que otorgo, es verdad
 todo cuanto me pedía.
 Por miedo de vos, el Rey,
 no casé con quien debía,
 ni pensé que vuestra Alteza
 en ello consentiría.
 De casar con la Infanta
 yo, señor, bien casaría,
 mas matar á la Condesa,
 señor Rey, no lo haría,
 porque no debe morir
 la que mal no merecía.
 —De morir tiene, buen Conde,
 por salvar la honra mía,
 pues no mirastes primero
 lo que mirar se debía.
 Si no muere la Condesa
 á vos costará la vida,
 que por la honra de los reyes
 muchos sin culpa morían,
 que muera pues la Condesa

no es mucha maravilla.
 —Yo la mataré, buen Rey,
 mas no sea la culpa mía:
 vos os avendréis con Dios
 en el fin de vuestra vida,
 y prometo á vuestra Alteza,
 á fe de caballería,
 que me escriba por traidor
 si lo dicho no cumplía
 de matar á la Condesa,
 aunque mal no merecía.
 Buen Rey, si me dáis licencia
 luégo yo me partiría.
 —Vades con Dios, el buen Conde,
 ordenad vuestra partida.—
 Llorando se parte el Conde,
 llorando sin alegría;
 llorando por la Condesa,
 que más que á sí la quería.
 Lloraba también el Conde
 por tres hijos que tenía,
 el uno era de teta,
 que la Condesa lo cria,
 que no quería mamar
 de tres amas que tenía
 si no era de su madre
 porque bien la conocía;
 los otros eran pequeños,
 poco sentido tenían.
 Antes que el Conde llegase
 estas razones decía:
 —¿Quién podrá mirar, Condesa,
 vuestra cara de alegría,
 que saldréis á recibirme
 á la fin de vuestra vida?
 Yo soy el triste culpado,

esta culpa toda es mía.—
 En diciendo estas palabras
 ya la Condesa salía,
 que un paje le había dicho
 cómo el Conde ya venía.
 Vido la Condesa al Conde
 la tristeza que tenía,
 vióle los ojos llorosos
 que hinchados los tenía
 de llorar por el camino
 mirando el bien que perdía.
 Dijo la Condesa al Conde:
 —¡Bien vengáis, bien de mi vida!
 ¿Qué habéis, el conde Alarcos?
 ¿Por qué lloráis, vida mía,
 que venis tan demudado
 que cierto no os conocía?
 No parece vuestra cara
 ni el gesto que ser solía;
 dadme parte del enojo
 como dáis de l'alegría.
 ¡Decídmelo luégo, Conde,
 no matéis la vida mía!
 —Yo vos lo diré, Condesa,
 cuando la hora sería.
 —Si no me lo decís, Conde,
 cierto yo reventaría.
 —No me fatiguéis, señora,
 que no es la hora venida.
 Cenemos luégo, Condesa,
 d'aqueso que en casa había.
 —Aparejado está, Conde,
 como otras veces solía.—
 Sentose el Conde á la mesa,
 no cenaba ni podía,
 con sus hijos al costado,

que muy mucho los quería.
 Echóse sobre los hombros ;
 hizo como que dormía ;
 de lágrimas de sus ojos
 toda la mesa corria.
 Mirábalo la Condesa
 que la causa no sabía ;
 no le preguntaba nada,
 que no osaba ni podía.
 Levantóse luego el Conde,
 dijo que dormir quería ;
 dijo también la Condesa
 que ella también dormiría ;
 mas entre ellos no había sueño,
 si la verdad se decía.
 Vanse el Conde y la Condesa
 á dormir donde solían :
 dejan los niños de fuera,
 que el Conde no los quería :
 lleváronse el más chiquito,
 el que la Condesa crió.
 El Conde cierra la puerta,
 lo que hacer no solía.
 Empezó de hablar el Conde
 con dolor y con mancilla ;
 — ¡ Oh desdichada Condesa,
 grande fué la tu desdicha !
 — No soy desdichada, Conde,
 por dichosa me tenía
 sólo en ser vuestra mujer :
 esta fué gran dicha mía.
 — ¡ Si bien lo miráis, Condesa,
 esa fué vuestra desdicha !
 Sabed que en tiempo pasado
 yo amé á quien bien servía,
 la cual era la Infanta.

Por desdicha vuestra y mía
 prometí casar con ella ;
 y á ella que le placía,
 demándame por marido
 por la fe que me tenía.
 Puédelo muy bien hacer
 por razón y por justicia :
 dijomelo el Rey su padre
 porque d'ella lo sabía.
 Otra cosa manda el Rey
 que toca en el alma mía :
 manda que muráis, Condesa,
 á la fin de vuestra vida,
 que no puede tener honra
 siendo vos, Condesa, viva.
 De qu'esto oyó la Condesa
 cayó en tierra mortecida:
 mas después en si tornada
 estas palabras decía :
 — ¡ Pagos son de mis servicios,
 Conde, con que yo os servía !
 Si no me matáis, el Conde,
 yo bien os aconsejaría :
 enviédesme á mis tierras
 que mi padre me ternía ;
 yo criaré vuestros hijos
 mejor que la que vernía,
 y os mantendré castidad
 como siempre os mantenía.
 — De morir habéis, Condesa,
 en antes que venga el día.
 — ¡ Bien parece, conde Alarcos,
 yo ser sola en esta vida ;
 porque tengo el padre viejo,
 mi madre ya es fallecida,
 y mataron á mi hermano

el buen conde Don García,
que el Rey lo mandó matar
por miedo que dél tenía!

No me pesa de mi muerte,
que yo de morir tenía,
mas pésame de mis hijos,
que pierden mi compañía:
hacéme los venir, Conde,
y verán mi despedida.

—No los veréis más. Condesa,
en días de vuestra vida:
abrazad ese chiquito,
que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, Condesa,
cuanto pesar me podía.

No os puedo valer, señora,
que más me va que la vida;
encomendaos á Dios,
qu' esto de hacerse tenía.

—Dejéisme decir, buen Conde,
una oración que sabía.

—Decila presto, Condesa,
antes que amanezca el día.

—Presto la habré dicho, Conde,
no estaré un Ave María.—

Hincó rodillas en la tierra
y esta oración decía:

«En las tus manos, Señor,
»encomiendo el alma mía:
»no me juzgues mis pecados
»según que yo merecía,
»mas según tu gran piedad
»y la tu gracia infinita.

—Acabada es ya, buen Conde,
la oración que yo sabía;
encomiéndooos esos hijos

que entre vos y mi había,
y rogad á Dios por mi
mientras tuviéredes vida,
que á ello sois obligado
pues que sin culpa moria.
Dédesme acá ese chiquito,
mamará por despedida.

—No le despertéis, Condesa,
dejadlo estar, que dormía,
sino que os pido perdón
porque ya se viene el día.

—Á vos yo perdono, Conde,
por amor que vos tenía;
mas yo no perdono al Rey,
ni á la Infanta la su hija,
sino que queden citados
delante la alta justicia,
que allá vayan á juicio
dentro de los treinta días.—

Estas palabras diciendo
el Conde se apercibía:
echóle por la garganta
una toca que tenía,
apretó con las dos manos
con la fuerza que podía:

no le afloja la garganta
mientras que vida tenía.
Cuando ya la vido el Conde
traspasada y fallecida,
desnudóle los vestidos
y las ropas que tenía:

echóla encima la cama,
cubrióla como solfa;
desnudóse á su contado,
obra de un Ave María:
levantóse dando voces

á la gente que tenia.
 — ¡ Socorred, mis caballeros,
 que la Condesa se fina !
 Hallan la Condesa muerta
 los que á socorrer venian.
 Así murió la Condesa,
 sin razón y sin justicia ;
 mas también todos murieron
 dentro de los treinta dias.
 Los doce dias pasados
 la Infanta ya se moria ;
 el Rey á los veinte y cinco,
 el Conde al treinteno día,
 allá fueron á dar cuenta
 á la justicia divina.
 Acá nos dé Dios su gracia,
 y allá la gloria cumplida.

XIV

Gayferos—I

(Anónimo)

Estábase la condesa,
 en el su estrado asentada,
 tisericas de oro en mano :
 su hijo afeitando estaba.
 Palabras le está diciendo,
 palabras de gran pesar :
 las palabras tales eran
 que al niño hacen llorar.
 — Dios te dé barbas en rostro,
 y te haga barragane ;
 déte Dios ventura en armas,

como el paladín Roldane,
 porque vengases, mi hijo,
 la muerte de vuestro padre :
 matáronlo á traición
 por casar con vuestra madre.
 Ricas bodas me hicieron
 en las cuales Dios no há parte ;
 ricos paños me cortaron,
 la reina no los há tales. —
 Magüera pequeño el niño
 bien entendido lo hae.
 Allí respondió don Gayferos,
 bien oiréis lo que diráe :
 — Ruégole así á Dios del cielo
 y á Santa María su Madre. —
 Oído lo había el conde
 en los palacios do estáe :
 — ¡ Calles, calles, la condesa,
 boca mala sin verdade !
 Que yo no matare el conde,
 ni lo hiciera matare ;
 mas tus palabras, condesa,
 el niño las pagarae. —
 Mandó llamar escuderos,
 criados son de su padre,
 para que lleven al niño,
 que lo lleven á matare.
 La muerte que él les dijera
 mancilla es de la escuchare :
 — Córtenle el pié del estribo,
 la mano del gavilane,
 sáquenle ambos los ojos
 por más seguro andare,
 y el dedo, y el corazón
 traédmelo por señale. —
 Ya lo llevan á Gayferos,

ya lo llevan á matare ;
hablan los escuderos
con mancilla que dél hane.

— ¡ Oh válasme Dios del cielo
y Santa Maria su madre !

Si á este niño matamos
¿ qué galardón nos darane ?

Ellos en aquesto estando,
no sabiendo qué harane,

vieron venir una perrita
de la condesa su madre.

Allí habló el uno de ellos,
bien oiréis lo que diré :

— Matemos esta perrita
por nuestra seguridade,

saquémosle el corazón
y llevémoslo á Galvane,

cortemos el dedo al chico
por llevar mejor señale. —

Ya tomaban á Gayferos,
para el dedo le cortare ;

— Venid acá vos, Gayferos,
y querednos escuchare ;

vos idos de aquesta tierra
y en ella no parezcáis mase. —

Ya le daban entre señas
el camino que harae :

— Iros heis de tierra en tierra
á do vuestro tió estáe. —

Gayferos desconsolado
por ese mundo se vae ;

los escuderos se volvieron
para do estaba Galvane.

Danle el dedo, y corazón
y dicen que muerto lo hane.

La condesa qu' esto oyera

empezara á gritos dare :
lloraba de los sus ojos
que quería reventare.
Dejemos á la condesa,
que muy grande llanto hace,
y digamos de Gayferos
del camino por do vae,
que de día ni de noche
no hace sino caminaré,
hasta que llegó á la tierra
adonde su tió estáe.

Dícele d' esta manera,
y empezóle de hablare :

— Manténgaos Dios, el mi tió.

— Mi sobrino, bien vengáises :

¿ qué buena venida es esta ?

Vos me la queréis contare.

— La venida que yo vengo
triste es y con pesare,

que Galván con grande enojo
mandado me había matare :

mas lo que os ruego, mi tió,

y lo que os vengo á rogare,

vamos á vengar la muerte

de vuestro hermano, mi padre.

Matáronlo á traición

por casar con la mi madre.

— Sosegáos, el mi sobrino,

vos os queráis sosegare,

que la muerte de mi hermano

bien la iremos á vengare. —

Ellos así se estuvieron

dos años y aun mase,

hasta que dijo Gayferos

y empezara de hablare.

XV

Gayferos—II

(Anónimo)

—Vámonos, dijo, mi tío,
 á París esa ciudade
 en figura de romeros,
 no nos conozca Galvane,
 que si Galván nos conoce
 mandaría nos matare.
 Encima ropas de seda
 vistamos las de sayale,
 llevemos nuestras espadas
 por más seguros andare;
 llevemos sendos bordones
 por la gente asegurar.—
 Ya se parten los romeros,
 ya se parten, ya se vane,
 de noche por los caminos,
 de día por los jarales.
 Andando por sus jornadas
 á París llegado hane;
 las puertas hallan cerradas,
 no hallan por donde entrare.
 Siete vueltas la rodean
 por ver si podrán entrare,
 y al cabo de las ocho
 un postigo van á hallare.
 Ellos que se vieron dentro
 empiezan á demandare;
 no preguntan por mesón,
 ni menos por hospitale,
 preguntan por los palacios
 donde la condesa estae,

y á las puertas del palacio
 allí van á demandare.
 Vieron estar la condesa,
 y empezaron de hablare:
 —Dios te salve, la condesa.
 —Los romeros, bien vengades.
 —Mandedes nos dar limosna
 por honor de caridade.
 —Con Dios vades, los romeros,
 que no os puedo nada dare,
 qu'el conde me había mandado
 á romeros no albergare.
 —Dadnos limosna, señora,
 qu'el conde no lo sabrae;
 así la dén á Gayferos
 en la tierra donde estae.—
 Así como oyó Gayferos
 comenzó de sospirare:
 mandábales dar del vino,
 mandábales dar del pané.
 Ellos en aquesto estando
 el conde llegado hae:
 —¿Qu'es aquesto, la condesa?
 aquesto ¿qué puede estare?
 ¿No os tenía yo mandado
 á romeros no albergare?—
 Dijo y alzara su mano,
 puñada le fuera á dare,
 que sus dientes menudicos
 en tierra los fuera á echare.
 Allí hablaran los romeros,
 y empezáronle de hablare:
 —¡Por hacer bien la condesa,
 cierto no merece male!
 —¡Callede vos, los romeros,
 no hayades vuestra parte!—

Alzó Gayferos su espada,
 un golpe le fué á dare
 que la cabeza de sus hombros
 á tierra la fuera á echare:
 allí habló la condesa
 llorando con gran pesare:
 —¿Quién érades, los romeros,
 que al conde fuistes matare?—
 Allí respondió el romero,
 tal respuesta le fué á dare:
 —Yo soy Gayferos, señora,
 vuestro hijo naturale.
 —Aquesto no puede ser,
 ni era cosa de verdade,
 qu'el dedo, y el corazón
 yo los tengo por señale.
 —El corazón que vos tenéis
 en persona no fué á estare,
 el dedo bien es aqueste,
 aquí lo veréis faltare.—
 La condesa qu'esto oyera
 comenzóle de abrazare:
 la tristeza que tenía
 en placer se fué á tornare.

XVI

Gayferos—III

(Anónimo)

Asentado está Gayferos
 en el palacio reale;
 asentado está al tablero
 para las tablas jugare.

Los dados tiene en la mano,
 que los quiere arrojare,
 cuando entró por la sala
 don Carlos el emperante.
 De que así jugar lo vido
 empezóle de mirare;
 hablándole está hablando
 palabras de gran pesare:
 —Si así fuédeses, Gayferos,
 para las armas tomare,
 como sois para los dados,
 y para tablas jugare,
 vuestra esposa tienen moros,
 iriadesla á buscare:
 pésame á mi por ello
 porque es mi hija carnale.
 De muchos fué demandada,
 y á nadie quiso tomare:
 pues con vos casó por amores,
 amores la han de sacare;
 si con otro fuera casada
 no estuviera en catividade.—
 Gayferos cuando esto vido,
 movido de gran pesare
 levantóse del tablero
 no queriendo más jugare,
 y tomáralo en las manos
 para haberlo de arrojare,
 si no por quien con él juega,
 que era hombre de linaje:
 jugaba con él Guarinos,
 almirante de la mare.
 Voces da por el palacio,
 que al cielo quieren llegare;
 preguntando va, preguntando
 por su tío don Roldane.

Halláralo en el patín,
que quería cabalgare :
con él era Oliveros
y Durandarte el galane,
con él muchos caballeros
de los de los doce pares :
Gayferos desde que lo vido
empezóle de hablare :

—Por Dios os ruego, mi tío,
por Dios os quiero rogare,
vuestras armas y caballo
vos me lo queráis prestare,
que mi tío el Emperante
tan mal me quiso tratare,
diciendo que soy para juego
y no para armas tomare.
Bien lo sabéis vos, mi tío,
bien sabéis vos la verdade,
que pues busqué á mi esposa
culpa no me deben dare.
Tres años anduve triste
por los montes y los valles
comiendo la carne cruda,
bebiendo la roja sangre,
trayendo los piés descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude
en cuanto pude buscare :
ahora sé que está en Sansueña,
en Sansueña, esa ciudade.
Sabéis que estoy sin caballo,
sin armas otro que tale,
que las tiene Montesinos,
que es ido á festejare
allá á los reinos de Hungría
para torneos armare,

y yo sin caballo y armas
mal la podré libertare ;
por esto os ruego, mi tío,
las vuestras me queráis dare. —
Don Roldán de qu' esto oyó
tal respuesta le fué á dare :
—Callad, sobrino Gayferos,
no querades hablar tale ;
siete años vuestra esposa
há que está en captividade ;
siempre os he visto con armas
y caballo otro que tale,
agora que no las tenéis
la queréis ir á buscare.
Sacramento tengo hecho
allá en San Juan de Letrane
á ninguno prestar armas,
no me las hagan cobardes :
mi caballo está bien vezado,
no lo querria mal vezare. —
Gayferos que esto oyó
la espada fuera á sacare ;
con una voz muy sañosa
empezara de hablare :
—¡ Bien parece, don Roldán,
siempre me quisiste male !
Si otro me lo dijera
mostrara si soy cobarde ;
mas quien á mí ha injuriado
no lo váis por mí á vengare ;
si vos tío no me fuédes
con vos querria pelear. —
Los grandes que allí se hallan
entre los dos puestos se hane
hablado le ha don Roldán,
empezóle de hablare :

—¡ Bien parece, don Gayferos,
 que sois de muy poca edade!
 Bien oístes un ejemplo,
 que conocéis ser verdade,
 que aquel que bien os quiere
 ese os quiere castigare.
 Si fuérades mal caballero
 no os dijera yo esto tale;
 mas porque sé que sois bueno,
 por eso os quise así hablare,
 que mis armas y caballo
 á vos no se han de negare,
 y si queréis compañía
 yo os querría acompañare.
 —Mercedes, dijo Gayferos,
 de la buena voluntade;
 solo me quiero ir, solo,
 para haberla de sacare:
 nunca me dirá ninguno
 que me vido ser cobarde.—
 Luégo mandó don Roldán
 sus armas aparejare;
 él encubierta el caballo
 por mejor lo encubertare;
 él mesmo pone las armas
 y le ayudaba á armare.
 Luégo cabalgó Gayferos
 con enojo y con pesare.
 Pésale á don Roldán,
 también á los doce pares,
 y más al emperador
 de que solo le vió andare;
 y desde ya se salía
 del gran palacio reale,
 con una voz amorosa
 llamáralo don Roldane:

—Esperá un poco, sobrino;
 pues solo queréis andare,
 dejédemes vuestra espada,
 la mía queráis tomare,
 y aunque vengan dos mil moros
 nunca les volváis la haze:
 al caballo dadle rienda
 y haga á su voluntade,
 que si él ve la suya
 bien os sabrá ayudare,
 y si ve demasia
 d'ella os sabrá sacare.—
 Ya le daba su espada,
 y toma la de Roldane;
 da de espuelas al caballo,
 sálese de la ciudade.
 Don Beltrán desde que ir lo vido
 empezóle de hablare:
 —Tornad acá, hijo Gayferos,
 pues que me tenéis por padre,
 tan solamente que os vea
 la condesa vuestra madre,
 tomará con vos consuelo,
 que tan tristes llantos hace,
 y daráos caballeros
 los que hayáis necesidad.
 —Consoladla vos, mi tío,
 vos la queráis consolare,
 acuérdesse que me perdió
 chiquito y de poca edade;
 haga cuenta que de entonces
 no me ha visto jamase,
 que ya sabéis que en los doce
 corren malas voluntades,
 y no dirán vuelvo por ruego,
 más que vuelvo por cobarde,

que yo no volveré en Francia
 sin Melisendra tornare.—
 Don Beltrán de que lo oyera
 tan enojado hablare,
 vuelve riendas al caballo
 y entróse en la ciudade.
 Gayferos en tierra de moros
 empieza de caminar; ;
 jornada de quinze días
 en ocho la fué á andare.
 Por las sierras de Sansueña
 Gayferos mal airado vae;
 las voces que iba dando
 al cielo quieren llegare.
 Maldiciendo iba el vino,
 maldiciendo iba el pane,
 el pan que comían los moros,
 mas no de la cristiandade:
 maldiciendo iba la dueña
 que tan solo un hijo pare;
 si enemigos se lo matan
 no tiene quien lo vengare:
 maldiciendo iba al caballero
 que cabalga sin un paje;
 si se le cae la espuela
 no tiene quien se la calce:
 maldiciendo iba el árbol
 que solo en el campo nasce,
 que todas las aves del mundo
 en él van á quebrantare,
 que de rama ni de hoja
 al triste dejan gozare.
 Dando estas voces y otras
 á Sansueña fué á llegare.
 Viernes era en aquel día
 los moros su fiesta hacen:

el rey iba á la mezquita
 para la zala rezare,
 con todos sus caballeros
 cuantos él pudo llevare.
 Cuando llegó Gayferos
 á Sansueña, esa ciudade,
 miraba si vería alguno
 á quien poder demandare:
 vido un cativo cristiano
 que andaba por los adarves;
 desque lo vido Gayferos
 empezóle de hablare:
 —Dios te salve, el cristiano,
 y te torne en libertade,
 nuevas que pedirte quiero
 no me las quieras negare.
 ¿Tú que andas con los moros
 dime si oíste hablare
 si hay aquí alguna cristiana,
 que sea de alto linaje?—
 El cativo que lo oyera
 empezara de llorare:
 —¡Tantos tengo de mis duelos,
 de otros non puedo curare!
 Que todo el día caballos
 del rey me hacen pensare,
 y de noche en honda sima
 me hacen aquí aprisionare.
 Bien sé que hay muchas cativas
 cristianas de gran linaje,
 especialmente hay una
 qu'es de Francia naturale:
 el rey Almanzor la trata
 como á su hija carnale:
 sé que muchos reyes moros
 con ella quieren casare:

por eso idos, caballero,
 por esa calle adelante,
 veréislas á las ventanas
 del gran palacio reale.—
 Derecho se va á la plaza,
 á la plaza la más grande.
 Allí estaban los palacios
 donde el rey solía estare:
 alzó los ojos en alto
 por los palacios mirare,
 vido estar á Melisendra
 en una ventana grande
 con otras damas cristianas,
 qu'están en captividade.
 Melisendra que lo vido
 empezara de llorare,
 no porque lo conociese
 en el gesto ni en el traje,
 mas en verlo con armas blancas
 acordóse de los pares,
 acordóse de los palacios
 del emperador su padre,
 de justas, galas, torneos,
 que por ella solían armare.
 Con voz triste y muy llorosa
 le empezara de llamare:

—Por Dios os ruego, caballero,
 queráisos á mí llegare;
 si sois cristiano ó moro
 no me lo queráis negare;
 daros he unas encomiendas,
 bien pagadas os serane:
 caballero, si á Francia ides
 por Gayferos preguntade,
 decidle que la su esposa
 se le envía á encomendare,

que ya me parece tiempo
 que la debía sacare.
 Si no me deja por miedo
 de con los moros peleare,
 debe tener otros amores,
 de mí no lo dejan acordare:
 ¡ los ausentes por los presentes
 ligeros son de olvidare!
 Aun le diréis, caballero,
 por darle mayor señale,
 que sus justas y torneos
 bien las supimos acae.
 Y si estas encomiendas
 no recibe con solace,
 daréislas á Oliveros,
 daréislas á don Roldane,
 daréislas á mi señor
 el emperador mi padre:
 diréis como está en Sansueña,
 en Sansueña esa ciudade;
 que si presto no me sacan
 mora me quieren tornare:
 casarme han con el rey moro
 que está allende la mare:
 de siete reyes de moros
 reina me hacen coronare;
 según los reyes me acuitan
 mora me harán tornare;
 mas amores de Gayferos
 no los puedo yo olvidare.—
 Gayferos que esto oyera
 tal respuesta le fué á dare:
 —No lloréis vos, mi señora,
 no queráis así llorare,
 porque esas encomiendas
 vos mesma las podéis dare,

que á mí allá dentro en Francia
 Gayferos suelen nombrare.
 Soy el infante Gayferos
 señor de París la grande,
 primo hermano de Oliveros,
 sobrino de don Roldane,
 amores de Melisendra
 son los que acá me traen.—
 Melisendra qu'esto vido
 conociólo en el hablare,
 tiróse de la ventana,
 la escalera fué á tomare,
 salióse para la plaza
 donde lo vido estare.
 Gayferos cuando la vido
 presto la fué á tomare;
 abrázala con sus brazos
 para haberla de besare.
 Allí estaba un perro moro
 por los cristianos guardare;
 las voces daba tan altas
 que al cielo quieren llegare.
 Al alarido del moro
 la ciudad mandan cerrare;
 siete veces la rodean,
 no hallan por do escapare.
 Presto sale el rey Almanzor
 de la mezquita rezare:
 veréis tocar la trompeta
 aprieta y no de vagare,
 veréis armar caballeros
 y en caballos cabalgare,
 tantos se arman de los moros
 que gran cosa es de mirare.
 Melisendra que lo vido
 en una priesa tan grande,

con una voz delicada
 le empezara de hablare:
 —Esforzado don Gayferos
 no querades desmayare,
 que los buenos caballeros
 son para necesidad:
 ¡si d'esta escapáis, Gayferos,
 harto tenéis que contare!
 ¡Ya quisiera Dios del cielo
 y Santa María su madre
 fuese tal vuestro caballo
 como el de don Roldane!
 Muchas veces le oí decir
 en el palacio imperiale,
 que si se hallaba cercado
 de moros en algún lugare,
 al caballo aprieta la cincha,
 y aflojábale el pretale,
 hincábale las espuelas
 sin ninguna piedade:
 el caballo es esforzado,
 de otra parte va á saltare.—
 Gayferos de qu'esto oyó
 presto se fuera á apeare;
 al caballo aprieta la cincha,
 y aflojábale el pretale;
 sin poner pié en el estribo
 encima fué á cabalgare,
 y Melisendra á las ancas,
 que presto las fué tomare.
 El cuerpo le da y cintura
 porque lo pueda abrazare
 al caballo hinca la espuela
 sin ninguna piedade.
 Corriendo venían los moros
 aprieta y no de vagare;

las grandes voces que daban
 al caballo hacen saltare.
 Cuando fueron cerca los moros
 la rienda le fué á largare ;
 el caballo era ligero,
 púsolo de la otra parte.
 El rey moro qu'esto vido
 mandó abrir la ciudade ;
 siete batallas de moros
 todos de zaga le vane.
 Volviéndose iba Gayferos,
 no cesaba de mirare ;
 de que vido que los moros
 le empezaban de cercare,
 volviöse á Melisendra,
 empezóle de hablare :
 —No os enojéis, mi señora,
 seráos fuerza aquí apeare,
 y en esta grande espesura
 podéis, señora, aguardare,
 que los moros son tan cerca,
 de fuerza nos han de alcanzare,
 vos, señora, no traéis armas
 para haber de pelear ;
 yo, pues que las traigo buenas,
 quiérolas ejercitare. —
 Apeóse Melisendra
 no cesando de rezare,
 las rodillas puso en tierra,
 las manos fué á levantare,
 los ojos puestos al cielo
 no cesando de rezare :
 sin que Gayferos volviese
 el caballo fué á aguijare.
 Cuando huía de los moros
 parece no puede andare,

y cuando iba hacia ellos
 iba con furor tan grande,
 que del rigor que llevaba
 la tierra hacia temblare.
 Donde vido la morisma
 entre ellos fuera á entrare :
 si bien pelea Gayferos,
 el caballo mucho mase.
 Tantos mata de los moros
 que no hay cuento ni pare ;
 de la sangre que salía
 el campo cubierto se hae.
 El rey Almanzor qu'esto vido
 empezara de hablare :
 —¡Oh válasme tú, Alá!
 ¿Esto qué podía estare ?
 ¡Que tal fuerza de caballero
 en pocos se puede hallare!
 Debe ser el encantado
 ese paladín Roldane,
 ó debe ser el esforzado
 Renaldos de Montalvane,
 ó es Urgel de la Marcha
 esforzado y singulare ;
 no hay ninguno de los doce
 que bastase hacer lo tale.
 Gayferos que esto oyó
 tal respuesta le fué á dare :
 —Calles, calles, el rey moro,
 calles, y no digas tale,
 muchos otros hay en Francia,
 que tanto como estos valen ;
 yo no soy ninguno d'ellos,
 mas yo me quiero nombrare :
 soy el infante Gayferos,
 señor de Paris la grande,

primo hermano de Oliveros,
 sobrino de don Roldane.—
 El rey Almanzor que lo oyera
 con tal esfuerzo hablare,
 con los más moros que pudo
 se entrara en la ciudade.
 Solo quedaba Gayferos,
 no halló con quien pelear;
 volvió riendas al caballo
 por Melisendra buscare:
 Melisendra que lo vido
 á recibir se lo sale;
 vídole las armas blancas,
 tintas en color de sangre.
 Con voz muy triste y llorosa
 le empezó de preguntare:
 —Por Dios os ruego, Gayferos,
 por Dios os quiero rogare,
 si traéis alguna herida
 querásmela vos mostrare,
 que los moros eran tantos
 quizá os habrán hecho male.
 Con las mangas de mi camisa
 os la quiero yo apretare,
 y con la mi rica toea
 yo os las entiendo sanare.
 —Callede, dijo Gayferos,
 infanta, no digáis tale,
 por más que fueran los moros
 no me podían hacer male,
 qu'estas armas y caballo
 son de mi tío don Roldane;
 caballero que las trujere
 no podía peligrare.
 Cabalgad presto, señora,
 que no es tiempo de aquí estare;

antes que los moros tornen
 los puertos hemos pasare.—
 Ya cabalga Melisendra
 en un caballo alazane;
 razonando van de amores,
 de amores, que no de al;
 ni de los moros han miedo
 ni d'ellos nada se dane:
 con el placer de ambos juntos
 no cesan de caminar,
 de noche por los caminos,
 de día por los jarales,
 comiendo las yerbas verdes
 y agua si pueden hallare,
 hasta que entraron en Francia
 y en tierra de cristiandade:
 si hasta allí alegres fueron,
 mucho más de allí adelante.
 Á la entrada de un monte,
 y á la salida de un valle,
 caballero de armas blancas
 de lejos vieron asomare:
 Gayferos desque lo vido
 la sangre vuelto se le hae,
 diciendo á su señora:
 —¡Esto es más de recelare,
 que aquel caballero que asoma
 gran esfuerzo es el que trae!
 Que sea cristiano ó moro,
 fuerza será pelear:
 apeaos vos, mi señora,
 y vení de mí á la pare.—
 De la mano le traía
 no cesando de llorare.
 Lleganse los caballeros,
 comienzan aparejare

las lanzas y los escudos
 en són de bien pelear.
 Los caballos ya de cerca
 comienzan de relinchare;
 mas conoció Gayferos
 y empezara de hablare:
 — Perded cuidado, señora,
 y tornad á cabalgare,
 que el caballo que allí viene
 mío es en verdade;
 yo le dí mucha cebada
 y más le entiendo de dare;
 las armas según que veo
 mías son otro que tale,
 y aun aquel es Montesinos
 que á mí me viene á buscare,
 que cuando yo me parti
 no estaba en la ciudade.—
 Plugo mucho á Melisendra
 que aquello fuese verdade.
 Ya que se van acercando
 cuasi juntos á la pare,
 con voz alta y crecida
 empiézanse de interrogare.
 Conóscense los dos primos
 entonces en el hablare;
 apeáronse á gran priesa,
 muy grandes fiestas se hacen.
 De que hubieron hablado
 tornaron á cabalgare:
 razonando van de amores,
 de otro no quieren hablare.
 Andando por sus jornadas
 en tierra de cristiandade,
 cuantos caballeros hallan
 todos los van compañare,

y dueñas á Melisendra,
 doncellas otro que tale.
 Al cabo de pocos dias
 á París van á llegare:
 siete leguas de la ciudad
 el emperador les sale;
 con él sale Oliveros,
 con él sale don Roldane,
 con él el infante Guarinos,
 almirante de la mare,
 con él sale don Bermúdez
 y el buen viejo don Beltrane,
 con él muchos de los doce
 que á su mesa comen pane,
 y con él iba doña Alda,
 la esposa de Roldane;
 con él iba Julianesa,
 la hija del rey Juliane;
 dueñas, damas y doncellas
 las más altas de linaje.
 El emperador abraza su hija
 no cesando de llorare;
 palabras que le decía
 dolor eran de escuchare.
 Los doce á don Gayferos
 gran acatamiento le hacen
 tiénenlo por esforzado
 mucho más de allí adelante,
 pues que sacó á su esposa
 de muy gran captividade:
 las fiestas que le hacian
 no tienen cuento ni pare.

XVII

El nacimiento de Montesinos—1

(Anónimo)

Muchas veces oi decir
 y á los antiguos contar,
 que ninguno por riqueza
 no se debe de ensalzar,
 ni por pobreza que tenga
 se debe menospreciar.
 Miren bien, tomando ejemplo,
 dó buenos suelen mirar,
 cómo el conde, á quien Grimaltos
 en Francia suelen llamar,
 llegó en las cortes del Rey
 pequeño y de poca edad.
 Fué luego paje del Rey
 del más secreto lugar;
 porque él era muy discreto,
 y de él se podía fiar:
 y después de algunos tiempos,
 cuando más entró en edad,
 le mandó ser camarero
 y secretario real:
 y después le dió un condado,
 por mayor honra le dar;
 y por darle mayor honra
 y estado en Francia sin par
 lo hizo gobernador,
 que el reino pueda mandar.
 Por su virtud y nobleza,
 y grande esfuerzo sin par
 le quiso tomar por hijo,

y con su hija le casar.
 Celebráronse las fiestas
 con placer y sin pesar.
 Ya después de algunos días
 de sus honras y holgar,
 el Rey le mandó al conde
 que le fuese á gobernar
 y poner cobro en las tierras
 que le fuera á encomendar.
 Pláceme, dijera el conde,
 pues no se puede excusar.
 Ya se ordena la partida,
 y el Rey manda aparejar
 sus caballeros y damas
 para haber de acompañar.
 Ya se partía el buen conde
 con la condesa á la par,
 y caballeros y damas
 que no le quieren dejar.
 Por la gran virtud del conde
 no se pueden apartar:
 de Paris hasta León
 le fueron á acompañar.
 Vuélvense para Paris
 después de placer tomar:
 las nuevas que dan al Rey
 es descanso de escuchar,
 de cómo rige á León
 y le tiene á su mandar,
 y el estado de su Alteza
 como lo hacía acatar.
 De tales nuevas el Rey
 gran placer fuera á tomar.
 No prosigo más del Rey,
 sino que lo dejo estar.
 Tornemos á Don Grimaltos

cómo empieza á gobernar,
 bien querido de los grandes,
 sin la justicia negar,
 trata á todos de tal suerte,
 que á ninguno da pesar.
 Cinco años él estuvo
 sin al buen Rey ir á hablar,
 ni del conde á él ir quejas,
 ni de sentencia apelar;
 mas fortuna que es mudable,
 y no puede sosegar,
 quiso serle tan contraria
 por su estado le quitar.
 Fué el caso que Don Tomillas
 quiso en traición tocar:
 revolvióle con el Rey
 por más le escandalizar,
 diciéndole que su yerno
 se le quiere rebelar,
 y que en villas y ciudades
 sus armas hace pintar,
 y por señor absoluto
 él se manda intitular,
 y en las villas y lugares
 guarnición quiere dejar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 tuvo d'ello gran pesar,
 pensando en las mercedes
 que al conde le fuera á dar.
 ¡ Sólo por buenos servicios
 le pusiera en tal lugar,
 y después por galardón
 tal traición le ordenar!
 Él ha determinado
 de hacerle justiciar.
 Dejemos lo de la corte,

y al conde quiero tornar,
 que estando con la condesa
 una noche á bel folgar,
 adurmióse el buen conde,
 recordara con pesar;
 las palabras que decía
 son de dolor y pesar:
 —¿ Qué te hice, vil fortuna?
 ¿ Por qué te quieres mudar
 y quitarme de mi silla
 en que el Rey me fué á sentar?
 ¡ Por falsedad de traidores
 causarme tanto de mal!
 Que según yo creo y pienso
 no lo puede otro causar. —
 Á las voces que da el conde
 su mujer fué á despertar;
 recordó muy espantada
 de verle así hablar,
 y hacer lo que no solía,
 y de condición mudar.
 —¿ Que habéis, mi señor el conde?
 ¿ En qué podéis vos pensar?
 — No pienso en otro, señora,
 sino en cosa de pesar,
 porque un triste y mal sueño
 alterado me hace estar.
 Aunque en sueños no fiemos,
 no sé á qué parte lo echar,
 que parecía muy cierto
 que ví una águila volar.
 Siete halcones tras ella
 mal aquejándola van,
 y ella por guardarse d'ellos
 retrújose á mi ciudad;
 encima de una alta torre

allí se fuera á asentar;
 por el pico echaba fuego,
 por las alas alquitrán;
 el fuego que d'ella sale
 la ciudad hace quemar:
 á mí quemaba las barbas,
 y á vos quemaba el brial.

¡Cierto tal sueño como este
 no puede ser sino mal!
 Esta es la causa, condesa,
 que me sentiste quejar.

—Bien lo merecéis, buen conde,
 si d'ello os viene algún mal,
 que bien há los cinco años,
 que en corte no os ven estar,
 y sabéis vos bien, el conde,
 quién allí os quiere mal,
 que es el traidor de Tomillas
 que no suele reposar:

yo no lo tengo á mucho
 que ordene alguna maldad.

Mas, señor, si me creéis,
 mañana antes de yantar
 mandad hacer un pregón
 por toda esa ciudad,
 que vengan los caballeros
 que están á vuestro mandar,
 y por todas vuestras tierras
 también los mandéis llamar,
 que para cierta jornada
 todos se hayan de juntar.

Desque todos estén juntos
 decirles heis la verdad,
 que queréis ir á París
 para con el Rey hablar,
 y que se aperciban todos

para en tal caso os honrar.
 Según d'ellos sois querido,
 creo no os podrán faltar:
 iros heis con todos ellos
 á París, esa ciudad,
 besaréis la mano al Rey
 como la soléis besar,
 y entonces sabréis, señor,
 lo que él os quiere mandar;
 que si enojo de vos tiene
 luégo os lo demostrará,
 y viendo vuestra venida
 bien se le podrá quitar.

—Pláceme, dijo, señora,
 vuestro consejo tomar.—

Partese el conde Grimaltos
 á París, esa ciudad,
 con todos sus caballeros
 y otros que él pudo juntar.
 Desque fué cerca París
 bien quince millas y más,
 mandó parar á su gente,
 sus tiendas mandó armar,
 hizo aposentar los suyos
 cada cual en su lugar.

Luégo el Rey dél hubo cartas,
 respuesta no quiso dar.
 Cuando el conde aquesto vido
 en París se fué á entrar;
 fuérase para el palacio
 donde el Rey solía estar;
 saludó á todos los grandes,
 la mano al Rey fué á besar
 el Rey de muy enojado
 nunca se la quiso dar,
 antes más le amenazaba

por su muy sobrado osar,
que habiendo hecho tal traición
en París osase entrar;
jurando que por su vida
se debía maravillar
cómo, visto lo presente,
no lo hacia degollar;

y si no hubiera mirado
su hija no deshonrar,
que antes que el día pasara
lo hiciera justiciar:
mas por dar á él castigo,
y á otros escarmentar
le mandó salir del reino
y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres días
para del reino vaciar
y el destierro es de esta suerte:
que gente no ha de llevar,
caballeros, ni criados
no le hayan de acompañar,
ni llevé caballo ó mula
en que pueda cabalgar:
moneda de plata y oro
deje, y aun la de metal.

Cuando el conde esto oyera
¡ved cuál podía estar!
Con voz alta y rigurosa,
cercado de gran pesar,
como hombre desesperado
tal respuesta le fué á dar:

—Por desterrarme tu Alteza
consiento en mi desterrar;
mas quien de mí tal ha dicho,
miente y no dice verdad,
que nunca hice traición,

ni pensé en maldad usar;
mas si Dios me da la vida
yo haré ver la verdad.—
Ya se sale de Palacio
con doloroso pesar;
fuése á casa de Oliveros,
y allí halló á Don Roldán.
Contábales las palabras
que con el Rey fué á pasar;
despidiéndose está d'ellos,
pues les dijo la verdad,
jurando que nunca en Francia
lo verían asomar,
si no fuese castigado
quien tal cosa fué á ordenar.
Ya se despedia d'ellos;
por París comienza á andar
despidiéndose de todos
con quién solía conversar.
Despidióse de Valdovinos
y del romano Fincán,
y del gastón Angeleros,
y del viejo Don Beltrán,
y del duque Don Estolfo,
de Malgesí otro que tal,
y de aquel solo invencible
Reinaldos de Montalván.
Ya se despide de todos
para su viaje tomar.
La condesa fué avisada,
no tardó en París entrar:
derecha fué para el Rey,
sin con el conde hablar,
diciendo que de su Alteza
se quería maravillar,
cómo al buen conde Grimaltos

lo quisiese así tratar ;
 que sus obras nunca han sido
 de tan mal galardonar,
 y que suplica á su Alteza
 que en ello mande mirar,
 y si el conde no es culpado
 que al traidor haga pagar
 lo que el conde merecía
 si aquello fuese verdad,
 y así será castigado
 quien lo tal fué á ordenar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 luégo la mandó callar,
 diciendo que si más habla
 como á él la ha de tratar,
 y que le es muy excusado
 por el conde le rogar,
 pues quien por traidores ruega
 traidor se pueda llamar.
 La condesa qu' esto oyera,
 llorando con gran pesar,
 descendióse del palacio
 para el conde ir á buscar.
 Viéndose ya con el conde
 se llegó á lo abrazar ;
 lo que el uno y el otro dicen
 lástima era de escuchar :
 —¿ Este es el descanso, conde,
 que me habiades de dar ?
 ¡ No pensé que mis placeres
 tan poco habían de durar !
 Mas en ver que sin razón,
 por placer nos dan pesar,
 quiero que cuando vais, conde
 cuenta d'ello sepáis dar.
 Yo os demando una merced,

no me la queráis negar,
 porque cuando nos casamos
 hartas me habiades de dar.
 Yo nunca las he habido,
 aún las tengo de cobrar,
 ahora es tiempo, buen conde,
 de haberlas de demandar.
 —Excusado es, la condesa,
 eso ahora demandar,
 porque jamás tuve cosa
 fuera de vuestro mandar,
 que cuánto vos demandéis
 por mi fe de lo otorgar.
 —Es, señor, que donde fuéredes
 con vos me hayáis de llevar.
 —Por la fe que yo os he dado
 no se os puede negar ;
 mas de las penas que siento
 esta es la más principal,
 porque perderme yo solo
 este perder es ganar,
 y en perderos vos, señora,
 es perder sin más cobrar ;
 mas pues así lo queréis,
 no queramos dilatar.
 ¡ Mucho me pesa, condesa,
 porque no podáis andar,
 que siendo niña y preñada
 podriades peligrar !
 Mas pues fortuna lo quiere
 recibidlo sin pesar,
 que los corazones fuertes
 se muestran en tal lugar. —
 Tómanse mano por mano,
 sálense de la ciudad ;
 con ellos sale Oliveros,

y ese paladín Roldán,
 también el Dardín Dardeña,
 y ese romano Fincán,
 y ese gastón Angeleros,
 y el fuerte Meridán:
 con ellos va Don Reinaldos,
 y Valdovinos el galán,
 y ese duque Don Estolfo,
 y Malgesí otro que tal;
 las dueñas y las doncellas
 también con ellos se van:
 cinco millas de Paris
 los hubieron de dejar.
 El conde y condesa solos
 tristes se habian de quedar:
 cuando partirse tenían
 no se podían hablar.
 Llorá el conde y la condesa,
 sin nadie les consolar,
 porque no hay grande ni chico
 que estuviere sin llorar.
 ¡Pues las damas y doncellas,
 que allí hubieron de llegar,
 hacen llantos tan extraños,
 que no los oso contar,
 porque mientras pienso en ellos
 nunca me puedo alegrar!
 Mas el conde y la condesa
 vanse sin nada hablar:
 los otros caen en tierra
 con la sobra del pesar:
 otros crecen más sus lloros
 viendo cuán tristes se van.
 Dejo de los caballeros
 que á Paris quieren tornar;
 vuelvo al conde y la condesa,

que van con gran soledad
 por los yermos y asperezas
 do gente no suele andar.
 Llegado el tercero día,
 en un áspero bosque
 la condesa de cansada
 triste no podía andar.
 Rasgáronse sus servillas,
 no tiene ya que calzar:
 de la aspereza del monte
 los piés no podía alzar;
 do quiera que el pié ponía
 bien quedaba la señal.
 Cuando el conde aquesto vido,
 queriéndola consolar,
 con gesto muy amoroso
 la comenzó de hablar:
 —No desmayedes, condesa,
 mi bien, queráis esforzar,
 que aquí está una fresca fuente
 do el agua muy fría está:
 reposaremos, condesa,
 y podremos refrescar.—
 La condesa que esto oyera
 algo el paso fué á alargar,
 y en llegando á la fuente
 las rodillas fué á hincar.
 Dió gracias á Dios del cielo,
 que la trujo en tal lugar,
 diciendo:—¡Buen agua es esta
 para quien tuviese pan!
 Estando en estas razones
 el parto le fué á tomar,
 y allí pariera un hijo,
 que es lástima de mirar
 la pobreza en que se hallan

sin poderse remediar.
 El conde cuando vió el hijo
 comenzóse de esforzár;
 con el sayo que traía
 al niño fué á cobijar;
 también se quitó la capa
 por á la madre abrigar;
 la condesa tomó el niño
 para darle de mamar.
 El conde estaba pensando
 qué remedio le buscar,
 que pan ni vino no tienen,
 ni cosa con que pasar.
 La condesa con el parto
 no se puede levantar;
 tomóla el conde en los brazos
 sin ella el niño dejar,
 súbelos á una alta sierra
 para más lejos mirar.
 En unas breñas muy hondas
 grande humo vió estar,
 tomó su mujer y hijo,
 para allá les fué á llevar.
 Entrando en la espesura
 luégo al encuentro le sale
 un virtuoso ermitaño
 de reverencia muy grande:
 el ermitaño que los vido
 comenzóles de hablar:
 —¡Oh valgame Dios del cielo!
 ¿Quién aquí os fué á aportar?
 Porque en tierra tan extraña
 gente no suele habitar,
 sino yo que por penitencia
 hago vida en este valle.—
 El conde le respondió

con angustia y con pesar:
 —Por Dios te ruego, ermitaño,
 que uses de caridad,
 que después habremos tiempo
 de cómo vengo, á contar;
 mas para esta triste dueña
 dame que la pueda dar,
 que tres días con sus noches
 há que no ha comido pan,
 que allá en esa fuente fria
 el parto le fué á tomar.—
 El ermitaño que esto oyera,
 movido de gran piedad
 llevóles para la ermita
 dó él solía habitar.
 Dióles del pan que tenía,
 y agua, que vino no hay:
 recobró algo la condesa
 de su flaqueza muy grande.
 Allí le rogó el conde
 quiera el niño bautizar.
 —Pláceme, dijo, de grado;
 ¿mas cómo le llamarán?
 —Como quisiéredes, padre,
 el nombre le podréis dar.
 —Pues nació en ásperos montes
 Montesinos le dirán.—
 Pasando y viniendo días,
 todos vida santa hacen;
 bien pasaron quince años,
 que el conde de allí no parte.
 Mucho trabajó el buen conde
 en haberle de enseñar
 á su hijo Montesinos
 todo el arte militar,
 la vida de caballero

cómo la había de usar,
 cómo ha de jugar las armas,
 y qué honra ha de ganar,
 cómo vengará el enojo
 que al padre fueron á dar.
 Muéstrale en leer y escribir
 lo que le puede enseñar,
 muéstrale jugar á tablas,
 y cebar un gavilán.
 Á veinte y cuatro de junio,
 día era de San Juan,
 padre y hijo paseando
 de la ermita se van;
 encima de una alta sierra
 su suben á razonar.
 Cuando el conde alto se vido,
 vido á Paris la ciudad.
 Tomó al hijo por la mano,
 comenzóle de hablar,
 con lágrimas y sollozos
 no deja de suspirar.

XVIII•

Montesinos se vengá de Tomillas—II

(Anónimo)

Cata Francia, Montesinos,
 cata Paris la ciudad,
 cata las aguas de Duero,
 dó van á dar en la mar;
 cata palacios del Rey,
 cata los de Don Beltrán,
 y aquella que ves más alta

y que está en mejor lugar
 es la casa de Tomillas,
 mi enemigo mortal.
 Por su lengua difamada
 me mandó el Rey desterrar,
 y he pasado á causa d'esto
 mucha sed, calor y hambre,
 trayendo los piés descalzos,
 las uñas corriendo sangre.
 Á la triste madre tuya
 por testigo puedo dar,
 que te parió en una fuente
 sin tener en qué te echar.
 Yo triste quité mi sayo
 para haber de cobijarte;
 ella me dijo llorando
 por te ver tan mal pasar:
 —Tomes este niño, conde,
 y lléveslo á cristianar;
 Llamédesle Montesinos,
 Montesinos le llamad.—
 Montesinos que lo oyera
 los ojos volvió á su padre;
 las rodillas por el suelo
 empezóle de rogar
 le quisiese dar licencia,
 que en Paris quiere pasar,
 y tomar sueldo del Rey
 si se lo quisiere dar,
 por vengarse de Tomillas,
 su enemigo mortal;
 que si sueldo del Rey toma
 todo se puede vengar.
 Ya que despedirse quieren
 á su padre fué á rogar
 que á la triste de su madre

él la quiera consolar,
 y de su parte le diga
 que á Tomillas va buscar.
 —Pláceme, dijera el conde,
 hijo, por te contentare. —
 Ya se parte Montesinos
 para en París entrare,
 y en entrando por las puertas
 luego quiso preguntar
 por los palacios del Rey
 que se los quieran mostrar.
 Los que se lo oían decir
 dél se empiezan á burlar;
 viéndolo tan mal vestido
 piensan que es loco, ó truhán:
 en fin, muéstranle el palacio,
 entró en la sala real,
 halló que comía el Rey,
 don Tomillas á la par.
 Mucha gente está en la sala,
 por él no quieren mirar.
 Desde hubieron ya comido
 al jedrez van á jugar
 solos el Rey y Tomillas
 sin nadie á ellos hablar,
 si no fuera Montesino
 que llegó á los mirar;
 mas el falso Don Tomillas,
 en quien nunca hubo verdad,
 jugara una treta falsa,
 donde no pudo callar
 el noble de Montesinos,
 y publica su maldad.
 Don Tomillas qu' esto oyera,
 con muy gran riguridad
 levantando la su mano

un bofetón le fué á dar.
 Montesinos con el brazo
 el golpe le fué á tomar,
 y echando mano al tablero
 á Don Tomillas fué á dar
 un tal golpe en la cabeza,
 que le hubo de matar.
 Murió el perverso dañado,
 sin valerle su maldad.
 Alborótanse los grandes
 cuantos en la sala están:
 prendieron á Montesinos
 y queríanlo matar,
 sino qu' el Rey mandó á todos
 que no le hiciesen mal,
 porque él quería saber
 quién le dió tan grande osar;
 que no sin algún misterio
 él no osaría tal obrar.
 Cuando el Rey le interrogara,
 él dijera la verdad.
 —Sepa tu real Alteza
 soy tu nieto natural;
 hijo soy de vuestra hija,
 la que hicisteis desterrar
 con el conde Don Grimaltos,
 vuestro servidor leal,
 y por falsa acusación
 le quisiste maltratar:
 mas agora vuestra Alteza
 puédese d' ello informar;
 qu' el falso de Don Tomillas
 sepan si dijo verdad,
 y si pena yo merezco,
 buen Rey, mándamela dar,
 y también si no la tengo

mandédesme de soltar,
y al buen conde y la condesa
los mandéis ir á buscar,
y los tornéis á sus tierras
como solian estar. —

Cuando el Rey aquesto oyera
no quiso más escuchar.

Aunque veía ser su nieto,
quiso saber la verdad,
y supo que Don Tomillas
ordenó aquella maldad
por envidia que les tuvo
al ver su prosperidad.

Cuando el Rey la verdad supo
al buen conde hizo llamar:
gente de á pié y de á caballo
iban por le acompañar,
y damas por la condesa
como solía llevar.

Llegado junto á París
dentro no quería entrar,
porque cuando dél salieron
los dos fueron á jurar
que las puertas de París
nunca las vieran pasar.

Cuando el Rey aquello supo
luégo mandó derribar
un pedazo de la cerca
por dó pudiesen pasar
sin quebrar el juramento
qu'ellos fueron á jurar:
llévanlos á los palacios
con mucha solemnidad,
y hácenlos muy ricas fiestas
cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas

les vienen á visitar,
y el Rey delante de todos
por mayor honra les dar,
les dijo que había sabido
cómo era todo maldad,
lo que dijo Don Tomillas
cuando lo hizo desterrar;
y porque sea más creído
allí les tornó á firmar
todo lo que antes tenían,
y el gobierno general,
y que después de sus días
el reino haya de heredar
el noble de Montesinos,
y así lo mandó firmar.

XIX

Durandarte moribundo recomienda á Montesinos
que lleve su corazón á Belerma

(Anónimo)

¡Oh Belerma! ¡oh Belerma!
Por mi mal fuiste engendada,
que siete años te servi
sin de ti alcanzar nada;
agora que me querías
muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
aunque temprano me llama;
más pésame que de verte
y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,

que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
vos llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba.
y servidla de mi parte,
como de vos yo esperaba,
y traedle mi memoria
dos veces cada semana;
y diréisle que se acuerde
cuán cara que me costaba;
y dadle todas mis tierras
las que yo señoreaba;
pues que yo á ella pierdo,
todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡Mal me aqueja esta lanzada!
El brazo traigo cansado,
y la mano del espada:
traigo grandes las heridas,
mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos,
y el corazón me desmaya;
que ojos que nos vieron ir
nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
la lengua tengo turbada;
á vos doy todos mis cargos,
en vos yo los traspasaba.
— El Señor en quien creéis
él oiga vuestra palabra. —
Muerto yace Durandarte
al pié de una alta montaña:
llorábalo Montesinos,
que á su muerte se hallara:

quitándole está el almete,
desciéndole el espada;
hácele la sepultura
con una pequeña daga:
sacábale el corazón,
como él se lo jurara,
para llevarlo á Belerma,
como allí se lo mandara.
Las palabras que le dice
de allá le salen del alma:
— ¡Oh mi primo Durandarte!
¡Primo mío de mi alma!
¡Espada nunca vencida!
¡Esfuerzo dó esfuerzo estaba!
¡Quien á vos mató, mi primo,
no sé por qué me dejara!

XX

Batalla contra Marsín

(Anónimo)

Domingo era de Ramos,
la Pasión quieren decir,
cuando moros y cristianos
todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses,
ya comienzan de huir,
¡oh cuán bien los esforzaba
ese Roldán paladín!
— ¡Vuelta, vuelta, los franceses,
con corazón, á la lid!
¡Más vale morir por buenos,
que deshonrados vivir! —
Ya volvían los franceses

con corazón á la lid;
 á los encuentros primeros
 mataron sesenta mil.
 Por las sierras de Altamira
 hnyendo va el rey Marsin,
 caballero en una cebra,
 no por mengua de rocin.
 La sangre que dél corria
 las yerbas hace teñir;
 las voces que iba dando
 al cielo quieren subir.
 —¡Reniego de ti, Mahoma,
 y de cuánto hice por ti!
 Hicete cuerpo de plata,
 piés y manos de un marfil;
 hicete casa de Meca
 donde adorasen en ti,
 y por más te honrar, Mahoma,
 cabeza de oro te fiz.
 Sesenta mil caballeros
 á ti te los ofrecí;
 mi mujer la reina mora
 te ofreció otros treinta mil.

XXI

Muerte de D. Beltrán en Roncesvalles

(Anónimo)

En los campos de Alventosa
 mataron á don Beltrán,
 nunca lo echaron menos
 hasta los puertos pasar.
 Siete veces echan suertes
 quién lo volverá á buscar;

todas siete le cupieron
 al buen viejo de su padre;
 las tres fueron por malicia,
 y las cuatro con maldad.
 Vuelve riendas al caballo,
 y vuélveselo á buscar
 de noche por el camino,
 de día por el jaral.
 Por la matanza va el viejo,
 por la matanza adelante;
 los brazos lleva cansados
 de los muertos rodear:
 no hallaba al que buscaba,
 ni menos la su señal;
 vido todos los franceses
 y no vido á don Beltrán.
 Maldiciendo iba el vino,
 maldiciendo iba el pan,
 el que comían los moros,
 que no el de la cristiandad:
 maldiciendo iba el árbol
 que solo en el campo nasce,
 que todas las aves del cielo
 allí se vienen á asentar,
 que de rama ni de hoja
 no le dejaban gozar:
 maldiciendo iba el caballero,
 que cabalgaba sin paje;
 si se le cae la lanza
 no tiene quien se la alce,
 y si se le cae la espuela
 no tiene quien se la calce:
 maldiciendo iba la mujer
 que tan solo un hijo pare;
 si enemigos se lo matan
 no tiene quién lo vengar.

Á la entrada de un puerto,
 saliendo de un arenal,
 vido en esto estar un moro
 que velaba en un adarve:
 hablóle en algarabía,
 como aquel que bien la sabe:
 —Por Dios te ruego, el moro,
 me digas una verdad:
 caballero de armas blancas
 si lo viste acá pasar,
 y si tú lo tienes preso,
 á oro lo pesarán,
 y si tú lo tienes muerto,
 désmelo para enterrar,
 pues que el cuerpo sin el alma
 solo un dinero no vale.
 —Ese caballero, amigo,
 dime tú qué señas trae.
 —Blancas armas son las tuyas,
 y el caballo es alazán,
 en el carrillo derecho
 él tenía una señal,
 que siendo niño pequeño
 se la hizo un gavilán.
 —Este caballero, amigo,
 muerto está en aquel pradal;
 las piernas tiene en el agua,
 y el cuerpo en el arenal:
 siete lanzadas tenía
 desde el hombro al calcañal,
 y otras tantas su caballo
 desde la cincha al pretal.
 No le des culpa al caballo,
 que no se la puedes dar;
 siete veces lo sacó
 sin herida y sin señal,

y otras tantas lo volvió
 con gana de pelear.

XXII

Doña Alda llora la muerte de Roldán

(Anónimo)

En París está doña Alda,
 la esposa de don Roldán,
 trescientas damas con ella
 para la acompañar:
 todas visten un vestido,
 todas calzan un calzar,
 todas comen á una mesa,
 todas comían de un pan,
 si no era sola doña Alda,
 que era la mayoral.
 Las ciento hilaban oro,
 las ciento tejen cendal,
 las ciento instrumentos tañen
 para doña Alda holgar.
 Al són de los instrumentos
 doña Alda adormido se ha:
 ensoñado había un sueño,
 un sueño de gran pesar.
 Recordó despavorida
 y con un pavor muy grande,
 los gritos daba tan grandes,
 que se oían en la ciudad.
 Allí hablaron sus doncellas,
 bien oiréis lo que dirán:
 —¿Qué es aquesto, mi señora?
 ¿Quién es el que os hizo mal?
 —Un sueño soñé, doncellas,

que me ha dado gran pesar;
 que me vea en un monte
 en un desierto lugar:
 bajo los montes muy altos
 un azor vide volar,
 tras dél viene una aguililla
 que lo afincaba muy mal.
 El azor con grande cuita
 metióse so mi brial;
 el aguililla con grande ira
 de allí lo iba á sacar;
 con las uñas lo despluma
 con el pico lo deshace.—
 Allí habló su camarera,
 bien oiréis lo que dirá:
 —Aquese sueño, señora,
 bien os lo entiendo soltar:
 el azor es vuestro esposo,
 que viene de allende el mar;
 el águila sedes vos,
 con la cual ha de casar,
 y aquel monte es la iglesia
 donde os han de velar.
 —Si así es, mi camarera,
 bien te lo entiendo pagar.—
 Otro día de mañana
 cartas de fuera le traen;
 tintas venian de dentro,
 de fuera escritas con sangre,
 que su Roldán era muerto
 en la caza de Roncesvalles.

XXIII

El almirante Guarinos

(Anónimo)

¡Mala la visteis, franceses,
 la caza de Roncesvalles!
 Don Carlos perdió la honra,
 murieron los doce Pares,
 cativaron á Guarinos
 almirante de las mares:
 los siete reyes de moros
 fueron en su cativare.
 Siete veces echan suertes
 cual d'ellos lo ha de llevar;
 todas siete le cupieron
 á Marlotes el infante.
 Más lo preciara Marlotes
 que Arabia con su ciudade.
 Dícele d'esta manera,
 y empezóle de hablare:
 —Por Alá te ruego, Guarinos,
 moro te quieras tornar;
 de los bienes d'este mundo
 yo te quiero dar asaz.
 De dos hijas que yo tengo
 yo te las quería dare,
 la una para el vestir,
 para vestir y calzare
 la otra para tu mujer,
 tu mujer la naturale.
 Darte he en arras y dote
 Arabia con su ciudade;
 si más quisieres, Guarinos,
 mucho más te quiero dare.—

Allí fablara Guarinos,
 bien oiréis lo que dirá:
 —¡No lo mande Dios del cielo
 ni Santa María su madre,
 que deje la fe de Cristo
 por la de Mahoma tomar,
 que esposaica tengo en Francia,
 con ella entiendo casar!—
 Marlotes con gran enojo
 en cárceles lo manda echar
 con esposas á las manos
 porque pierda el pelear;
 el agua hasta la cinta
 porque pierda el cabalgar;
 siete quintales de fierro
 desde el hombro al calcañar.
 En tres fiestas que hay en el año
 le mandaba justiciar;
 la una Pascua de Mayo,
 la otra por Navidad,
 la otra Pascua de Flores,
 esta fiesta general.
 Vanse días, vienen días,
 venido era el de Sant Juan,
 donde cristianos y moros
 hacen gran solemnidad.
 Los cristianos echan juncia,
 y los moros arrayán;
 los judíos echan neas
 por la fiesta más honrar.
 Marlotes con alegría
 un tablado mandó armar,
 ni más chico ni más grande,
 que al cielo quiere llegar.
 Los moros con alegría
 empiezan de le tirar:

tira el uno, tira el otro,
 no llegan á la mitad.
 Marlotes con enconia
 un pregón mandara dar,
 que los chicos no mamasen,
 ni los grandes coman pan,
 hasta que aquel tablado
 en tierra haya de estar.
 Oyó el estruendo Guarinos
 en las cárceles do está:
 —¡Oh válasme Dios del cielo
 y Santa María su Madre!
 Ó casan hija del rey,
 ó la quieren desposar,
 ó era venido el día
 que me quieren justiciar.—
 Oídolo ha el carcelero
 que cerca se fué á hallar:
 —No casan hija de rey,
 ni la quieren desposar,
 ni es venida la Pascua
 que te suelen azotar;
 mas era venido un día,
 el cual llaman de Sant Juan,
 cuando los que están contentos
 con placer comen su pan.
 Marlotes de gran placer
 un tablado mandó armar;
 el altura que tenía
 al cielo quiere llegar.
 Hanle tirado los moros,
 no le pueden derribar;
 Marlotes de enojado
 un pregón mandara dar,
 que ninguno no comiese
 hasta habello derribar.—

Allí respondió Guarinos,
 bien oiréis qué fué á hablar:
 —Si vos me dáis mi caballo,
 en que solía cabalgar,
 y me diédes mis armas,
 las que yo solía armar,
 y me diédes mi lanza,
 la que solía llevar,
 aquellos tablados altos
 yo los entiendo derribar,
 y si no los derribase
 que me mandasen matar.—
 El carcelero qu'esto oyera
 comenzóle de hablar:
 —¡Siete años había, siete
 que estás en este lugar,
 que no siento hombre del mundo
 que un año pudiese estar,
 y aun dices que tienes fuerzas
 para el tablado derribar!
 Mas espera tú, Guarinos,
 que yo lo iré á contar
 á Marlotes el infante
 por ver lo que me dirá.—
 Ya se parte el carcelero,
 ya se parte, ya se va;
 siendo cerca del tablado
 á Marlotes hablado ha:
 —Una nueva vos traía,
 queráismela escuchar:
 sabed que aquel prisionero
 aquesto dicho me ha:
 que si le diesen su caballo,
 el que solía cabalgar,
 y le diesen las sus armas,
 que él se solía armar,

que aquestos tablados altos
 él los entiende derribar.—
 Marlotes de qu'esto oyera
 de allí lo mandó sacar;
 por mirar si en caballo
 el podría cabalgar,
 mandó buscar su caballo,
 y mandáraselo dar,
 que siete años son pasados
 que andaba llevando cal.
 Armáronlo de sus armas,
 que bien mohosas están.
 Marlotes desde que lo vido,
 con reir y con burlar
 dice que vaya al tablado
 y lo quiera derribar.
 Guarinos con grande furia
 un encuentro le fué á dar,
 que más de la mitad dél
 en el suelo lo fué á echar.
 Los moros de qu'esto vieron
 todos le quieren matar;
 Guarinos como esforzado
 comenzó de pelear
 con los moros, que eran tantos,
 que el sol querían quitar.
 Peleara de tal suerte
 que él se hubo de soltar,
 y se fuera á la su tierra
 á Francia la natural:
 grandes honras le hicieron
 cuando le vieron llegar.

XXIV

Angélica y Medoro

(De D. Luis de Góngora)

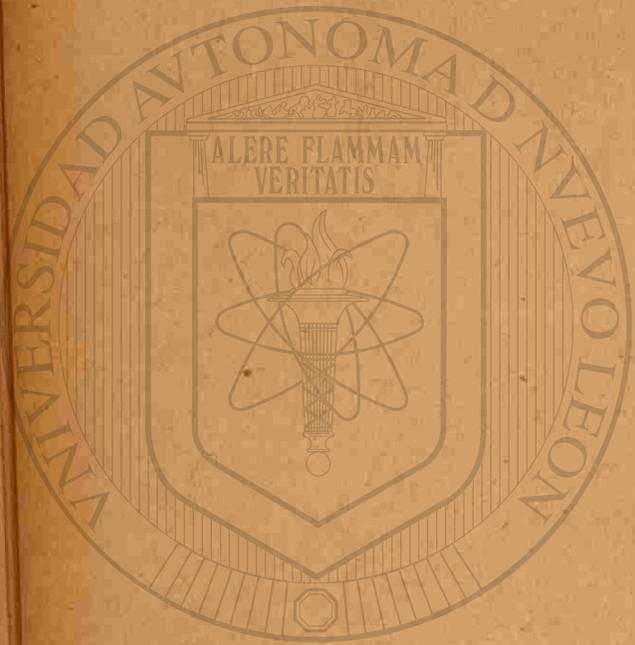
En un pastoral albergue,
 que la guerra entre unos robles
 lo dejó por escondido,
 ó lo perdonó por pobre;
 do la paz viste pellico
 y conduce entre pastores,
 ovejas del monte al llano
 y cabras del llano al monte;
 mal herido, y bien curado
 se alberga un dichoso joven,
 que sin clavarle Amor flechas
 le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
 los ojos con mucha noche
 le halló en el campo aquella
 vida y muerte de los hombres.
 Del palafren se derriba,
 no porque al moro conoce,
 sino por ver que la yerba,
 tanta sangre paga en flores.
 Limpialé el rostro, y la mano
 siente al Amor que se esconde
 tras las rosas, que la muerte
 va violando sus colores.
 Escondióse tras las rosas,
 porque labren sus arpones
 el diamante de Catay
 con aquella sangre noble.
 Ya le regala los ojos,

ya le entra, sin ver por dónde,
 una piedad mal nacida
 entre dulces escorpiones.
 Ya es herido el pedernal,
 ya despide al primer golpe
 centellas de una piedad
 hija de padres traidores.
 Yerba le aplica á las llagas,
 que si no sanan entonces,
 en virtud de tales manos
 lisonjean los dolores.
 Amor le ofrece su venda,
 mas ella sus velos rompe
 para ligar sus heridas,
 ¡los rayos del sol perdonen!
 Los últimos ñudos daba,
 cuando el cielo la socorre
 de un villano, en una yegua
 que iba penetrando el bosque.
 Enfrénanle de la bella
 las tristes piadosas voces,
 que los firmes troncos mueven
 y las sordas piedras oyen;
 y la que mejor se halla
 en las selvas, que en la corte,
 simple bondad, al pío ruego
 cortésmente corresponde.
 Humilde se apea el villano,
 y sobre la yegua pone
 un cuerpo casi sin alma;
 pero con dos corazones.
 Á su cabaña los guía,
 que el sol deja el horizonte,
 y el humo de su cabaña
 les va sirviendo de norte.
 Llegaron temprano á ella,

do una labradora acoge
 un mal vivo con dos almas,
 una ciega con dos soles.
 Blando heno en vez de pluma
 para lecho les compone,
 que será tálamo luégo
 do el garzón sus dichas logre.
 Las manos pues cuyos dedos
 d'esta vida fueron dioses
 restituyen á Medoro
 salud nueva, fuerzas dobles,
 y le entregan, cuando menos,
 su beldad y un reino en dote,
 segunda envidia de Marte,
 primera dicha de Adonis.
 Corona un lascivo enjambre
 de cupidillos menores
 la choza, bien como abejas
 hueco tronco de alcornoque.
 ¡Qué de ñudos le está dando
 á un áspid la vida torpe,
 contando de las palomas
 los arrullos gemidores!
 ¡Qué bien la destierra Amor
 haciendo la cuerda azote,
 porque el caso no se infame
 y el lugar no se inficione.
 Todo es gala el Africano,
 su vestido espira olores,
 el lunado arco suspende,
 y el corvo alfanje depone:
 tórtolas enamoradas
 son sus roncós atambores
 y los volantes de Venus
 sus bien seguidos pendones.
 Desnuda el pecho anda ella,

vuela el cabello sin orden,
 si lo abrocha es con claveles,
 con jazmines si lo coge.
 El pié calza en lazos de oro
 porque la nieve se goce,
 y no se vaya por piés
 la hermosura del orbe.
 Todo sirve á los amantes;
 plumas les baten veloces
 airecillos lisonjeros,
 si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombras,
 los árboles pabellones,
 la apacible fuente sueño,
 música los ruseñores:
 los troncos les dan cortezas
 en que se guarden sus nombres,
 mejor que en tablas de mármol,
 ó que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra
 ni blanco chopo sin mote;
 si un valle Angélica suena,
 otro Angélica responde.
 Cuevas do el silencio apenas
 deja que las sombras moren,
 profanan con sus abrazos
 á pesar de sus horrores.
 ¡Choza pues, tálamo y lecho
 contestes d'estos amores,
 el cielo os guarde si puede
 de las locuras del conde!



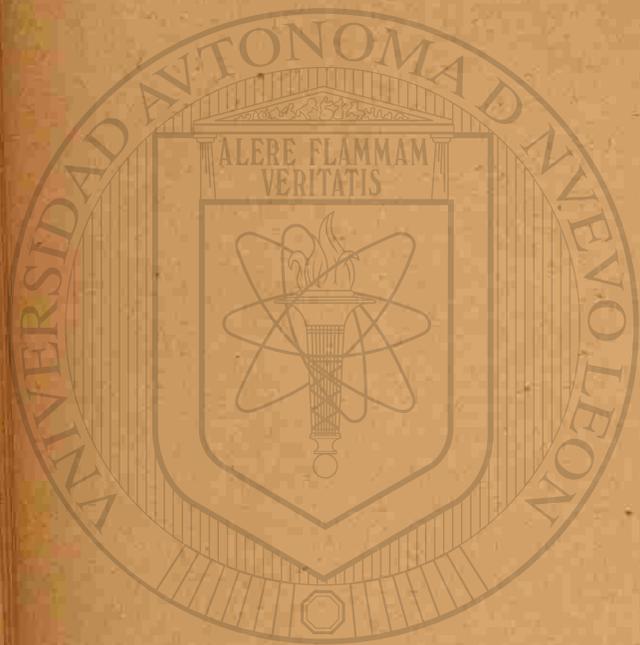
ROMANCES HISTÓRICOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Rodrigo abre la cueva encantada de Toledo

(Anónimo)

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar,
un torneo en Toledo
ha mandado pregonar:
sesenta mil caballeros
en él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
queriéndole comenzar,
vino gente de Toledo
por le haber de suplicar
que á la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar,
como sus antepasados
lo solían costumbrar.
El Rey no puso el candado,
mas todos los fué á quebrar,
pensando que gran tesoro

Hércules debía dejar.
Entrando dentro en la casa
nada otro fuera hallar
sino letras que decían :
«Rey has sido por tu mal ;
que el rey que esta casa abriere
á España tiene quemar.»

Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilar,
dentro de nuevas banderas
con figuras de espantar ;
alárabes de caballo
sin poderse menear,
con espadas á los cuellos,
ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
no curó de más mirar.
Vino un águila del cielo,
la casa fuera quemar.
Luego envía mucha gente
para África conquistar :
veinte y cinco mil caballeros
dió al conde Don Julián,
y pasándolos el conde
corría fortuna en la mar :
perdió doscientos navíos,
cien galeras de remar,
y toda la gente suya,
sino cuatro mil no más.

II

Rodrigo fugitivo y derrotado

(Anónimo)

Las huestes del rey Rodrigo
desmayaban y huían

cuando en la octava batalla
sus enemigos vencían.
Rodrigo deja sus tierras
y del real se salía :
solo va el desventurado,
que no lleva compañía.
El caballo de cansado,
ya mudar no se podía :
camina por donde quiere,
que no le estorba la vía.
El Rey va tan desmayado
que sentido no tenía :
muerto va de sed y hambre,
que de velle era mancilla ;
y va tan tinto de sangre,
que una brasa parecía.
Las armas lleva abolladas,
que eran de sangre perdida ;
la espada lleva hecha sierra
de los golpes que tenía ;
el almete de abollado
en la cabeza se hundía ;
la cara llevaba hinchada
del trabajo que sufría.
Subióse encima de un cerro
el más alto que veía :
desde allí mira su gente
cómo iba de vencida.
De allí mira sus banderas,
y estandartes que tenía,
cómo están todos pisados
que la tierra los cubría.
Mira por los capitanes
que ninguno parecía ;
mira el campo tinto en sangre,
la cual á arroyos corría.

El triste de ver aquesto
 gran mancilla en sí tenía;
 llorando de los sus ojos
 d'esta manera decía:
 —Ayer era rey de España,
 hoy no lo soy de una villa;
 ayer villas y castillos,
 hoy ninguno poseía;
 ayer tenía criados
 y gente que me servía,
 hoy no tengo una almena
 que pueda decir que es mía.
 ¡Desdichada fué la hora,
 desdichado fué aquel día
 en que nací y heredé
 la tan grande señoría,
 pues lo había de perder
 todo junto y en un día!
 ¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
 y llevas esta alma mía
 de aqueste cuerpo mezquino,
 pues te se agradecería?

III

Rodrigo penitente, y su muerte

(Anónimo)

Después que el rey Don Rodrigo
 á España perdido había,
 íbase desesperado
 por donde más le placía.
 Métese por las montañas
 las más espesas que vía,
 porque no le hallen los moros

que en su seguimiento iban.
 Topado há con un pastor
 que su ganado traía,
 dijole:—¿Dime, buen hombre,
 lo que preguntar quería
 es si hay por aquí poblado
 ó alguna casería
 donde pueda descansar,
 que gran fatiga traía?—
 El pastor respondió luégo
 que en balde la buscaría,
 porque en todo aquel desierto
 sólo una ermita había,
 adonde está un ermitaño,
 que hacía muy santa vida.
 El Rey fué alegre de esto
 por allí acabar su vida.
 Pidió al hombre que le diese
 de comer, si algo tenía:
 el pastor sacó un zurrón,
 que siempre en él pan traía;
 dióle dél, y de un tasajo
 que acaso allí echado había.
 El pan era muy moreno,
 al Rey muy mal le sabía;
 las lágrimas se le salen,
 detener no las podía
 acordándose en su tiempo
 los manjares que comía.
 Después que hubo descansado
 por la ermita le pedía,
 el pastor le enseñó luégo
 por donde no erraría.
 El Rey le dió una cadena,
 y un anillo que traía:
 joyas son de gran valor

que el Rey en mucho tenía.
 Comenzando á caminar,
 cuando el sol se retraía,
 á la ermita es ya llegado
 que el pastor dicho le había.
 El dando gracias á Dios
 luégo á rezar se metía ;
 después que hubo rezado
 para el ermitaño se iba:
 hombre es de autoridad.
 que bien se le parecía.
 Preguntóle el ermitaño
 cómo allí fué su venida;
 el Rey, los ojos llorosos,
 aquesto le respondía:
 —El desdichado Rodrigo
 yo soy, que rey ser solía:
 vengo á hacer penitencia
 contigo en tu compañía;
 no recibas pesadumbre,
 por Dios y Santa María.—
 El ermitaño se espanta,
 por consolallo decía:
 —Vos cierto habéis elegido
 camino cual convenia
 para vuestra salvación,
 que Dios os perdonaría.—
 El ermitaño á Dios ruega
 por si le revelaría
 la penitencia que diese
 al Rey, que le convenia.
 Fuéle luégo revelado,
 de parte de Dios, un día,
 que le meta en una tumba
 con una culebra viva,
 y esto tome en penitencia

por el mal que hecho había.
 El ermitaño al Rey
 muy alegre se volvía:
 contóselo todo al Rey
 como pasado le había.
 El Rey d'esto muy gozoso
 luégo en obra lo ponía.
 Métese como Dios manda
 para allí acabar su vida,
 y el ermitaño muy santo
 mírale al tercero día.
 Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?
 ¿Vaos bien con la compañía?
 —Hasta ahora no me ha tocado
 porque Dios no lo quería:
 ruega por mi, el ermitaño,
 porque acabe bien mi vida.—
 El ermitaño lloraba,
 gran compasión le tenía:
 comenzóle á consolar
 y esforzar cuánto podía.
 Después vuelve el ermitaño
 á ver si ya muerto había:
 halla que estaba rezando
 y que gemía y plañía.
 Preguntóle cómo estaba:
 —Dios es en ayuda mía,
 respondió el buen rey Rodrigo:
 la culebra me comía;
 cómeme ya por la parte
 que todo lo merecía,
 por donde fué el principio
 de la mi muy gran desdicha.—
 El ermitaño lo esfuerza,
 el buen Rey allí moría:
 aquí acabó el rey Rodrigo,
 al cielo derecho se iba.

IV

Negando serlo, reta Bernardo á los que le
decían bastardo

(Anónimo)

Por las riberas de Arlanza
Bernardo del Carpio cabalga
con un caballo morcillo
enjaezado de grana,
gruesa lanza en la mano,
armado de todas armas.

Toda la gente de Burgos
le mira como espantada,
porque no se suele armar
sino á cosa señalada.

También lo miraba el rey,
que fuera vuela una garza:
diciendo estaba á los suyos:

—Esta es una buena lanza:
si no es Bernardo del Carpio,
este es Muza el de Granada.—

Ellos estando en aquesto,
Bernardo que allí llegaba,
ya sósegado el caballo
no quiso dejar la lanza;
mas puesta encima del hombro
al rey d'esta suerte hablaba.

—Bastardo me llaman, rey,
siendo hijo de tu hermana,
y del noble Sancho Díaz;
ese conde de Saldaña:
dicen que ha sido traidor,
y mala mujer tu hermana.

Tú y los tuyos lo habéis dicho,
que otro ninguno no osara:
mas quien quiera que lo ha dicho
miente por medio la barba;
mi padre no fué traidor,
ni mi madre mujer mala,
porque cuando fui engendrado
ya mi madre era casada.
Pusiste á mi padre en hierros,
y á mi madre en orden santa,
y porque no herede yo
quieres dar tu reino á Francia.
Morirán los castellanos
antes de ver tal jornada:
montañeses, y leoneses,
y esa gente esturiana,
y ese rey de Zaragoza
me prestará su compañía
para salir contra Francia
y darle cruda batalla;
y si buena me saliere,
será el bien de toda España;
si mala, por la república
moriré yo en la demanda.
Mi padre mando que sueltes
pues me diste la palabra;
si no, en campo, como quiera
te será bien demandada.

V

Quiere el rey por sorpresa prender á Bernardo,
mas éste prevenido, lo evita, haciéndose
temer.

(Anónimo)

Con cartas sus mensajeros
el rey al Carpio envió;
Bernardo, como es discreto,
de traición se receló:
las cartas echa en el suelo
y al mensajero así habló:
—Mensajero eres amigo,
non merecéis culpa, non;
mas al rey que acá te envía
dígasle tú esta razón:
que no le estimo yo á él,
ni aun á cuantos con él son;
mas, por ver lo que me quiere,
todavía allá iré yo.—
Y mandó juntar los suyos:
d'esta suerte les habló:
—Cuatrocientos sois los míos,
los que comedes mi pan:
los ciento irán al Carpio,
para el Carpio guardar;
los ciento por los caminos,
que á nadie dejen pasar;
doscientos iréis conmigo
para con el rey hablar;
y si malo me aviniere
lo peor será tornar.—
Por sus jornadas contadas
á la corte fué á llegar.

—Dios os mantenga, buen rey,
y á cuantos con vos están.

—Mal vengades vos, Bernardo,
traidor, hijo de mal padre:
dite yo el Carpio en tenencia,
tú tómaslo de heredad.

—Engañáisvos vos, el rey,
et non decides verdad;
que si yo fuese traidor,
á vos os cabía en parte.

Acordársevos debía
de aquella del Encinal,
cuando gentes extranjeras
allí os trataron tan mal,
que os mataron el caballo,
y aun á vos querían matar.

Bernardo, como traidor,
d'entre ellos vos fué á sacar:
allí me distes el Carpio
de juro y de heredad:
prometístesme á mi padre,
non me guardastes verdad.

—Prendedlo, mis caballeros,
que igualado se me ha.

—Aquí, aquí, mis doscientos,
los que comedes mi pan,
que hoy era venido el día
que honra debemos ganar.—

El rey, de que aquesto viera,
d'esta suerte fué á hablar:

—¿Qué ha sido aquesto Bernardo,
que así enojado te has?

¿Lo que hombre dice de burla
de veras lo vas tomar?

Yo te do el Carpio, Bernardo,
de juro y de heredad.

—Aquestas burlas, el rey,
no son burlas de burlar;
llemástesme de traidor,
traidor, hijo de mal padre:
el Carpio yo no le quiero,
bien lo podéis vos guardar,
que cuando yo lo quisiere,
muy bien lo sabré ganar.

VI

Bodas de Ruy Velázquez con D.^a Lambra,
y odios contra los Laras

(Anónimo)

¡Ay Dios, qué buen caballero
fué don Rodrigo de Lara,
que mató cinco mil moros
con trescientos que llevaba!
Si aqueste muriera entonces,
¡qué gran fama que dejara!
No matara sus sobrinos
los siete infantes de Lara,
ni vendiera sus cabezas
al moro que las llevara.
Ya se trataban las bodas
con la linda doña Lambra:
las bodas se hacen en Burgos,
las tornabodas en Salas:
las bodas y tornabodas
duraron siete semanas;
las bodas fueron muy buenas,
las tornabodas muy malas.
Ya convidan por Castilla,
por Castilla y por Navarra:

tanta viene de la gente
que no hallaban posadas,
y aún faltaban por venir
los siete infantes de Lara.

—*Helos, helos por dô vienen
por aquella vega llana.*

Sáelos á recibir

la su madre doña Sancha.

—*Bien vengades, los mis fijos,
buena sea vuesa llegada.*

—*Norabuena estéis, señora,
nuesa madre doña Sancha.*—

Ellos le besan las manos,
y ella á ellos en la cara.

—Huelgo de veros á todos,
que ninguno no faltara,
porque á vos, mi Gonzalvico,
y á todos mucho os amaba.
Tornad á cabalgar, hijos,
y tomad las vuestras armas,
y allá os iréis á posar
al barrio de Cantarranas.

Por Dios os ruego, mis hijos,
no salgáis de las posadas,
porque en semejantes fiestas
se urden buenas lanzadas.—

Ya cabalgan los infantes
y se van á sus posadas;
hallaron las mesas puestas,
viandas aparejadas.

Después que hubieron comido
pidieron juegos de tablas,
si no fuera Gonzalvico
que su caballo demanda,
y muy bien puesto en la silla
se sale para la plaza,

en donde halló á don Rodrigo
que á una torre tira varas,
y con fuerza muy crecida
á la otra parte pasaban.

Gonzalvico que esto viera,
las suyas también tiraba:
las suyas que pesan mucho
á lo alto no llegaban.

Doña Lambra qu'esto vido,
d'esta manera le hablaba:

—Amad, ó dueñas, amad
cada cual en su lugar;
más vale mi caballero
que cuatro de los de Salas.—
Cuando Sancha aquesto oyó
respondió muy enojada:

—Callede, Lambra, callede,
non digáis la tal palabra,
que si mis fijos lo saben
ante ti te lo mataran.

—Callede vos, doña Sancha,
que tenéis por qué callar,
pues paristes siete fijos,
como puerca en muladar.—
Gonzalvico qu'esto oyera
esta respuesta le da:

—Yo te cortaré las faldas
por vergonzoso lugar,
por cima de las rodillas
un palmo y mucho más.—

Al llanto de doña Lambra
don Rodrigo fué á llegar:

—¿Qu'es aquesto, doña Lambra?

¿Quién os pretendió enojar?
Si me lo dices, yo entiendo
que te lo he de bien vengar,

porque á dueña tal que vos
todos la deben honrar.

VII

Pelean los de Lara contra los moros: muere
Nuño Salido, su ayo, y Fernán González, el
mayor de ellos.

(Anónimo)

¿Quién es aquel caballero
que tan gran traición hacia?
Ruy Velázquez es de Lara,
que á sus sobrinos vendía.
En el campo de Almenar
á los Infantes decía
que fuesen á correr moros,
que él los acorrería,
que habrían muy gran ganancia,
muchos captivos traerían.
Ellos en aquesto estando
grandes gentes parecían;
más de diez mil son los moros,
las enseñas traen tendidas.
Los Infantes le preguntan
qué gente es la que venía.
—No hayáis miedo, mis sobrinos,
Ruy Velázquez respondía,
todos son moros astrosos,
moros de poca valía,
que viendo que vais á ellos
á huir luégo echarían;
y si ellos vos aguardan
yo en vuestro socorro iría:

corrilos yo muchas veces,
 ninguno lo defendía.
 Á ellos id, mis sobrinos,
 no mostredes cobardía.—
 ¡Palabras son engañosas
 y de muy grande falsía!
 Los Infantes como buenos
 con moros arremetían;
 caballeros son doscientos
 los que su guarda seguían.
 Él á furto de cristianos
 á los moros se venía.
 Dijoles que sus sobrinos
 no escape ninguno á vida,
 que les corten las cabezas
 qu'él no los defendería.
 Docientos hombres no más
 llevaban en compañía.
 Don Nuño que ir los vido
 ido había por su espía,
 y cuando oyó las palabras
 que á los moros les decía,
 daba muy grandes las voces
 que en el cielo las ponía.
 —¡Don Ruy Velázquez traidor,
 el mayor que ser podría!
 ¿Á tus sobrinos infantes
 á la muerte los traías?
 Mientras el mundo durare
 durará tu alevosía,
 y la falsedad que has hecho
 contra la tu sangre misma.—
 Después que aquesto hubo dicho,
 á los infantes volvía,
 dijoles:—Armaos, mis hijos,
 que vuestro tío os vendía:

de consuno es con los moros,
 ya concertado tenían
 que os maten á todos juntos.—
 Ellos armáronse aina:
 las quince huestes de moros
 á todos cerco ponían;
 don Nuño, que era su ayo,
 gran esfuerzo les ponía:
 —Esforzaos, non temades,
 haced lo que yo hacía:
 á Dios yo vos encomiendo,
 mostrad vuestra valentía.—
 En la delantera haz
 don Nuño herido había
 y muerto muchos de moros,
 mas á él muerto lo habían.
 Los infantes arremeten
 con la su caballería:
 mezcláronse con los moros,
 á muchos quitan la vida.
 Los cristianos eran pocos,
 veinte moros á uno había;
 mataron á los cristianos,
 que á vida ninguno finca;
 solos quedan los hermanos,
 que ninguna ayuda habían.
 Encomendáronse á Dios,
Santiago, valme, decían:
 hirieron recio en los moros,
 gran matanza les hacían,
 no osan estar delante
 que gran braveza traían.
 Fernán González menor
 á sus hermanos decía:
 —Esforzaos, mis hermanos,
 lidiemos con valentía,

mostremos gran corazón
 contra aquesta morería.
 Ya no habemos ayuda,
 sólo Dios darla podía;
 ya murió Nuño Salido,
 y nuestra caballería:
 venguémoslos ó muramos,
 nadie muestre cobardía.
 Que desque estemos cansados
 esta sierra nos valdría.—
 Volvieron á pelear,
 ¡oh qué reciamente lidian!
 Muchos matan de los moros,
 á otros muchos herían;
 muerto han á Fernán González,
 seis solos quedado habían.
 Cansados ya de lidiar
 á la sierra se subían;
 limpiáronse los sus rostros
 que sangre y polvo teñían.

VIII

Juramentados los castellanos, salen á libertar
 á su conde, al cual hallan en el camino,
 ya libre, por una heroica traza de su des-
 posada doña Sancha

(Anónimo)

Juramento llevan hecho,
 todos juntos á una voz,
 de no volver á Castilla
 sin el conde, su señor.
 La imagen suya de piedra

llevan en un carretón,
 resueltos, si atrás no vuelve,
 de no volver ellos, non,
 y el que paso atrás volviere
 que quedase por traidor.
 Alzaron todos las manos,
 en señal que se juró.
 Acabado el homenaje,
 pusieronle su pendón,
 y besáronle la mano
 desde el chico hasta el mayor,
 y como buenos vasallos,
 caminan para Arlanzón
 al paso que andan los bueyes
 y á las vueltas que da el sol.
 Desierta dejan á Burgos
 y pueblos al rededor,
 solas quedan las mujeres
 y aquellos que niños son:
 tratando van del concierto
 del caballo y del azor,
 si ha de hacer libre á Castilla
 del feudo que da á León;
 y antes de entrar en Navarra,
 toparon junto al mojón
 al conde Fernán González,
 en cuya demanda son,
 con su esposa Doña Sancha,
 que con astucia y valor
 le sacó de Castroviejo
 con el engaño que usó.
 Con sus hierros y prisiones
 venían juntos los dos
 en la mula que tomaron
 á aquel preste cazador.
 Al estruendo de las armas

el conde se alborotó;
 mas conociendo á los suyos,
 d'esta manera habló:
 —¿Dó venís, mis castellanos?
 Digádesmelo, por Dios:
 ¿cómo dejáis mis castillos
 á peligro de Almanzor?—
 Allí habló Nuño Láinez:
 —Íbamos, señor, por vos,
 á quedar presos ó muertos,
 ó sacaros de prisión.

IX

Querellas entre Fernán González y el rey de
 León, Sancho I, llamado el Gordo

(Anónimo)

Castellanos y leoneses
 tienen grandes divisiones.
 El conde Fernán González
 y el buen rey D. Sancho Ordóñez,
 sobre el partir de las tierras
 ahí pasan malas razones:
 llamábanse hi-de-putas,
 hijos de padres traidores;
 echan mano á las espadas,
 derriban ricos mantones:
 no les pueden poner treguas
 cuantos en la corte sone,
 y pónenselas dos frailes,
 aquesos benditos monjes,
 qu'el uno es tío del rey,
 el otro hermano del conde.

Pónenlas por quince días,
 que non pueden por más, no,
 que se vayan á los prados
 que dicen de Carrión.
 Si mucho madruga el rey,
 el conde non dormía, non;
 el conde partió de Burgos,
 y el rey partió de León.
 Venido se han á juntar
 al vado de Carrión,
 y á la pasada del río
 movieron una cuestión:
 los del rey que pasarían,
 y los del conde que non.
 El rey, como era risueño,
 la su mula revolvió;
 el conde con lozania
 su caballo arremetió;
 con el agua y el arena
 al buen rey le salpicó.
 Allí hablara el buen rey,
 su gesto muy demudado:
 —Buen conde Fernán González,
 mucho sois desmesurado:
 si no fuera por las treguas
 que los monjes nos han dado,
 la cabeza de los hombros
 ya yo os la hubiera quitado,
 y con la sangre vertida
 yo tiñera aqueste vado.—
 El conde le respondiera,
 como aquel que era osado:
 —Eso que decis, buen rey,
 véolo mal aliñado;
 vos venís en gruesa mula,
 yo en un ligero caballo;

vos traéis sayo de seda,
 yo traigo un arnés tranzado;
 vos traéis alfanje de oro,
 yo traigo lanza en mi mano;
 vos traéis cetro de rey,
 y yo un venablo acerado;
 vos con guantes olorosos,
 yo con los de acero claro;
 vos con la gorra de fiesta,
 yo con un casco afinado;
 vos traéis ciento de mula,
 yo trescientos de á caballo.—
 Ellos en aquesto estando,
 los frailes que han allegado:
 —¡Tate, tate, caballeros!
 ¡Tate, tate, fijosdalgo!
 ¡Cuán mal cumplistes las treguas
 que nos habiades mandado!—
 Allí hablara el buen rey:
 —Yo las cumpliré de grado.—
 Pero respondiera el conde:
 —Yo de piés puesto en el campo.—
 Cuando vido aquesto el rey,
 no quiso pasar el vado;
 vuélvese para sus tierras;
 malamente va enojado.
 Grandes bascas va haciendo,
 reciamente va jurando
 que habia de matar al conde
 y destruir su condado.
 Mandó pues llamar á cortes;
 por los grandes ha enviado:
 todos ellos son venidos,
 y solo el conde ha faltado.
 Mensajero se le hace
 á que cumpla su mandado:

el mensajero que fué
 d'esta suerte le ha hablado.

X

Sancho I de León requiere á Fernán González,
 que como feudatario asista á las cortes

(Anónimo)

—Buen conde Fernán González,
 el rey envia por vos,
 que vayades á las cortes
 que se hacian en León;
 que si vos allá vais, conde,
 daros han buen galardón,
 daros ha á Palenzuela
 y á Palencia la mayor;
 daros ha á las nueve villas,
 con ellas á Carrión;
 daros ha á Torquemada,
 la torre de Mormojón;
 daros ha á Tordesillas,
 y á Torre de Labatón,
 y si más quisierdes, conde,
 daros han á Carrión.
 Buen conde, si allá non ides,
 daros os han por traidor.—
 Allí respondiera el conde
 y dijera esta razón:
 —Mensajero eres, amigo,
 non mereces culpa, non,
 que yo no he miedo al rey,
 ni á cuantos con él son.
 Villas y castillos tengo,
 todos á mi mandar son,

d'ellos me dejó mi padre,
 d'ellos me ganara yo:
 los que me dejó mi padre
 poblélos de ricos hombres,
 los que yo me hube ganado
 poblélos de labradores;
 quien no tenía más que un buey,
 dábale otro, que eran dos;
 al que casaba su hija
 dóile yo muy rico dón;
 al que faltaban dineros
 también se los presto yo:
 cada día que amanece,
 por mí hacen oración;
 no la hacían por el rey,
 que no la merece, non;
 él les puso muchos pechos.
 y quitáraselos yo.

XI

Niéganse los nobles á pechar los cinco maravedises que Alfonso VIII les imponía

(Anónimo)

En esa ciudad de Burgos
 en cortes se habian juntado
 el rey que venció las Navas
 con todos los hijosdalgo.
 Habló con Don Diego el rey,
 con él se había aconsejado,
 que era señor de Vizcaya
 de todos el más privado.
 —Consejédesme, don Diego,

que estoy muy necesitado,
 que con las guerras que he hecho
 gran dinero me ha faltado.
 Querría llegarme á Cuenca,
 no tengo lo necesario;
 si os pareciese, don Diego,
 por mí será demandado
 que cinco maravedis
 me peche cada hijodalgo.
 —Grave cosa me parece,
 le respondiera el de Haro,
 que querades vos, señor,
 al libre hacer tributario;
 mas por lo mucho que os quiero
 de mí seréis ayudado,
 porque yo soy principal,
 y de mí os será pagado.—
 Siendo juntos en las cortes,
 el rey se lo había hablado;
 levantado está don Diego,
 como ya estaba acordado.
 —Justo es lo que pide el rey,
 por nadie le sea negado,
 mis cinco maravedis
 hélos aquí de buen grado.—
 Don Nuño, conde de Lara,
 mucho mal se habia enojado;
 pósito todo temor,
 desta manera ha hablado:
 —Aquellos donde venimos
 nunca tal pecho han pagado,
 nos, menos lo pagaremos,
 ni al rey tal le será dado.
 El que quisiere pagarle,
 quede aquí como villano,
 váyase luégo tras mí

el que fuere hijodalgo.—
 Todos se salen tras él.
 de tres mil, tres han quedado,
 en el campo de la Clera
 todos allí se han juntado.
 El pecho que el rey demanda
 en las lanzas lo han atado,
 envíanle á decir
 que el tributo está llegado,
 que envíe sus cogedores
 y luégo será pagado;
 mas que si él va en persona
 no será desacatado,
 pero que enviase aquellos
 de quien fuera aconsejado.
 Cuando aquesto oyera el rey
 y que solo se ha quedado,
 volvióse para don Diego,
 consejo le ha demandado.
 Don Diego, como sagaz,
 este consejo le ha dado:
 —Desterrédesme, señor,
 como que yo lo he causado,
 y así cobraréis la gracia
 de los vuestros hijosdalgo.—
 Otorgó el rey el consejo;
 á decir les ha enviado
 que quien le dió tal consejo
 será muy bien castigado,
 que hidalgos de Castilla
 no son para haber pechado.
 Muy alegres fueron todos,
 todo se hubo apaciguado;
 desterraron á don Diego
 por lo que no había pecado;
 mas dende á pocos días

á Castilla fué tornado.
 El bien de la lealtad
 por ningún precio es comprado.

XII

Querellas de Alfonso X, por la rebelión de su
 hijo y por verse abandonado de todos

(Anónimo)

Yo salí de la mi tierra
 para ir á Dios servir,
 y perdí lo que había
 desde mayo hasta abril,
 todo el reino de Castilla,
 hasta allá al Guadalquivir.
 Los obispos y prelados
 cuidé que metían paz
 entre mí y el hijo mío,
 como en su decreto yaz.
 Estos dejaron aquesto,
 y metieron mal asaz,
 non á excuso, mas á voces,
 bien como el añafil faz.
 Fallecieronme parientes,
 y amigos que yo había,
 con haberes y con cuerpos
 y con su caballería.
 Ayúdeme Jesucristo
 y su madre Santa María,
 que yo á ellos me encomiendo,
 de noche y también de día.
 No he más á quien lo decir,
 ni á quien me querellar,

pues los amigos que había
no me osan ayudar ;
que por medio de don Sancho
desamparado me han :
pues Dios no me desampare
cuando por mí ha de enviar ;
ya yo oí otras veces
de otro rey así contar,
que con desamparo que hubo,
se metió en alta mar,
á se morir en las ondas
ó las venturas buscar ;
Apolonio fué aqueste,
é yo haré otro tal.

XIII

Muerte de los Carvajales

Válasme, nuestra Señora,
cual dicen, de la Ribera,
donde el buen rey don Fernando
tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo
hasta el jueves de la Cena,
que el rey no se hizo la barba
ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,
un canto por cabecera,
los cuarenta pobres comen
cada día á la su mesa.
De lo que á los pobres sobra
el rey hace la su cena,
con vara de oro en su mano
bien hace servir la mesa.

Dícenle sus caballeros
dónde irá á tener la fiesta.
—Á Jaén, dice, señores,
con mi señora la Reina.—
Después que estuvo en Jaén
y la fiesta hubo pasado,
pártese para Alcaudete
ese castillo nombrado:
el pié tiene en el estribo,
que aún no se había apeado,
cuando le daban querella
de dos hombres hijosdalgo,
y la querella le daban
dos hombres como villanos.
Abarcas traen calzadas
y agujadas en las manos.
—Justicia, justicia, rey,
pues que somos tus vasallos,
de don Pedro Carvajal
y don Alfonso su hermano,
que nos corren nuestras tierras
y nos robaban el campo,
y nos fuerzan las mujeres
á tuerto y desaguizado.
Comiannos la cebada
sin después querer pagallo,
hacen otras desvergüenzas
que vergüenza era contallo.
— Yo haré d'ello justicia,
tornáos á vuestro ganado.—
Manda pregonar el rey
y por todo su reinado,
que cualquier que los hallase
le daría buen hallazgo.
Hallólos el Almirante
allá en Medina del Campo

comprando muy ricas armas,
jaeces para caballos.

—Presos, presos, caballeros
presos, presos, hijosdalgo.

—No por vos, el Almirante,
si de otro no traéis mandado.

—Estad presos, caballeros,
que del rey traigo recaudo.

—Plácenos, el Almirante,
por cumplir el su mandado.—

Por las sus jornadas ciertas
en Jaén habian entrado.

—Manténgate Dios, el rey.
—Mal vengades, hijosdalgo.—

Mándales cortar los piés,
mándales cortar las manos,

y mándalos despeñar
de aquella peña de Martos.

Allí hablara el uno d'ellos
el menor y más osado:

—¿Por qué lo haces, el rey?
¿Por qué haces tal mandado?

Querellámonos, el rey,
para ante Dios soberano,

que dentro de treinta días
vais con nosotros á plazo;

y ponemos por testigos
á San Pedro y á San Pablo:

por escribano ponemos
al apóstol Santiago.—

El rey no mirando en ello
hizo cumplir su mandado

por la falsa información
que los villanos le han dado,

y muertos los Carvajales,
que le habian emplazado,

antes de los treinta días
él se hallara muy malo:
y desque fueron cumplidos,
en el postrer día del plazo
fué muerto dentro en León
do la sentencia hubo dado.

XIV

Mata D. Pedro á su hermano D. Fadrique, y
prende á D.^a Blanca su esposa, porque lloraba
la muerte de su cuñado.

(Anónimo)

—Yo me estaba allá en Coimbra
que yo me la hube ganado,
cuando me vinieron cartas
del rey don Pedro mi hermano
que fuése á ver los torneos
que en Sevilla se han armado.

Yo, Maestre sin ventura,
yo, Maestre desdichado,

tomara trece de mula,
veinte y cinco de caballo,

todos con cadenas de oro
y jubones de brocado:

jornada de quince días
en ocho la había andado.

Á la pasada de un río,
pasándole por el vado,

cayó mi mula conmigo,
perdí mi puñal dorado,

ahogáraseme un paje
de los míos más privado,

criado era en mi sala
y de mi muy regalado.
Con todas estas desdichas
á Sevilla hube llegado;
á la puerta Macarena
encontréme un ordenado,
ordenado de Evangelio,
que misa no había cantado:
—Manténgate Dios, Maestre,
Maestre, bien seáis llegado.
hoy te ha nacido un hijo,
hoy cumples veinte y un años.
Si te pluguiese, Maestre,
volvamos á baptizallo,
que yo sería el padrino,
tú, Maestre, el ahijado.—
Allí hablara el Maestre,
bien oiréis lo que ha hablado:
—No me lo mandéis, señor,
padre, no queráis mandallo,
que voy á ver qué me quiere
el rey don Pedro mi hermano.—
Dí de espuelas á mi mula,
en Sevilla me hube entrado;
de que no vi tela puesta
ni vi caballero armado,
partíme para el alcázar
del rey don Pedro mi hermano.
En entrando por las puertas,
las puertas me habian cerrado,
quitáronme la mi espada,
la que yo traía al lado,
quitáronme mi compañía
la que me había acompañado.
Los míos desde esto vieron
de traición me han avisado,

que me saliese por fuera
que ellos me pondrian en salvo.
Yo como estaba sin culpa
de nada hube curado,
fuíme para el aposento
del rey don Pedro mi hermano:
—Manténgaos Dios, el buen rey,
y á todos de cabo á cabo.
—En mal hora vengáis, Maestre,
Maestre, mal seáis llegado:
nunca nos venis á ver
sino una vez en el año,
y esa que venis, Maestre,
es por fuerza ó por mandado.
Vuestra cabeza, Maestre,
mandada está en aguinaldo.
—¿Por qué es aqueoso, buen rey?
Nunca hice desaguisado,
ni os dejé yo en la lid,
ni con moros peleando.
—Venid acá, mis porteros,
hágase lo que he mandado.—
Aún no lo hubo bien dicho,
la cabeza le han cortado;
á doña María de Padilla
en un plato la han enviado,
qu'asi hablaba con ella
cual si viva hubiera estado.
Las palabras que le dice
d'esta suerte está hablando:
—Así pagaréis, traidor,
lo de antaño y lo de hogaño,
y el mal consejo que diste
al rey don Pedro tu hermano.—
Asióla por los cabellos,
echóselá á un alano;

el alano es del Maestre,
 púsola sobre un estrado,
 y á los aullidos que daba
 atronó todo el palacio.
 Allí demandara el rey:
 —¿Quién hace mal á ese alano?—
 Allí respondieron todos
 á los cuales ha pesado:
 —Con la cabeza lo ha
 del Maestre vuestro hermano.—
 Allí hablara una su tía
 que tía era de entrambos:
 —¡Cuán mal lo mirastes, rey!
 rey ¡qué mal lo habéis mirado!
 por una mala mujer
 habéis muerto un tal hermano.—
 Aún no lo había bien dicho,
 cuando ya le había pesado.
 Fuése para doña María,
 d'esta suerte le ha hablado:
 —Prendedla, mis caballeros,
 ponédmela á buen recaudo.
 Yo la daré tal castigo
 que á todos sea sonado.—
 En cárceles muy oscuras
 allí la había aprisionado;
 él mismo le da á comer,
 él mismo con la su mano:
 no se la fia á ninguno
 sino á un paje que ha criado.

XV

Visión que tuvo el rey don Pedro para ver de
 convertirse á Dios

(Anónimo)

Por los campos de Jerez
 á caza va el rey don Pedro:
 en llegando á una laguna
 allí quiso ver un vuelo.
 Vido volar una garza,
 disparóla un sacre nuevo,
 remontárale un nebli,
 á sus piés cayera muerto.
 Á sus piés cayó el nebli,
 túvolo por mal agüero.
 Tanto volaba la garza,
 parece llegar al cielo.
 Por donde la garza sube
 vió bajar un bulto negro;
 mientras más se acerca el bulto,
 más temor le va poniendo:
 con el abajarse tanto,
 parece llegar al suelo
 delante de su caballo
 á cinco pasos de trecho:
 dél salió un pastorcico,
 sale llorando y gimiendo,
 la cabeza desgñada,
 revuelto trae el cabello,
 con los piés llenos de abrojos
 y el cuerpo lleno de vello;
 en su mano una culebra
 y en la otra un puñal sangriento;

en el hombro una mortaja,
 una calavera al cuello:
 á su lado de trailla
 traía un perro negro:
 los aullidos que daba
 á todos ponían gran miedo,
 y á grandes voces decía:
 —Morirás, el rey don Pedro,
 que mataste sin justicia
 los mejores de tu reino:
 mataste tu propio hermano
 el Maestre, sin consejo,
 y desterraste á tu madre:
 á Dios darás cuenta d'ello.
 Tienes presa á doña Blanca,
 enojaste á Dios por ello,
 que si tornas á quererla
 darte há Dios un heredero,
 y si no, por cierto sepas
 te vendrá desmán por ello:
 serán malas las tus hijas
 por tu culpa y mal gobierno,
 y tu hermano don Enrique
 te habrá de heredar el reino:
 morirás á puñaladas:
 tu casa será el infierno.—
 Todo esto recontado,
 desapareció el bulto negro.

XVI

Á ruego de la Padilla hace el rey D. Pedro
 matar á su esposa D.^a Blanca

(Anónimo)

—Doña María Padilla,
 n'os mostréis tan triste vos,

que si me casé dos veces
 hícelo por vuestra pro,
 y por hacer menosprecio
 á esa Blanca de Borbón,
 que á Medinasidonia envió
 á que me labre un pendón.
 Será el color de su sangre,
 de lágrimas la labor.
 Tal pendón, doña María,
 yo lo haré hacer para vos.—
 Llamó luégo á Íñigo Ortiz,
 un excelente varón:
 díjole fuése á Medina
 á dar fin á tal labor.
 Respondiera Íñigo Ortiz:
 —Aqueso no lo haré yo,
 que quien mata á su señora
 face aleve á su señor.—
 El rey d'aquesto enojado
 á su cámara se entró,
 y á un balletero de maza
 el rey su ordenanza dió.
 Aqueste vino á la reina
 y hallóla en oración.
 Cuando vido al balletero
 la su triste muerte vió.
 Aquél le dijo:—Señora,
 el rey acá me envió
 á que ordenéis vuestra alma
 con aquel que la crió,
 que vuestra hora es llegada,
 no puedo alargalla yo.
 —Amigo, dijo la reina,
 mi muerte os perdono yo:
 si el rey mi señor lo manda,
 hágase lo que ordenó.

Confesión no se me niegue,
 porque pida á Dios perdón.—
 Con lágrimas y gemidos
 al macero enterneció,
 y con voz flaca, temblando,
 esto á decir comenzó:

— ¡Oh Francia, mi noble tierra!
 ¡Oh mi sangre de Borbón!
 Hoy cumplo dezisiete años
 y en los deziocho voy:
 el rey no me ha conocido,
 con las vírgenes me voy.
 Castilla, dí, ¿qué te hice?
 Yo no te hice traición.
 Las coronas que me diste
 de sangre y suspiros son;
 mas otra terné en el cielo,
 que será de más valor.—
 Y dichas estas palabras
 el macero la hirió:
 los sesos de su cabeza
 por la sala los sembró.

XVII

El prior de San Juan astutamente burla las asechanzas del rey D. Pedro el Cruel, y evita que se apodere del castillo de Consuegra.

(Anónimo)

Don García de Padilla,
 ese que Dios perdonase,
 tomara al rey por la mano,
 y apartólo en puridade:

— Un castillo hay en Consuegra,
 qu'en el mundo no hay su pare.
 Mejor es para vos, rey,
 que lo sabréis sustentare.
 No sufráis más que le tenga
 ese prior de San Juane:
 convidédesle, buen rey,
 convidédesle á yantare.
 La comida que le dierdes,
 como dió Toro á don Juane,
 que le cortéis la cabeza
 sin ninguna piedade:
 desque se la hayáis cortado,
 en tenencia me lo dades.—
 Ellos en aquesto estando
 el Prior llegado hae.

— Mantenga Dios á tu Alteza
 y á tu corona reale.

— Bien vengades, buen Prior;
 digádesme la verdade:

¿el castillo de Consuegra
 sepamos por quién estae?

— El castillo con la villa,
 señor, á vuestro mandare.—

— Pues convidoos, el Prior,
 para conmigo yantare.—

— Pláceme, dijo, buen rey,
 de muy buena voluntade:

déme licencia tu Alteza,
 licencia me quiera dare:

monjes nuevos son venidos
 irélos á aposentare.

— Vais con Dios, Hernán Rodrigo:
 luégo os queráis tornare.—

Vase luégo á la cocina,
 do su cocinero estae:

así habla con él,
 como si fuera su iguale:
 —Tomes estos mis vestidos,
 los tuyos me quieras dare,
 y á hora de media noche
 salirte has á paseare. —
 Vase á la caballeriza
 do su macho fué á hallare.
 —¡Macho rucio, macho rucio,
 Dios te me quiera guardare!
 Ya de dos me has escapado,
 con aquesta tres serane;
 si de aquesta tú me escapas
 luégo te entiendo aforrare. —
 Presto le echara la silla,
 comienza de cabalgare;
 en allegando á Azoguejo
 comenzó el macho á roznare:
 media noche era por filo,
 los gallos querían cantare,
 cuando entraba por Toledo,
 por Toledo, esa ciudade:
 antes que cantara el gallo
 á Consuegra fué á llegare.
 Halló las guardas velando,
 comiéntales de hablare:
 —Digádesme, veladores,
 digádesme la verdate:
 ¿el castillo de Consuegra
 si sabéis por quién estae?
 —El castillo con la villa
 por el prior de San Juane.
 —Pues abrid luégo las puertas;
 catalde aquí donde estae. —
 La guarda desque lo oyó
 abriólas de par en pare.

—Tomases allá ese macho,
 d'él muy bien quieras curare:
 déjesme la vela á mí,
 que yo la quiero velare.
 ¡Velá, velá, veladores,
 así mala rabia os mate;
 que quién á buen señor sirve
 este galardón le dane. —
 El Prior estando en esto
 el rey que llegado hae,
 halló las guardas velando,
 comenzóles de hablare.
 —Decidme, los veladores,
 que Dios os guarde de male,
 ¿el castillo de Consuegra
 por quién se tiene ó estae?
 —El castillo con la villa
 por el prior de San Juane.
 —Pues abrid luégo las puertas
 que veislo aquí donde estae.
 —Afuera, afuera, buen rey,
 qu'el Prior llegado hae. —
 —¡Macho rucio, dijo el rey,
 muermo te quiera matare!
 Siete caballos me has muerto
 y con este ocho serane.
 Abreme tú, buen Prior,
 allá me dejes entrare:
 por mi corona te juro
 de no hacerte ningún male.
 Hacéroslo, el buen rey,
 agora en mi mano estae. —
 Mandárale abrir la puerta,
 dióle muy bien de cenare.

XVIII

X Muere el rey D. Pedro á manos de su hermano
bastardo D. Enrique

(Anónimo)

Los fieros cuerpos revueltos
entre los robustos brazos
están el cruel don Pedro
y don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
los que los dos se están dando,
que el uno tiene una daga
y otro un puñal acerado.
El rey tiene á Enrique estrecho
y Enrique al rey apretado,
uno en cólera encendido
y otro de rabia abrasado:
y en aquesta fiera lucha
sólo un testigo se ha hallado,
paje de espada de Enrique
que de afuera mira el caso.
Después de luchar vencidos
¡oh suceso desgraciado!
que ambos vinieron al suelo,
y Enrique cayó debajo.
Viendo el paje á su señor
en tan peligroso caso,
por detrás al rey se allega,
reciamente de él tirando,
diciendo: —No quito rey
ni pongo rey de mi mano,
pero hago lo que debo
al oficio de criado. —
Y dió con el rey de espaldas

y Enrique vino á lo alto,
hiriendo con un puñal
en el pecho del rey falso,
donde á vueltas de la sangre,
el vital hilo cortando,
salió el alma más cruel
que vivió en pecho cristiano.

XIX

X Lamentan los leales castellanos la muerte de su
rey D. Pedro, y los traidores partidarios del
bastardo D. Enrique la celebran.

(Anónimo)

Á los piés de don Enrique
yace muerto el rey don Pedro,
más que por su valentía,
por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
el pié le puso en el cuello,
que aun allí no está seguro
de aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
á no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
á compasión y contento,
mezclados unos con otros
corren á ver el suceso;
«y los de Enrique
»cantan, repican y gritan:
»viva Enrique; y los de Pedro

»clamorean, doblan, lloran
»su rey muerto.»

Unos dicen que fué justo,
otros dicen que mal hecho,
que el rey no es cruel si nace
en tiempo que importa serlo,
y que no es razón que el vulgo
con el rey éntre á consejo,
á ver si casos tan graves
han sido bien ó mal hechos;
y que los yerros de amor
son tan dorados y bellos,
cuanto la hermosa Padilla
ha quedado por ejemplo;
que nadie verá sus ojos
que no tenga al rey por cuerdo,
mientras que como otro Rodrigo
no puso fuego á su reino:
«y los de Enrique» etc.

Los que con ánimos viles,
ó por lisonja ó por miedo,
siendo del bando vencido
al vencedor siguen luégo,
valiente llaman á Enrique,
y á Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
siempre mueren con el muerto.

La tragedia del Maestre,
la muerte del hijo tierno,
la prisión de doña Blanca,
sirven de infame proceso.

Algunos pocos leales
dan voces, pidiendo al cielo
justicia, pidiendo al rey,
y mientras que dicen esto,
«los de Enrique» etc.

Llora la hermosa Padilla
el desdichado suceso
como esclava del rey vivo,
y como viuda del muerto.
¡Ay, Pedro, que muerte infame
te han dado malos consejos,
confianzas engañosas,
y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
y vió con triste silencio
llevar cubierto á su esposo
de sangre y de paños negros;
y que en otra parte á Enrique
le dan con aplauso el cetro.
Campanas tocan los unos,
y los otros, instrumentos;
«y los de Enrique» etc.
Como acrecienta el dolor
la envidia del bien ageno,
y el ver á los enemigos
con favorable suceso;
así la triste señora
llora y se deshace, viendo
cubierto á Pedro de sangre,
y Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
sin tener culpa el cabello,
y mezclando perlas y oro,
de oro y perlas cubrió el cuello:
quiso decir, Pedro, á voces,
villanos, vive en mi pecho,
mas poco le aprovechó;
y mientras lo está diciendo,
«los de Enrique» etc.
Rasgó las tocas mostrando
el blanco pecho encubierto,

como si fuera cristal
 por donde se viera Pedro.
 No la vieron los contrarios,
 y vióla invidioso el cielo,
 de ver en tan poca nieve
 un elemento de fuego:
 desmayóse, ya vencida
 del poderoso tormento,
 cubriendo los bellos ojos
 muerte, amor, silencio y sueño.
 Entre tanto el campo todo
 aquí y allí van corriendo,
 vencedores y vencidos,
 soldados y caballeros;
 «y los de Enrique
 »cantan, repiten, y gritan:
 »viva Enrique; y los de Pedro
 »clamorean, doblan, lloran
 »su rey muerto.»

XX

D. Juan primero de Castilla se salva de la batalla de Aljubarrota en el caballo que le da Pero González de Mendoza, el cual muere en ella peleando

(Anónimo)

—Si el caballo vos han muerto,
 subid, rey, en mi caballo;
 si en pié no podéis tenervos,
 llegad, subirvos he en brazos.
 Poned un pié en el estribo,
 y el otro sobre mis manos;

catad que cresce el gentío:
 magüer fine yo, salvadvos.
 Un tanto es blando de boca,
 bien como á tal sofrenadlo;
 non vos empache el pavor;
 dalde rienda y picad largo.
 Lo que sembrastes en mi
 vos lo torno mejorado,
 que nunca la buena tierra
 negó el fruto ningún año.
 Non vos obligo en tal fecho
 nin me fincáis adeudado,
 que tal escatima deben
 á los reyes sus vasallos:
 y si es verdad lo que digo,
 non dirán los castellanos
 en oprobio de mis canas
 que vos debo et non vos pago;
 nin las dueñas de Castilla,
 que á sus maridos fidalgos
 dejo en el campo difuntos,
 é salgo vivo del campo.
 Menos causa tuvo Eneas,
 pues quando fizo otro tanto,
 tan solo salvó á su padre,
 y al padre de todos salvo.
 Pero si en la lid sangrienta,
 por la dicha del contrario,
 en vuestro servicio, Rey,
 finco yo fecho pedazos,
 á Diágote os encomiendo;
 catad por aquel mochacho:
 sed padre é amparo suyo,
 é Dios sea en vuestro amparo.—
 Esto dijo el montañés,
 señor de Hita y Buitrago,

al rey don Juan el primero,
y entróse á morir lidiando.

XXI

Describese el aparato y concurso que hubo en
el suplicio de D. Álvaro de Luna

(De D. Francisco de Quevedo)

«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este hombre.»

Al són de las campanillas
van diciendo en altas voces:

—Dén para enterrar el cuerpo
del rico ayer, y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja,
no la tiene, ni hay de dónde.

Mueya á compasión su muerte;
socorrelde, pretensores,
pues que tanto dió y dar pudo
á tantos de los que le oyen.

El que daba dignidades,
haciendo duques y condes,
grandes, marqueses, prelados,
maestros, comendadores;

el que con la voluntad
pudo hacer y hizo hombres,
como delincuente muere:
«dalde limosna, señores.»

Ayer el mundo mandó;
hoy de un bochín sucio y torpe
se sujeta al proceder,

y humilde á sus piés se pone.
Por estas calles que hoy pasa
entre confusos pregones,

le vimos acompañado
del mismo rey y su corte,
y ¡dichoso el que alcanzaba
su lado, ó ponerse adonde
con su vista le alcanzase,
ya que no con sus razones!

Hoy á este mismo acompañan
mil populares montones
de gente ociosa, perdida,
vagamundos, malhechores.

El que pudo lo que quiso
con los dados por tutores,
como delincuente hoy muere:

«dalde limosna, señores.»

¡Oh mundo vano, caduco,
cómo pagas á quien pone
sus esperanzas en ti!

¡Y cuán pocos te conocen!—

Esto un cofrade decia
de la Caridad á voces,
cuando par la Costanilla
un tropel de gente rompe.

La guardia del rey don Juan
se divide en escuadrones,
para que de su justicia

la ejecución no se estorbe:
gran cantidad de alguaciles,
dos alcaldes de su corte,

tres capitanes con gente
por las calles y cantones:

«plaza, aparte, aparte,» claman
diciendo los muñidores:

«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este hombre.»

En medio viene el de Luna
rompiendo los corazones,

en una mula enlutada,
capuz hasta los talones,
una caperuza negra,
agravado con prisiones,
á los lados uno y otro
un par de predicadores.
Todos se conmueven de él,
no hay quien de vello no llore,
y al preguntar por qué muere
todos los hombros encogen:
los pregoneros lo dicen,
unos á otros lo responden.
Llegaron á un cadahalso,
encima del cual le ponen,
teatro de su tragedia,
donde lo que dicen oye:
«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este pobre.»

XXII

Pregunta el rey á Abenámar su prisionero, sobre
las cosas de Granada, á cuya ciudad estrechó
tanto el sitio, que obligó á su rey á rendirle
tributo.

(Anónimo)

Por Guadalquivir arriba
el buen rey Don Juan camina:
encontrara con un moro
que Abenámar se decía.
El buen Rey desde que lo vido
d'esta suerte le decía:
—Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,

hijo eres de un moro perro
y de una cristiana cativa.
Tu padre llaman Hali
y á tu madre Catalina.
Cuando tú naciste, moro,
la luna estaba crecida,
y la mar estaba en calma,
viento no la rebullía.
Moro que en tal signo nace
no debe decir mentira:
preso tengo un hijo tuyo,
yo le otorgaré la vida,
si me dices la verdad
de lo que preguntaría.
Moro, si no me la dices,
á ti también mataría.
—Yo te la diré, buen Rey,
si tú me otorgas la vida.
—Dígame la tú, el moro,
que otorgada te sería.
¿Qué castillos son aquellos,
que altos son y relucian?—
—El Alhambra era, señor,
y la otra es la Mezquita;
los otros los Alixares
labrados á maravilla.
El moro que los labró
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra
de lo suyo las perdía:
desde que los tuvo labrados,
el Rey le quitó la vida
porque no labre otros tales
al rey del Andalucía.
La otra era Granada,
Granada la noblecida

de los muchos caballeros
y la gran ballestería. —
Allí habla el rey Don Juan,
bien veréis lo que decía :
—Granada, si tú quisieses
contigo me casaría :
daréte en arras y dote
á Córdoba y á Sevilla,
y á Jerez de la Frontera,
que cabe sí la tenía.
Granada, si más quisieses,
mucho más yo te daría. —
Allí hablara Granada,
al buen Rey le respondía :
—Casada só, el rey Don Juan,
casada, que no viuda ;
el moro que á mi me tiene
bien defenderme querría. —
Allí habla el rey Don Juan,
estas palabras decía :
—Échenme acá mis lombardas
Doña Sancha y Doña Elvira,
tiraremos á lo alto,
lo bajo ello se daría. —
El combate era tan fuerte
que grande temor ponía :
los moros del baluarte,
con terrible algacería
trabajan por defenderse,
mas hacello no podían.
El rey moro que esto vido
prestamente se rendía,
y cargó tres cargas de oro ;
al buen Rey se las envía :
prometió ser su vasallo
con parias que le daría.

Los castellanos quedaron
contentos á maravilla.
Cada cual por do ha venido
se volvió para Castilla.

XXIII

Batalla de los Alporchones, en que Quiñonero
queda cautivo

(Anónimo)

Allá en Granada la rica
instrumentos oí tocar
en la calle de los Gomeles,
á la puerta de Abidbar,
el cual es moro valiente
y muy fuerte capitán.
Manda juntar muchos moros
bien diestros en pelear,
porque en el campo de Lorca
se determina de entrar ;
con él salen tres alcades,
aquí los quiero nombrar :
Almoradi de Guadix,
éste es de sangre real ;
Abenacizes el otro,
y de Baza natural :
y de Vera es Alabez,
de esfuerzo muy singular,
y en cualquier guerra su gente
bien la sabe acaudillar.
Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán ;
el campo de Cartagena

acuerdan de saquear.
 Á Alabez, por ser valiente,
 lo hacen su general ;
 otros doce alcaides moros
 con ellos juntado se han,
 que aquí no digo sus nombres
 por quitar prolijidad.

Ya se partían los moros,
 ya comienzan de marchar,
 por la fuente de Pulpé,
 por ser secreto lugar,
 y por el puerto los Peines,
 por orillas de la mar.

En campos de Cartagena
 con furor fueron á entrar ;
 cautivan muchos cristianos,
 que era cosa de espantar.
 Todo lo corren los moros
 sin nada se les quedar ;
 el rincón de San Ginés
 y con ellos al Pinátar.

Cuando tuvieron gran presa
 hacia Vera vuelto se han,
 y en llegando al Puntarón,
 consejo tomado han

si pasarían por Lorca,
 ó si irían por la mar.
 Alabez, como es valiente
 por Lorca quería pasar,
 por tenerla muy en poco
 y por hacerle pesar ;
 y así con toda su gente
 comenzaron de marchar.

Lorca y Murcia lo supieron ;
 luégo los van á buscar,
 y el comendador de Aledo,

que Lisón suelen llamar,
 junto de los Alporchones
 allí los van á alcanzar.

Los moros iban pujantes,
 no dejaban de marchar ;
 cautivaron un cristiano,
 caballero principal,

al cual llaman Quiñonero,
 que es de Lorca natural.
 Alabez, que vió la gente,
 comienza de preguntar :

—Quiñonero, Quiñonero,
 dígame tú la verdad,
 pues eres buen caballero,
 no me la quieras negar :

¿ Qué pendones son aquellos
 que están en el olivar ?—

Quiñonero le responde,
 tal respuesta le fué á dar :

—Lorca y Murcia son, señor,
 Lorca y Murcia, que no más,
 y el comendador de Aledo,
 de valor muy singular,
 que de la francesa sangre
 es su prosapia real.

Los caballos traían gordos,
 ganosos de pelear.

Allí respondió Alabez,
 lleno de rabia y pesar :

—Pues por gordos que los traigan,
 la Rambla no han de pasar,
 y si ellos la Rambla pasan,
 ¡ Alá, y qué mala señal !—

Estando en estas razones
 allegara el mariscal
 y el buen alcaide de Lorca,

con esfuerzo muy sin par.
 Aqueste alcaide es Faxardo,
 valeroso en pelear;
 la gente traen valerosa,
 no quieren más aguardar.
 Á los primeros encuentros
 la Rambla pasado han,
 y aunque los moros son muchos,
 allí lo pasan muy mal.
 Mas el valiente Alabez
 hace gran plaza y lugar.
 Tantos de cristianos matan,
 que es dolor de lo mirar.
 Los cristianos son valientes,
 nada les pueden ganar;
 tantos matan de los moros,
 que era cosa de espantar.
 Por la sierra de Aguaderas
 huyendo sale Abidbar
 con trescientos de á caballo,
 que no pudo más sacar.
 Faxardo prendió á Alabez
 con esfuerzo singular.
 Quitáronle la cabalgada,
 que en riqueza no hay su par.
 Abidbar llegó á Granada,
 y el Rey lo mandó matar.

XXIV

El alcaide de Antequera pide al rey moro socorro para defensa de esta plaza, que al fin se rinde al infante Don Fernando.

(Anónimo)

De Antequera partió el moro
 tres horas antes del día,

con cartas en la su mano
 en que socorro pedía.
 Escritas iban con sangre,
 mas no por falta de tinta.
 El moro que las llevaba
 ciento y veinte años había;
 la barba tenía blanca,
 la calva le relucía;
 toca llevaba tocada,
 muy grande precio valía.
 La mora que la labrara
 por su amiga la tenía;
 alhamar en su cabeza *monda en unata*
 con borlas de seda fina;
 caballero en una yegua,
 que caballo no quería.
 Solo con un pajecico
 que le tenga compañía,
 no por falta de escuderos,
 qu'en su casa hartos había.
 Siete celadas le ponen
 de mucha caballería,
 mas la yegua era ligera,
 d'entre todos se salía;
 por los campos de Archidona
 á grandes voces decía:
 —¡Oh gran Rey, si tú supieses
 mi triste mensajería
 mesarias tus cabellos
 y la tu barba vellida!—
 El Rey, que venir lo vido
 á recibir lo salía
 con trescientos de á caballo,
 la flor de la morería.
 Bien seas venido, el moro,
 buena sea tu venida.

—Alá te mantenga, Rey,
con toda tu compañía.
—Dime, ¿qué nuevas me traes
de Antequera, esa mi villa?
—Yo te las diré, buen Rey,
si tú me otorgas la vida.
—La vida t'es otorgada,
si traición en ti no había.
—Nunca Alá lo permitiese
hacer tan gran villanía!
Mas sepa tu real Alteza
lo que ya saber debria,
qu'esa villa de Antequera
en gran aprieto se vía,
qu'el infante Don Fernando
cercada te la tenía.
Fuertemente la combate
sin cesar noche ni día;
manjar que tus moros comen,
cueros de vaca cocida:
buen Rey, si no la socorres
muy presto se perdería.—
El Rey, cuando aquesto oyera,
de pesar se amortescía;
haciendo gran sentimiento
muchas lágrimas vertía;
rasgaba sus vestiduras,
con gran dolor que sentía;
ninguno le consolaba,
porque no lo permitía.
Mas después, en sí tornando,
á grandes voces decía:
—Tóquense mis añafles,
trompetas de plata fina;
júntense mis caballeros
cuantos en mi reino había,

vayan con mis dos hermanos
á Archidona, esa mi villa,
en socorro de Antequera,
llave de mi señoría.—
Y así con este mandado
se juntó gran morería:
ochenta mil peones fueron
el socorro que venía,
con cinco mil de á caballo,
los mejores que tenía.
Así en la Boca del Asno
este real sentado había
á vista del d'el Infante,
el cual ya se apercebía
confiando en la vitoria
que d'ellos Dios les daría,
sus gentes bien ordenadas:
de Sant Juan era aquel día,
cuando se dió la batalla
de los nuestros tan herida,
que por ciento y veinte muertos
quince mil moros había.
Después de aquesta batalla,
fué la villa combatida
con lombardas y pertrechos,
y con una gran bastida,
con que le ganán las torres
de donde era defendida.
Después dieron el castillo
los moros á pleitesía,
que libres con sus haciendas
el Infante los pornía
en la villa de Archidona,
lo cual todo se cumplía;
y así se ganó Antequera
á loor de Santa María.

XXV

Salen los moros de Granada con Muza y Boabdil
á recobrar á Jaén

(Anónimo)

—Reduán, bien se te acuerda,
que me diste la palabra
que me darías á Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada.
Echarte he en una frontera,
do no goces de tu dama.—
Reduán le respondía
sin demudarse la cara:
—Si lo dije, no me acuerdo;
mas cumpliré mi palabra.—
Reduán pide mil hombres,
el Rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada:
¡Cuánto del hidalgo moro!
Cuánta de la yegua baya!
Cuánta de la lanza en puño!
Cuánta de la adarga blanca!
Cuánta de marlota verde!
Cuánta aljuba de escarlata!
Cuánta pluma y gentileza!
Cuánto capellar de grana!
Cuánto bayo borcegui!
Cuánto lazo que le esmalta!

Cuánta de la espuela de oro!
Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y experta para batalla:
en medio de todos ellos
va el rey Chico de Granada.
Miranlo las damas moras
de las torres del Alhambra.
La reina mora su madre
d'esta manera le habla:
—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaén
libre, sano, y con ventaja,
y te dé paz con tu tío,
señor de Guadix y Baza.—

XXVI

Rebato de los cristianos de Jaén, al mando del
obispo Don Gonzalo, contra los moros de Gra-
nada.

(Anónimo)

Día es de San Antón,
ese santo señalado,
cuando salen de Jaén
cuatrocientos hijosdalgo;
y de Úbeda y Baeza
se salían otros tantos,
mozos deseosos de honra,
y los más enamorados.
En brazos de sus amigas,
van todos juramentados

de no volver á Jaén
sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
es pendón raho de gallo ;
por capitán se lo llevan
al obispo Don Gonzalo,
armado de todas armas,
en un caballo alazano :
todos se visten de verde,
el Obispo, azul y blanco.
Al castillo de la Guardia
el Obispo había llegado :
sáleselo á recibir
Mexía, el noble hidalgo :
— Por Dios te ruego, el Obispo,
que no pasedes el vado,
porque los moros son muchos,
á la Guardia habían llegado ;
muerto me han tres caballeros,
de que mucho me ha pesado :
el uno era tío mío,
el otro mi primo hermano,
y el otro es un pajecico
de los míos máspreciado.
Demos la vuelta, señores,
demos la vuelta á enterrallos,
haremos á Dios servicio,
honraremos los cristianos.—
Ellos estando en aquesto,
llegó Don Diego de Haro :
— Adelante, caballeros,
que me llevan el ganado ;
si de algún villano fuera,
ya lo hubiérades quitado ;
empero alguno está aquí
que le place de mi daño :

no cumple decir quién es,
que es el del roquete blanco.—
El Obispo que lo oyera,
dió de espuelas al caballo ;
el caballo era ligero,
saltado había un vallado ;
mas al salir de una cuesta,
á la asomada de un llano,
vido mucha adarga blanca,
mucho alboroz colorado,
y muchos hierros de lanzas,
que relucen en el campo ;
metídose había en ellos
como león denodado :
de tres batallas de moros
la una ha desbaratado,
mediante la buena ayuda
que en los suyos ha hallado :
aunque algunos d'ellos mueren,
eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
al Obispo habían cercado :
cansado de pelear
lo derriban del caballo,
y los moros victoriosos
á su Rey lo han presentado.

XXVII

Muerte del conde de Niebla don Enrique de

Guzmán

(Anónimo)

— Dadme nuevas, caballeros,
nuevas me queráis contar

de aquese conde de Niebla,
don Enrique de Guzmán,
que hace guerra á los moros,
y ha cercado á Gibraltar.

Hoy veo jergas en mi corte,
ayer ví fiestas asaz:

¿si algún grande ha fallecido
de Castilla y de mi sangre,

ó don Álvaro de Luna
el maestre y condestable?

--Ningún grande ha fallecido,
ni hombre de vuestra sangre,

ni don Álvaro de Luna
el maestre y condestable;

mas es muerto un caballero
qu'era su valor tan grande

que verédes á los moros,
en cuán poco vos ternán.

Por ayudar á los suyos,
podiéndose bien salvar,

por oír sólo su nombre,
por se oír sólo llamar,

tornó en un batel pequeño
á la braveza del mar.

Don Enrique es, rey, aqueste,
don Enrique de Guzmán:

dejad, señor, los brocados;
no querades más solaz.—

El rey oyendo tal nueva
hobo en extremo pesar,

porque tan buen caballero
no se quisiera salvar;

e mandó traer su fijo,
aquel que quedado le ha,

y de Medina-Sidonia
duque le fué á intitular.

XXVIII

Lance de juego entre el rey moro de Almería,
y Fajardo, alcaide de Loja

(Anónimo)

Jugando estaba el rey moro
en un ajedrez un día,

con aquese buen Fajardo
con amor que le tenía.

Fajardo jugaba á Loja,
y el moro rey á Almería;

jaque le dió con el roque,
el alferez le prendía.

Á grandes voces dice el moro:
—La villa de Lorca es mía.—

Allí hablara Fajardo,
bien oiréis lo que diría:

—Calles, calles, señor rey,
no toméis la tal porfía,

que aunque me la ganases,
ella no se te daría:

caballeros tengo dentro,
que te la defenderían.—

Allí hablara el rey moro,
bien oiréis lo que diría:

—No juguemos más, Fajardo,
ni tengamos más porfía,

que sois tan buen caballero,
que todo el mundo os temía.—

XXIX

El alcaide de Alhama es decapitado por orden
del rey

(Anónimo)

Pasébase el rey moro
por la ciudad de Granada
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego,
y al mensajero matara.
«¡Ay de mi Alhama!»
Descabalgó de una mula,
y en un caballo cabalgó;
por el Zacatin arriba
subido se había al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo,
al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añfiles de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
aprieta toquen al arma,
porque lo oigan sus moriscos
los de la Vega y Granada,
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que el són oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno á uno y dos á dos

juntado se ha gran batalla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un moro viejo,
d'esta manera hablara:
—¿Para qué nos llamas, rey,
para qué es esta llamada?—
«¡Ay de mi Alhama!»
—Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.—
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un Alfaquí
de barba cruda y cana:
—¡Bien se te emplea, buen rey!
¡Buen rey, bien se te empleará!
«¡Ay de mi Alhama!»
Mataste los Abencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada;
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada.—
«¡Ay de mi Alhama!»

XXX

Sotomayor, conde de Belalcázar, muere de
traidora mano, en el sitio de Alora

(Anónimo)

Alora, la bien cercada,
tú que estás á par del río

cercóte el Adelantado
 una mañana en domingo;
 con peones y hombres de armas
 hecho la había un portillo.
 Viérades moros y moras
 que iban huyendo al castillo;
 las moras llevaban ropa,
 los moros harina y trigo.
 Por encima del adarve
 su pendón llevan tendido.
 Allá detrás de una almena *muro de fortaleza*
 quedádose há un morillo
 con una ballesta armada,
 y en ella puesto un cuadrillo,
 y en altas voces decia,
 que la gente lo ha oído:
 —¡Treguas, tregua, Adelantado,
 que tuyo se da el castillo!—
 Alzó la visera arriba
 para ver quién lo había dicho:
 apuntáralo á la frente,
 salídole há al colodrillo.
 Tómale Pablo de rienda,
 de la mano Jacobico,
 qu' eran dos esclavos suyos
 que había criado de chicos.
 Lévanle á los maestros,
 por ver si le dan guarido.
 Á las primeras palabras
 por testamento les dijo
 que él á Dios s' encomendaba,
 y el alma se le ha salido.

XXXI

Muerte de Saavedra en la batalla de Río-verde,
 en las Alpujarras

(Anónimo)

¡ Río-Verde, Río-Verde!
 ¡ Cuánto cuerpo en ti se baña
 de cristianos y de moros
 muertos por la dura espada!
 Y tus ondas cristalinas
 de roja sangre se esmaltan,
 que entre moros y cristianos
 se trabó muy gran batalla.
 Murieron duques y condes,
 grandes señores de salva,
 murió gente de valía
 de la nobleza de España.
 En ti murió don Alonso,
 que de Aguilar se llamaba;
 el valeroso Urdiales
 con don Alonso acababa.
 Por una ladera arriba
 el buen Saavedra marcha:
 natural es de Sevilla,
 de la gente más granada;
 tras de él iba un renegado;
 d' esta manera le habla:
 —Date, date, Saavedra,
 no huigas de la batalla:
 yo te conocí muy bien;
 gran tiempo estuve en tu casa,
 y en la ciudad de Sevilla
 bien te vide jugar cañas:
 conocí á tu padre y madre

y á tu mujer doña Clara.
 Siete años fui tu cautivo ;
 malamente me tratabas,
 y ahora lo serás mio,
 si Mahoma me ayudaba,
 y también te trataré
 como tú á mí me tratabas.—
 Saavedra, que lo oyera,
 al moro volvió la cara.
 Tiróle el moro una flecha,
 pero nunca le acertaba ;
 mas hirióle Saavedra
 de una muy cruel lanzada.
 Muerto cayó el renegado,
 sin poder hablar palabra.
 Saavedra fué cercado
 de mucha mora canalla,
 y al cabo quedó allí muerto
 de una muy mala lanzada.
 Don Alonso en este tiempo
 bravamente peleaba ;
 el caballo le habían muerto,
 y le tiene por muralla ;
 mas cargaron tantos moros,
 que mal le hieren y tratan ;
 de la sangre que perdía,
 don Alonso se desmaya :
 al fin, al fin, cayó muerto
 al pié de una peña alta.
 También el conde de Ureña,
 mal herido, se escapaba,
 por guiarle un adalid
 que sabe bien las entradas.
 Muchos salen con el conde,
 que le siguen las pisadas :
 muerto queda don Alonso,
 y eterna fama ganada.

XXXII

Sobre la toma de galera

(De Ginés Pérez de Hita)

Mastredajes, marineros
 de Huéscar y otro lugar
 han armado una galera
 que no la hay tal en la mar.
 No tiene velas ni remos,
 y navega, y hace mal ;
 el castillo de la popa
 tiene muy bien que mirar.
 La carena es una peña
 muy fuerte para espantar ;
 ¡ quien pudo galafatarla,
 bien sabe galafatar !
 No lleva estopa ni brea,
 y el agua no puede entrar
 sino por escotillón,
 hecho á costa principal.
 Marinero que la rige
 sarracino es natural,
 criado acá en nuestra España
 por su mal y nuestro mal :
 Abenhozmin há por nombre,
 y es hombre de gran caudal.
 Confiado en su galera,
 va diciendo este cantar :
 « ¡ Galera, la mi galera,
 » Dios te me guarde de mal,
 » de los peligros del mundo,
 » y del príncipe don Juan,
 » y de su gente española,
 » que te viene á conquistar !

»Si de este golfo me sacas
 »delante pienso pasar
 »á la vuelta de Toledo,
 »Madrid y el Escorial:
 »el Pardo y Aranjuez
 »los presumo visitar,
 »y llegar á las Asturias,
 »do otra vez pudo llegar
 »Abenhozmin mi pasado,
 »que vino de allende el mar,
 »y poseyó las Españas
 »casi mil años, ó más.»
 Estas palabras diciendo,
 la galera fué á encallar;
 no puede ir adelante,
 ni puede volver atrás.
 Cristianos la rodearon
 para haberla de tomar;
 toda es gente belicosa,
 con ellos el gran don Juan.
 Comienzan de combatirla,
 y ella quiere pelear
 sin darse á ningún partido,
 antes quiere allí acabar.
 Fuertemente la combate
 el de Austria sin la dejar;
 con cañones reforzados
 comienza á cañonear.
 Poco vale combatirla,
 que es fuerte para espantar,
 hasta que le arrojan dentro
 pólvora, fuego, alquitrán,
 con que la dan cruda guerra,
 y al fin la hacen volar:
 así acabó esta galera
 sin poder más navegar.

XXXIII

Noble resolución y estratagema de D. García, con la cual consigue que los moros levanten el cerco del castillo de Ureña.

(Anónimo)

Á tal anda don García
 por un adarve adelante,
 saetas de oro en la mano,
 en la otra un arco trae.
 Maldiciendo á la fortuna
 grandes querellas le dae:
 —Críome el rey de pequeño,
 hizome Dios barragane;
 dióme armas y caballo,
 por do todo hombre más vale,
 diérame á doña María
 por mujer y por iguale,
 diérame á cien doncellas
 para á ella acompañare,
 dióme el castillo de Ureña
 para con ella casare;
 diérame cien caballeros
 para el castillo guardare,
 basteciómelo de vino,
 basteciómelo de pane,
 basteciólo de agua dulce
 qu'en el castillo no la haye.
 Cercáronme los moros
 la mañana de san Juane:
 siete años van pasados
 el cerco no quieren quitare,
 veo morir á los míos,

no teniendo qué les dare,
 póngolos por las almenas
 armados como se estane,
 porque pensasen los moros
 qué podrían pelear:
 en el castillo de Ureña
 no hay sino un solo pane,
 y si le doy á mis hijos,
 la mi mujer ¿qué harae?
 Si lo como yo, mezquino,
 los míos se quejarane. —
 Hizo el pan cuatro pedazos
 y arrojólos al reale:
 el un pedazo de aquellos
 á los piés del rey fué á dare.
 —Alá, pese á mis moros,
 á Alá le quiera pesare,
 de las sobras del castillo
 nos bastecen el reale. —
 Manda tocar los clarines
 y su cerco luégo alzare.

ROMANCES DOCTRINALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

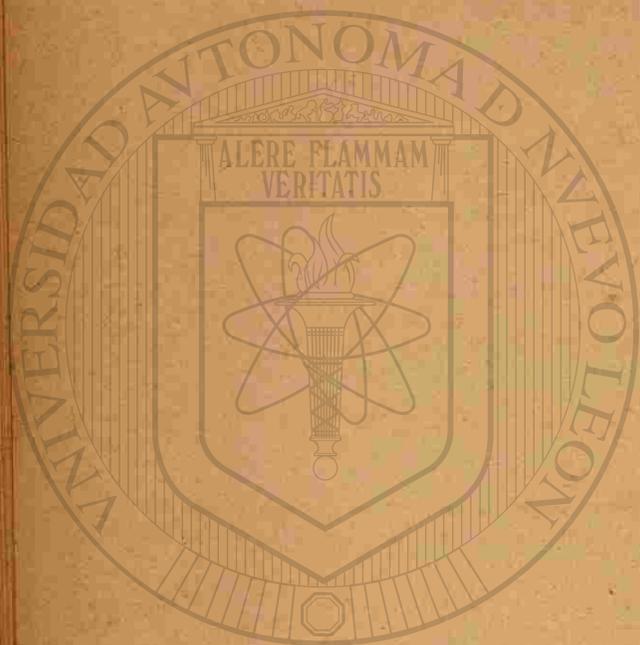
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no teniendo qué les dare,
 póngolos por las almenas
 armados como se estane,
 porque pensasen los moros
 qué podrían pelear:
 en el castillo de Ureña
 no hay sino un solo pane,
 y si le doy á mis hijos,
 la mi mujer ¿qué harae?
 Si lo como yo, mezquino,
 los míos se quejarane. —
 Hizo el pan cuatro pedazos
 y arrojólos al reale:
 el un pedazo de aquellos
 á los piés del rey fué á dare.
 —Alá, pese á mis moros,
 á Alá le quiera pesare,
 de las sobras del castillo
 nos bastecen el reale. —
 Manda tocar los clarines
 y su cerco luégo alzare.

ROMANCES DOCTRINALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

(De Lope de Vega Carpio)

Á mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
¡No sé qué tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos!
Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento,
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
cómo se sufre á sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme

de los peligros de un necio.
 El dirá que yo lo soy,
 pero con falso argumento;
 que humildad y necesidad
 no caben en un sujeto.
 La diferencia conozco,
 porque en él y en mí contemplo,
 su locura en su arrogancia,
 mi humildad en su desprecio.
 Ó sabe naturaleza
 más que supo en otro tiempo,
 ó tantos que nacen sabios
 es porque lo dicen ellos.
 Sólo sé que no sé nada,
 dijo un filósofo, haciendo
 la cuenta con su humildad,
 adonde lo más es menos.
 No me precio de entendido,
 de desdichado me precio;
 que los que no son dichosos,
 ¿cómo pueden ser discretos?
 No puede durar el mundo,
 porque dicen, y lo creo,
 que suena á vidrio quebrado,
 y que ha de romperse presto.
 Señales son del juicio
 ver que todos le perdemos,
 unos por carta de más,
 otros por carta de menos.
 Dijeron que antiguamente
 se fué la verdad al cielo:
 ¡tal la pusieron los hombres
 que desde entonces no ha vuelto!
 En dos edades vivimos
 los propios y los agenos,
 la de plata los extraños,

y la de cobre los nuestros.
 ¿Á quién no dará cuidado,
 si es español verdadero,
 ver los hombres á lo antiguo
 y el valor á lo moderno?
 Dijo Dios, que comería
 su pan el hombre primero
 con el sudor de su cara,
 por quebrar su mandamiento;
 y algunos inobedientes
 á la vergüenza y al miedo,
 con las prendas de su honor
 han trocado los efectos.
 Virtud y filosofía
 peregrinan como ciegos:
 el uno se lleva al otro,
 llorando van y pidiendo.
 Dos polos tiene la tierra,
 universal movimiento,
 la mejor vida el favor,
 la mejor sangre el dinero.
 Oigo tañer las campanas,
 y no me espanto, aunque puedo,
 que en lugar de tantas cruces
 haya tantos hombres muertos.
 Mirando estoy los sepulcros
 cuyos mármoles eternos
 están diciendo sin lengua,
 que no lo fueron sus dueños.
 ¡Oh bien haya quien los hizo,
 porque solamente en ellos
 de los poderosos grandes
 se vengaron los pequeños!
 Fea pintan á la envidia;
 yo confieso que la tengo
 de unos hombres que no saben

quién vive pared en medio,
sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos:
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos,
ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, firmaron
parabién, ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo,
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

II

(Anónimo)

Si te durmieres, morena,
ten aviso que es el sueño
la mitad de nuestra vida,
que se nos pasa corriendo;
y que es tan veloz volando,
como ligera durmiendo;
tan breve en la juventud,
como cuando somos viejos,
porque el desengaño triste
de nuestro curso ligero,
cuando quiere despertarnos,
llega tarde y sin provecho.
Tu juventud y hermosura

no es más que un mercader nuevo,
que de rico queda pobre
con el discurso del tiempo:
es una gloria del mundo,
y de los ojos un velo,
y un grillo para los piés,
y esposas para los dedos;
una ocasión de peligros,
y de la envidia un terrero;
un verdugo de los hombres,
famoso ladrón del tiempo.
Cuando la muerte baraja
á los hermosos y feos,
en la estrecha sepultura
no se conocen los huesos;
y aunque el ciprés sea más alto,
y más hermoso sea el cedro,
no por eso su carbón
es más blanco que el del fresno;
que en esta mísera vida
nos viene el placer á sueños,
y el disgusto y los pesares
cuando estamos más despiertos.
La flor de su nuevo abril
la quema el otoño seco,
que en marfil blanco y malquisto
convierte el ébano negro.

III

Contra amor

(Anónimo)

Ya que á la plaza del mundo
saliste, mancebo loco,

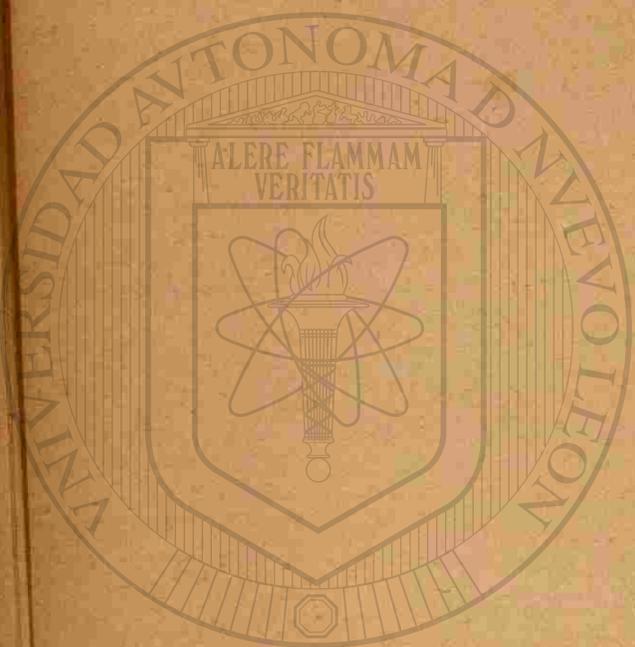
con la garrocha en las manos
 y con la capa en el hombro,
 asegurado en los piés
 y descuidado en los ojos,
 sin ver que si corre un ciego,
 lleva el peligro notorio;
 mira bien que te ha mirado
 aquel toro cauteloso,
 que primero que la muerte
 nació para darla á todos.
 Apenas, siendo novillo,
 salió de los verdes sotos,
 y al primer hombre del mundo
 hizo ejemplo de los otros.
 «Echate, mozo;
 »que te mira el toro.»
 Vencerle quisieron reyes,
 domarle intentaron doctos,
 castos quisieron herrarle,
 y al fin erráronle todos.
 Un mozo le echó la capa,
 siendo á sus bramidos sordo;
 pero costóle estar preso
 por un falso testimonio.
 Amor le llama la gente,
 que no le ha visto en el coso;
 mas los que sus vueltas saben
 le llaman veneno y monstruo.
 «Echate, mozo,
 »que te mira el toro.»

IV

(Anónimo)

Malograda fuentecilla,
 detén el curso, y advierte,

que si caudales presumes,
 precipitada te pierdes.
 Entre sauces y azucenas
 tuviste muy rico albergue:
 si tus corrientes esparces
 ni serás río ni fuente.
 Las flores que te servian
 de olorosos ramilletes,
 son urnas de tus cristales,
 de tus pensamientos muerte,
 y son tan breves tus días,
 que al pensamiento desmienten,
 porque corren tan apriesa
 que ya salen cuando vienen.
 ¡Qué alegre al Tajo caminas,
 y qué poca vida tienes,
 siendo llanto á tus obsequias
 la misma risa que viertes!
 Á tu albergue te retira,
 no murmure quien te viere,
 que de altiva y de soberbia
 desvanecida te atreves.



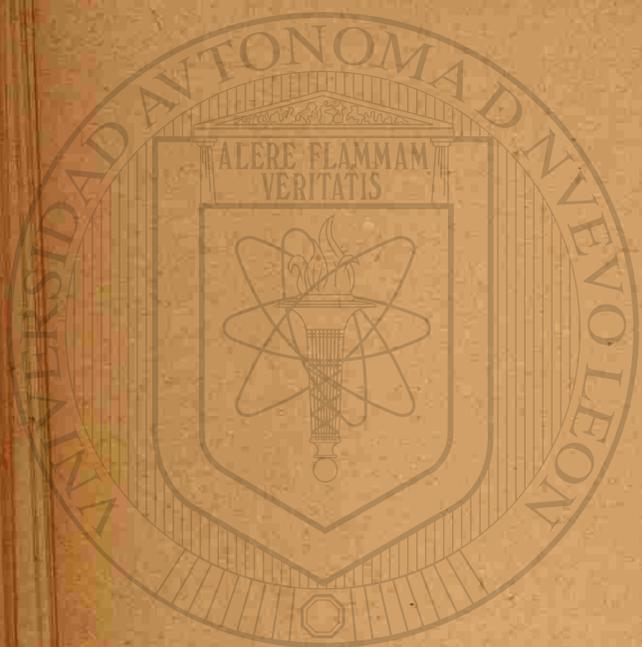
ROMANCES AMATORIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





x I

(Anónimo)

Se estaba mi corazón
en una silla asentado
circuido de pasión,
de firmeza coronado.
Tres son los mis pensamientos
que así le tienen cercado :
al uno llaman Desdicha,
al otro llaman Cuidado,
al otro gran Desconsuelo
para mi, desconsolado,
que una señora que sirvo
mis servicios ha olvidado ;
y si yo muero de amores
no me entierren en sagrado.
Háganme la sepultura
en un verdecico prado,
y dirán todas las gentes :
¿ de qué murió el desdichado ?
No murió de calentura,
ni de dolor de costado ;
mas murió de mal de amores,
qu'es un mal desesperado.

X II

(Anónimo)

Puso Venus á Cupido
 un rétulo en las espaldas,
 por si acaso se perdiese
 le puedan volver á casa.
 Dice el blanco pergamino
 en unas letras doradas :
 «Este niño vive en Chipre,
 »en la calle de las Damas ;
 »hijo es de Vulcano, herrero,
 »y de la Venus errada ;
 »el que lo hallare lo vuelva,
 »que buen hallazgo le manda.»
 Con esto á la escuela fué
 con una cesta de palma,
 donde llevaba el almuerzo
 y la cartilla llevaba.
 Sentóse con otros niños
 sobre la dorada aljaba,
 una flecha por puntero
 que apenas el papel rasga.
 Y sobre dar la lición
 mal sabida y no estudiada,
 azotóle su maestro
 con una cuerda de lana.
 El niño con el enojo
 no se fué derecho á casa ;
 mas con otros rapacillos
 se fué á pescar á la playa,
 donde faltándoles cuerda,
 de los cabellos arranca
 algunas doradas hebras,

y de dos en dos las ata.
 Uno de ellos quita luégo
 el reguilete á su caña,
 y echando al agua la cuerda
 no pesca en dos horas nada.
 Cayó en ello el más discreto,
 y prometió, si le daba
 la mitad del primer lance,
 le prestaría dos cañas.
 Así le fué prometida,
 y puesto el cebo, esperaba.
 En este tiempo dos ninfas
 que en sus cristales nadaban,
 viendo los rubios cabellos,
 el cabo de ellos desatan,
 y las perlas que traían
 una prende y otra ensarta.
 Sienten los niños el peso,
 y el lance entre los dos sacan ;
 y en esto el niño tardóse
 y la noche oscura baja.
 Andaba después llorando ;
 llévanle derecho á casa
 por las letras conocidas,
 donde su madre le aguarda.
 Azotarle quiere Venus,
 él replicaba: — Ya basta,
 madre mía, que el maestro
 me azotó por la mañana.
 Que se pierda un niño, madre,
 no es maravilla tan alta,
 que también se perdió Elena
 por interés de una rama.
 Pues Elena se perdió
 por unas manzanas falsas,
 no es mucho que por las finas

perdido una hora me traigan.
 Mas si agora no me azota,
 le diré un ardid y maña
 para pescar corazones,
 que ya tan raros se hallan.
 Sepa, madre, que no pesca
 anzuelo á quien cebo falta;
 ponga dinero en la flecha,
 y podrá pescar las almas.—
 La madre, viendo el consejo,
 azote y mano levanta,
 y desde entonces no pesca
 menos que con oro y plata.

III

(Anónimo)

Por los jardines de Chipre
 andaba el niño Cupido,
 entre las rosas y flores,
 jugando con otros niños:
 cuál trepa por algún sauce,
 presumiendo buscar nidos;
 cuál cogiendo el fresco viento
 por coger los pajarillos;
 cuál hace jaulas de juncos;
 cuál hace palacios ricos
 en los huecos de los fresnos
 y troncos de los olivos.
 Cuando cubiertas de abejas
 halló el travieso Cupido
 dos colmenas en un roble
 con mil panales nativos,
 metió la mano el primero

llamando á los otros niños;
 picóle en ella una abeja,
 y sacóla dando gritos.
 Huyen los niños medrosos,
 el rapaz pierde el sentido;
 vase corriendo á su madre,
 á quien lastimado dijo:
 —Madre mía, una abejita,
 que casi no tiene pico,
 me ha dado mayor dolor
 que pudiera un basilisco.—
 La madre, que lo conoce,
 vengada de verle herido
 de cuando la hirió de amores
 de Adonis, que tanto quiso,
 medio riendo le dice:
 —De poco te admiras, hijo,
 siendo tú y esa avecica
 semejantes en el pico.—

IV

(Anónimo)

Llegó á una venta Cupido
 á la mitad del invierno,
 las alas todas mojadas,
 roto el arco y muerto el fuego.
 Viéndole tan destrozado
 dijo el bueno del ventero:
 —Hermanito, no hay posada;
 pique, que cerca está el pueblo.—
 Bien quisiera su venganza
 ponella luégo en efecto;
 mas como se vió sin armas,

probó palabras y ruegos :
 dijole cómo era hijo
 de la bella diosa Venus,
 á cuyo cetro y corona
 todo el mundo está sujeto.
 Mas cómo la cortesia
 jamás cupo en bajo pecho,
 haciendo burla del niño
 responde con menosprecio :
 — ¡ Para ser hijo de reina
 él trae muy bellaco pelo !
 Y aquí no hacemos nada
 por amor, y sin dinero.
 Sepa, si tuvo poder,
 que ya se pasó aquel tiempo
 cuando cantaban sus triunfos
 con discantes á lo viejo :
 cuando por ver á su dama
 iba el otro majadero
 hecho pez á media noche
 nadando de Abido á Sexto ;
 aunque mejor que tanta agua
 fuera una azumbre de añejo,
 y echarse en su cama á nado,
 y saliera salvo á puerto ;
 aunque en medio de las olas
 halló de su mal remedio,
 pues bebió tal parte de ellas,
 que apagó de amor el fuego.
 Y también el otro bobo
 del babilónico suelo,
 que porque halló roto el manto,
 rompió con su espada el pecho ;
 y luégo la necia Tisbe,
 añadiendo yerro á yerro,
 se mató, queriendo echar

la sogá tras el caldero.
 Y si no ve aquestas cosas,
 sepa que es porque está ciego ;
 desatátese los ojos,
 verá la razón que tengo. —
 Cupido entre aquestas burlas
 fué las veras conociendo,
 y de aquí adelante puso
 nueva ley y otro uso nuevo ;
 y es tan discreto, que tiene
 menos costa y más provecho.
 Y también manda á las damas
 que en su amor hagan concierto,
 y que tengan sus medidas
 conformes á cada precio ;
 y que al amante que diere
 no le envíen descontento,
 y al que no diere, le digan
 lo que le dijo el ventero :
 — Hermanito, no hay posada ;
 pique, que cerca está el pueblo. —

V

(Anónimo)

Amedrentado Cupido
 de los azotes de escuela,
 huyó porque oyó decir
 que entran con sangre las letras.
 Y viendo que de su casa
 le despide la maestra,
 y por pescar en la playa
 su madre azotarle quiera,
 y en los jardines también

le picaron las abejas,
 y que no le dan posada
 por llegar pobre á la venta,
 sintiéndose despreciado,
 sin habilidad ni renta,
 determina de tomar
 oficio que le entretenga.
 Y siendo amigo de dulce,
 que es el blanco adonde asesta,
 como era niño y rapaz,
 aficionóse de nieblas.
 Hizo un cestillo de palma
 quien cesto de palma lleva,
 con el juego de ventura
 encima de la tableta.
 El arco puso por asta
 y una flecha por saeta,
 gritando suplicaciones
 quien á suplicar sujeta.
 Y viéndole tan bonito,
 llamáronle de una reja
 el Interés y una dama,
 y el niño con los dos juega
 Jugó el Interés de mano,
 que en todo la mano lleva,
 y echó la suerte la dama,
 y ella tira la moneda.
 Anduvo Cupido azar,
 que no acierta suerte buena,
 por ser incierto su juego,
 y su pérdida muy cierta.
 Dentro de pequeño rato
 el Interese le pela,
 y dando mate en perder,
 vino á rematar la cesta.
 Tomó el Interés el arco,

quedó con la palma y flecha,
 con que para más reinar
 fué su ventura deshecha;
 y dándole, como dicen,
 con la cesta en la cabeza,
 triunfando de sus despojos
 hace y deshace la guerra.

VI

✕ (Anónimo)

Topáronse en una venta
 la Muerte y Amor un día,
 ya después de puesto el sol,
 al tiempo que anochecía.
 Á Madrid iba la Muerte,
 y el ciego Amor á Sevilla,
 á pié, llevando en los hombros
 sus caras mercaderías.
 Yo pensé que iban huyendo
 acaso de la justicia,
 porque ganan á dar muerte
 entrambos á dos la vida.
 Y estando los dos sentados,
 Amor á la Muerte mira;
 y como la vió tan fea,
 no pudo tener la risa;
 y al fin le dijo riendo:
 —¡ Señora, no sé qué os diga,
 porque tan hermosa fea
 yo no la he visto en mi vida! —
 Corrida la Muerte de esto,
 puso en el arco una vira,
 y otra en el suyo Cupido,

y hacia fuera se retira.
 Con un lanzón el ventero
 de por medio se metía,
 y haciendo las amistades,
 cenaron en compañía.
 Fuéles forzoso quedarse
 á dormir en la cocina,
 que en la venta no había cama,
 ni el ventero la tenía.

Los arcos, flechas y aljabas
 dan á guardar á Marina,
 una moza que en la venta
 á los huéspedes servía.

Aún no había amanecido,
 cuando Amor se despedía;
 sus armas al huésped pide,
 pagando lo que debía.

El huésped le da por ellas
 las que la Muerte traía;
 Amor se las echó al hombro,
 y sin más mirar camina.

Despertó después la Muerte
 triste, flaca y desabrida;
 tomó las armas de Amor,
 y también hizo su guía,
 y desde entonces acá
 mata el Amor con su vira
 mozos que ninguno pasa
 de los veinte y cinco arriba.

Á los ancianos, á quien
 matar la Muerte solía,
 agora los enamora
 con las saetas que tira.

¡Mira cuál está ya el mundo,
 vuelto lo de abajo arriba!
 Amor por dar vida mata;
 Muerte por matar da vida.

VII

(De Bartolomé de Torres Naharro)

Hija soy de un labrador,
 nacida sobre el arado,
 criada so los olivos,
 crecida tras el ganado.
 Careando una mañana
 las ovejas del vedado,
 solas dos por mi reposo,
 las que Dios me había dado,
 que Alegría y Libertad
 por nombres las he nombrado,
 se me perdieron allí
 por suerte de mi pecado,
 que comían en mis haldas,
 venían á mi llamado.
 Sin partir el pan con ellas,
 no comiera yo bocado:
 d'ellas era lo mejor,
 cuando había un verde prado;
 si claras fuentes había,
 nunca las han deseado:
 santiguábales yo el agua
 con amor desengañado;
 so las frescas solombreras
 las siestas las he guardado,
 las mañanas y las tardes
 á pacer las he sacado.
 Comprélas dos encerrillas
 que la vida me han costado;
 con cuerdas de mis cabellos,
 los que tanto yo he preciado,
 un día de San Antón,

que mal me las ha guardado,
 se las puse de los cuellos:
 hame nada aprovechado.
 Poco vale diligencia
 contra el mal predestinado;
 lo que ha de ser una vez
 no puede ser estorbado.
 Tornéme en fin congojosa
 llorando mi mal recado,
 y en llegando á mi cabaña
 ví mi fin aparejado.
 El zurrón hice pedazos,
 y en el fuego eché el cayado;
 saqué los rubios cabellos
 de mi grosero tocado,
 tirando cuanto podía
 yo los puse en mal estado;
 hice las manos verdugos
 de mi gesto delicado;
 mis dos ojos con pesar
 en dos ríos se han tornado,
 y el corazón en el cuerpo
 de rabia fué traspasado.
 Con mis gritos y alaridos
 el valle estaba espantado;
 por flaqueza de natura,
 no por falta de cuidado,
 yo me dormí de cansada
 dende gran rato pasado.

VIII

(De Jorge Montemayor)

Oidme, señora mía,
 si acaso os duele mi mal,
 y aunque n'os duela en oïllo
 no me dejéis de escuchar:
 dadme este breve descanso
 porque me esfuerce á penar.
 ¿No os doléis de mis suspiros?
 ¿No os enternece el llorar,
 ni cosa mía os da pena,
 ni la pensáis remediar?
 ¿Hasta cuándo, mi señora,
 tanto mal ha de durar?
 No está el remedio en la muerte,
 sino en vuestra voluntad,
 que los males qu'ella cura
 ligeros son de pasar.
 No os fatigan mis fatigas,
 ni os esperan fatigar;
 de voluntad tan exenta,
 ¿qué medio se ha de esperar?
 Y ese corazón de piedra
 ¿cómo le podré ablandar?
 Volved, señora, esos ojos,
 qu'en el mundo no hay su par,
 mas no los volváis airados,
 si no me queréis matar,
 aunque de una y otra suerte
 matáis con solo mirar.

IX

(Anónimo)

Fonte-frida, Fonte-frida,
 Fonte-frida y con amor,
 do todas las avecicas
 van tomar consolación,
 sino es la tortolica
 qu'está viuda y con dolor.
 Por ahí fuera á pasar
 el traidor del ruseñor:
 las palabras que le dice
 llenas son de traición:
 —Si tú quisieses, señora,
 yo sería tu servidor.
 —Véte de ahí, enemigo,
 malo, falso, engañador,
 que ni poso en ramo verde,
 ni en prado que tenga flor;
 que si el agua hallo clara,
 turbia la bebía yo;
 que non quiero haber marido,
 porque hijos non haya, non:
 non quiero placer con ellos,
 ni menos consolación.
 ¡Déjame, triste enemigo,
 malo, falso, mal traidor,
 que non quiero ser tu amiga
 ni casar contigo, non!

X

(Anónimo)

Que por mayo era, por mayo,
 cuando los grandes calores,
 cuando los enamorados
 van servir á sus amores,
 sino triste yo, mezquino,
 que yago en estas prisiones,
 que ni sé cuándo es de día,
 ni menos cuándo es de noche
 sino por una avecilla
 que me cantaba al albore:
 matómela un balletero;
 ¡déle Dios mal galardone!

XI

(Anónimo)

—La bella mal maridada,
 de las lindas que yo vi,
 véote tan triste enojada;
 la verdad dila tú á mí.
 Si has de tomar amores
 por otro, no dejes á mí,
 que á tu marido, señora,
 con otras dueñas lo ví,
 besando y retozando:
 mucho mal dice de tí;
 juraba y perjuraba
 que te había de ferir.—
 Allí habló la señora,

allí habló, y dijo así :
 —Sácame tú, el caballero,
 tú sacásemme de aquí ;
 por las tierras donde fueres
 bien te sabría yo servir :
 yo te haría bien la cama
 en que hayamos de dormir,
 yo te guisaré la cena
 como á caballero gentil,
 de gallinas y capones
 y otras cosas más de mil :
 que á este mi marido
 ya no le puedo sufrir,
 que me da muy mala vida
 cual vos bien podéis oír. —
 Ellos en aquesto estando
 su marido helo aquí :
 —¿Qué hacéis, mala traidora?
 ¡Hoy habedes de morir!
 —¿Y por qué, señor? ¿por qué?
 que nunca os lo merecí.
 Nunca besé á hombre,
 mas hombre besó á mí ;
 las penas que él merecía,
 señor, daldas vos á mí :
 con riendas de tu caballo,
 señor, azotes á mí ;
 con cordones de oro y sirgo
 viva ahorques á mí.
 En la huerta de los naranjos
 viva entierres á mí,
 en sepultura de oro
 y labrada de marfil ;
 y pongas encima un mote,
 señor, que diga así :
 «Aquí está la flor de las flores,

»por amores murió aquí ;
 »cualquier que muere de amores
 »mándese enterrar aquí,
 »que así hice yo, mezquina,
 »que por amar me perdí. —»

XII

(Anónimo)

Levantóse la casada
 una mañana al jardín,
 dicen que á gozar el fresco :
 «¡ Más le valiera dormir !»
 Esperando á su galán
 á sueño breve y sutil,
 le ha dado amor mala noche :
 «¡ Más le valiera dormir !»
 Sobre la madeja bella
 que al amor revuelve en sí
 sale arrojando una toca :
 «¡ Más le valiera dormir !»
 Gorguera saca de negro,
 turquesado el faldellín,
 y á medio vestir la ropa :
 «¡ Más le valiera dormir !»
 Á la salida del huerto
 torcido se le ha un chapín,
 de que quedó lastimada :
 «¡ Más le valiera dormir !»
 Pasando más adelante
 al coger un alheli
 le picó el dedo una abeja ;
 «¡ Más le valiera dormir !»
 Con tanto azar no descansa ;

sale enamorada al fin
 buscando á aquel que bien ama :
 « ¡ Más le valiera dormir ! »
 Aquí mira, aquí se pára;
 nada halla aquí ni allí,
 hasta ver lo que no quiso:
 « ¡ Más le valiera dormir ! »
 Á su amante halla muerto,
 y al marido junto á sí,
 que remató entrambas vidas:
 « ¡ Más le valiera dormir ! »

XIII

(Anónimo)

No es razón, dulce enemiga,
 si acaso me quieres bien,
 que por dar contento á Zaide,
 tan sorda á mi amor estés.
 ¿ Qué áspid de Libia, señora,
 te ha enseñado á ser cruel ?
 ¿ Quieres con alma traidora
 tiranizarla en un mes ?
 Dícenme que este envidioso
 la causa de mi mal es;
 y que son tus ojos fuentes
 el tiempo que no le ves.
 Pues no es justo, Laura hermosa,
 que con tan rico laurel,
 á fuerzas de fe ganado,
 se adorne un traidor sin ley.
 Vuelve con piedad tus ojos,
 verás rendido á tus piés

cómo se queja Floriardo
 por el rigor de un desdén.
 Con lisonjas me entretienes
 y con engaños también;
 hete sido fiel en todo
 y en todo me has sido infiel.
 Pues ya mis quejas te enfadan,
 ¿ á quién, tigre hircana, á quién
 de mi dolor daré cuenta
 sino es á la causa de él ?
 Y si por pobre me dejas
 y te mueve el interés,
 si has menester lo que valgo,
 tu esclavo soy, vendemé.

XIV

(Anónimo)

Sobre las blancas espumas
 del mar de amor iba huyendo
 un rico bajel, cercado
 de enemigos y de miedo.
 Dicen que lleva cargados
 de coral y oro los senos,
 y que vale una ciudad
 una perla que va dentro.
 Tras él le va dando caza
 otro bajel más ligero,
 cuyo artillero es Amor,
 grande robador de yerros.
 « Dale fuego,
 » artillero, niño ciego;
 » carga, que es forzoso
 » rendir un bajel hermoso. »

De sus penas hace balas,
de su firmeza, pedreros,
la pólvora, de su ira,
de sus suspiros el fuego;
el deseo de alcanzarle
le va sirviendo de remos,
sus pasiones, de forzados,
y su dicha, de gobierno:
el alma ofendida y libre
sirve de cómitre diestro,
que con crueles memorias
azotaba á los remeros.

«Dale, etc.»

Cuando el bajel hace agua
daban á la bomba fuego,
y la bomba eran sus ojos,
y este mal salía de ellos.
De aguja de marear
le sirve su fe de acero
que siempre mira hacia el norte,
y el norte es el que va huyendo.
Este famoso cosario,
disfrazado en marinero
dicen que se llama Albanio,
y que fué pastor primero.

«Dale fuego

»artillero, niño ciego;
»carga, que es forzoso
»rendir un bajel hermoso.»

XV

(Anónimo)

Para queja de las flores,
para envidia de las aves,

puso el amor en Belarda,
florida edad, voz suave:
nueva guerra de las vidas,
en lo airoso de su talle;
y en lo dulce de su voz,
tiernas lisonjas al aire,
recátense los deseos,
todo atrevimiento pare,
que es hechizo su belleza
y es encanto su donaire.
Clavel matizado en nieve
es su boca, cuyo esmalte,
ya en la sarta de sus perlas
pone extremos de corales.

XVI

(Anónimo)

Fuego exhala, y agua vierte
Jacinta á un verde vergel;
la culpa tiene un pesar,
que le ocasionó un desdén.
Encuéntranse fuego y agua
en el camino tal vez;
mas ni el agua enjuga el fuego,
ni ella le impide el arder.
De quejas enternecidas
poblado el aire se ve;
mas quien siembra en viento, el viento
por premio suele coger.
Quejas dió á su bello ingrato;
respondiéndola descortés,
y al alivio del olvido
consultó su parecer.

XVII

(De Lope de Vega Carpio)

Por las riberas famosas
de las aguas del Jarama,
junto del mismo lugar
que Tajo las acompaña,
alegre sale Belardo
á recibir justa paga
de tantos años de amor,
celos, temor y mudanza.
«¡Dichoso el pastor que alcanza
»tan regalado fin de su esperanza!»

Vase á casar á su aldea
con Filis su enamorada,
que se la entrega su padre
después de tantas desgracias.
Contento lleva el villano,
por los ojos muestra el alma,
que al fin de tanta fortuna
promete el cielo bonanza.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

No va como suele á pié,
ni lleva toscas abarcas
de pieles de lobo muerto
tintas en sangre de vaca:
zapatos lleva picados,
media verde lagartada,
botones de vidrio y fuego,
porque se los dió su dama.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Va caballero brioso
en una yegua alazana;
la silla lleva de frisa,

y de hiladillo la franja;
sombbrero nuevo de feria,
capa de capilla larga,
con un sayo verde oscuro,
agironado de grana.

«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Va mostrando en el vestido
las esperanzas del alma,
tan cerca ya de cumplirlas,
como tardías y largas.
Guardadas lleva en el seno
de Filis todas las cartas,
que si son obligaciones,
quiere pagar y borrallas.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Llegó Belardo á la villa,
y de su suegro á la casa;
sale á tener el estribo
mientras de la yegua baja,
Filis, abiertos los brazos:
marido y señor le llama;
él señora y dulce esposa,
besóla, y ella le abraza.

«¡Dichoso el pastor que alcanza
»tan regalado fin de su esperanza!»

XVIII

(Anónimo)

—¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas

compasión solias mostrar,
 y agora de las mortales
 no tienes ningún pesar.
 ¿Cómo acudiste á lo menos
 y me faltaste en lo más?
 Que en los mayores peligros
 se conoce la amistad.
 El crisol de las verdades
 suele ser la adversidad.
 ¿En qué memoria ocupada,
 tan sorda á mi llanto estás?
 Acuérdome bien, si penas
 me dejan bien acordar,
 que en un tronco de un aliso,
 que el Tajo bañando está,
 cuando yo era más dichoso
 y tú más firme y leal,
 escribió tu mano un día:
 «Yo te doy mi libertad,
 »y antes que de ti la mude,
 »Tajo el curso mudará.»
 Río, vuelve atrás tus aguas,
 pues la fe se vuelve atrás.—
 Aquesto Tirsi decía,
 cantando en su soledad
 memorias de su señora,
 y testigos de su mal.

XIX

(De D. Luis de Góngora)

Aquí entre la verde juncia
 quiero como el blanco cisne
 que envuelto en dulce armonía

la dulce vida despide,
 despedir mi vida amarga
 envuelta en endechas tristes,
 y querellarme de aquella
 tan hermosa como libre.
 Descanse entre tanto el arco
 de la cuerda que le aflige,
 y pendiente de sus ramas
 orne esta planta de Alcides;
 mientras yo á la tortolilla
 que encima del olmo gime,
 le hurto todo el silencio
 que para sus quejas pide.
 ¡Bellísima cazadora,
 más fiera que las que sigues
 por los bosques! ¡Cruel verdugo
 de mis años infelices!
 Tan grandes son tus extremos
 de hermosa y de terrible,
 que están los montes en duda
 si eres diosa ó si eres tigre.
 Préciaste de tan soberbia
 contra quien es tan humilde,
 que considerados bien
 todos los monteros dicen.
 que los dos nos parecemos
 al roble que más resiste
 los soplos del viento airado,
 tú en ser dura, yo en ser firme.
 En esto solo eres roble,
 y en lo demás flaca mimbre,
 no solo á los recios vientos,
 mas á los aires sutiles.
 Ya no persigues, cruel,
 después que á mí me persigues,
 á los corzos voladores,

ni á los fieros jahalíes;
 ni de tu dichoso albergue
 las nobles paredes visten
 los despojos de las fieras
 que, como á mi, muerte diste.
 Los montes se están quejando
 de que tus piés no los pisen,
 por los rastros que dejaban
 de rosas y de jazmines,
 tales que eran á sus campos
 tus dos plantas dos abriles:
 haz tu gusto, que yo quiero
 dejar, pues d'ello te sirves,
 el espíritu cansado
 que mis flacos miembros rige;
 conseguiremos en esto,
 ambos á dos, nuestros fines:
 tú, el de cruel en dejarme,
 yo, el de leal en morirme.
 Tú, rey de los otros ríos,
 que de las sierras sublimes
 de Segura, al Oceano
 el fértil terreno mides,
 pues en tu dichoso seno
 tantas lágrimas recibes
 de mis ojos, que en el mar
 entran dos Guadalquivires;
 ruégote que su crueldad
 y mi firmeza publiques
 por todo el húmedo reino
 de la gran madre de Aquiles;
 porque no sólo en las selvas,
 mas los que en las aguas viven,
 conozcan quién es Daliso,
 y quién es la ingrata Nise.

X XX

(De Alfonso de Alcabdete)

Yo me levantara, madre,
 mañanica de Sant Joan:
 vide estar una doncella
 ribericas de la mar:
 sola lava y sola tuerce,
 sola tiende en un rosal:
 mientras los paños s'enjugan,
 dice la niña un cantar:

Cantarillo.

«¿Dó los mis amores, dó los?
 »dó los andaré á buscar?»

Sigue el romance.

Mar abajo, mar arriba,
 diciendo iba el cantar,
 peine de oro en las sus manos
 por sus cabellos peinar.
 «Digasme tú, el marinero,
 Si, Dios te guarde de mal,
 si los viste, mis amores,
 si los viste allá pasar.»

XXI

(Anónimo)

Gente pasa por la calle;
 y pues pasa tanta gente,
 sin duda que la mañana
 sus blancas alas ya tiende;

y pues de la vecindad
tanto me temo, y te temes,
porque al vulgo no declares
lo que te quiero y me quieres ;

«Véte, amor, véte,
»mira que amanece.»

Si el sol en saliendo barre
la aljófar que el campo tiene,
también de mi lado quita
la perla que me enriquece :
lo que á otros parece día,
á mi noche me parece ;
pues luégo que sale el alba,
la noche de ausencia viene.

«Véte, amor, etc.»

Si quieres echar raíces
al pasatiempo presente,
sin que el aire de envidiosos
tan presto no nos lo lleve ;
si quieres que nos veamos
como está vez muchas veces,
donde á letra vista pago
lo que te debo y me debes.

«Véte, amor, etc.»

Deja los dulces abrazos,
que si entre ellos te entretienes,
un mal nos podrá dar largo
aqueste contento breve.

Un día de purgatorio
no hace mucho quien le tiene,
pues la esperanza de gloria
sus graves penas descrece.

«Véte, amor, vete.»

ROMANCES JOCOSOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y pues de la vecindad
tanto me temo, y te temes,
porque al vulgo no declares
lo que te quiero y me quieres ;

«Véte, amor, véte,
»mira que amanece.»

Si el sol en saliendo barre
la aljófar que el campo tiene,
también de mi lado quita
la perla que me enriquece :
lo que á otros parece día,
á mi noche me parece ;
pues luégo que sale el alba,
la noche de ausencia viene.

«Véte, amor, etc.»

Si quieres echar raíces
al pasatiempo presente,
sin que el aire de envidiosos
tan presto no nos lo lleve ;
si quieres que nos veamos
como está vez muchas veces,
donde á letra vista pago
lo que te debo y me debes.

«Véte, amor, etc.»

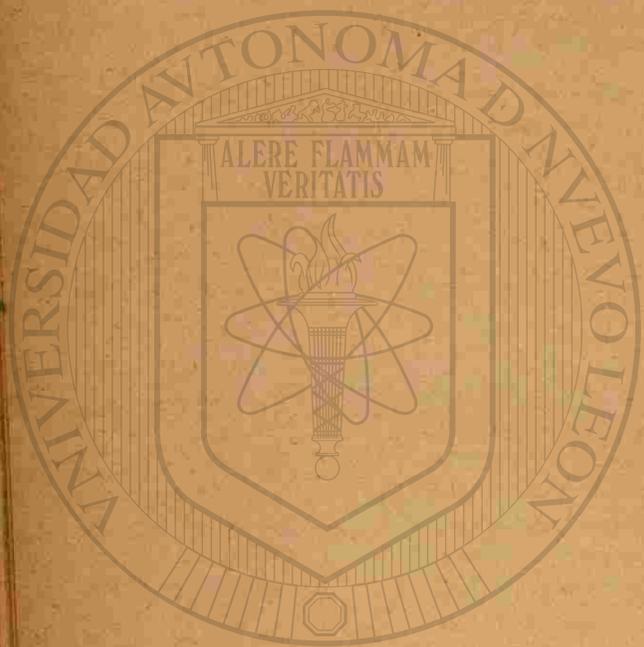
Deja los dulces abrazos,
que si entre ellos te entretienes,
un mal nos podrá dar largo
aqueste contento breve.

Un día de purgatorio
no hace mucho quien le tiene,
pues la esperanza de gloria
sus graves penas descrece.

«Véte, amor, vete.»

ROMANCES JOCOSOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



X I

(De D. Luís de Góngora)

Con ropilla y sin camisa,
aunque no por no tenella;
que una que le dió su madre
le perdió la lavandera;
su jubón por zaragüelles,
y el sombrero por chinelas,
y por reparo del cierzo
una capa de bayeta;
al sol, que, muerto de risa,
de lástima le calienta,
esto cantaba Hernández
cosiendo sus pedorreras:
—¡ Desdichado del hidalgo
que con sombra de nobleza
y con falta de dinero
viene á pleitear á esta tierra!
Soy de Cangas de Tineo;
desciendo por línea recta
del infante don Pelayo:
¡ Ved qué honrada descendencia!

Y agora por mi desdicha
 soy venido á aquesta tierra,
 do traigo sobre una mora
 un pleito con una vieja.
 Levántame la falsaria,
 ¡Jesucristo me defienda!
 que fui malo de mi cuerpo
 en un molino con ella;
 y aun el falso testimonio
 no pára aquí, porque llega
 á que con doce testigos
 prueba que estaba doncella.
 No sé quién jurar tal pudo;
 defienda Dios mi inocencia,
 que bien sé que soy de carne
 y tengo algunas flaquezas.
 Mas decid, testigos falsos,
 ¿cuándo en Castilla la Vieja
 vido el cielo cuervos blancos
 ni doncellas montañesas?
 Dejando el pleito á una parte,
 ya que el pleito no me deja,
 aunque no para medrar,
 para echar la sarna fuera:
 á ruego de buenos hombres,
 ¡pluguiera á Dios no los viera!
 asenté con un pleiteante
 en San Martín de la Vega.
 Por la costa concertamos
 de serville esta cuaresma,
 do á pura fuerza de ayunos
 me ha convertido en poeta.
 Pensarán que estoy burlando:
 pues no es así como quiera;
 que del trato de mi amo
 hago agora una comedia.

Toda la primer jornada
 trata de que nunca almuerza;
 la segunda, que no come;
 la tercera, que no cena.
 Estos forzosos ayunos
 me han tornado la cabeza
 más liviana que una caña,
 y me han helado la vena;
 y tiéneme de tal suerte
 la forzosa penitencia,
 que no quiero decir más,
 ni puedo, aunque más quisiera.

II

Defensa jocosa de Nerón y del rey D. Pedro
 de Castilla

(De D. Francisco de Quevedo)

Cruel llaman á Nerón,
 y cruel al rey don Pedro,
 como si fueran los dos
 Hipócrates y Galeno.
 Estos dos sí, que inventaron
 las purgas y cocimientos,
 las dietas y melecinas,
 boticarios y barberos,
 matalotes fueron crueles
 y ministros del infierno,
 abreviadores de vidas
 y datarios de tormentos;
 que Nerón tuvo buen gusto,
 don Pedro fué justiciero,
 si cohechados y ladrones

no pusieran lengua en ellos.
 Si inventaran estos dos
 esperar y tener celos,
 las mujeres de por vida,
 la gota, hacerse viejos;
 cantar mal y porfiar
 y templar los instrumentos;
 el pedir de las busconas,
 las visitas de los necios:
 justicia fuera llamarlos
 crueles la fama en extremo;
 pero si no lo soñaron
 es contra todo derecho.
 Tuvo Nerón lindo humor
 y exquisito entendimiento;
 amigo de novedades,
 de fiestas y pasatiempos.
 Dicen que forzó doncellas;
 mas de ningún modo creo
 qu'él encontró con alguna
 ni qu'ellas se resistieron.
 Quiso Suetonio mal,
 pues le llamó deshonesto
 porque adoraba á su madre,
 siendo obligación hacerlo:
 notóle de que comía
 sin cesar un día entero,
 y es pecado que á la sarna
 pudiera imputar lo mismo.
 ¿Mató Nerón muchos hombres?
 ¡Más son los qu'el sol ha muerto,
 y llámanle hermoso á él,
 y á estotro le llaman fiero!
 Gustó de quemar en Roma
 tanto edificio soberbio,
 dejando así castigada

la soberbia, para ejemplo.
 Quemó la débil grandeza
 que atesoraban los tiempos,
 y á la vanidad del mundo
 quiso mostrar su desprecio.
 Si á Séneca dió la muerte
 siendo su docto maestro,
 hizo lo que una terciana
 sin culpa pudo haber hecho.
 No es mucho que se enfadase
 de tantos advertimientos;
 que no hay señor que no quiera
 ser en su casa el discreto.
 Quitó á Lucano la vida;
 mas no le agravió por eso,
 cuando inmortal le acredita
 con la fama de sus versos.
 Pues don Pedro el de Castilla,
 tan valiente y tan severo,
 ¿qué hizo sino castigos,
 y qué dió sino escarmientos?
 Quieta y próspera Sevilla,
 pudo alabar su gobierno,
 y su justicia las piedras
 qu'están en el candilejo.
 El clérigo desdichado
 y el dichoso zapatero
 dicen de su tribunal
 las providencias y aciertos.
 Si doña Blanca no supo
 prenderle y entretenerlo,
 ¿qué mucho que la trocase,
 siendo moneda en su reino?
 Era hermosa la Padilla:
 Manos blancas y ojos negros;
 causa de muchas desdichas,

y disculpa de más yerros.
 Si á don Tello derribó
 fué porque se alzó don Tello,
 y si mató á don Fadrique,
 cuenta le tuvo el hacerlo :
 de su muerte y otras muchas
 sabe las causas el cielo ;
 que aun fuera mayor castigo
 si rompiera su silencio.
 Matóle un traidor francés,
 alevoso caballero :
 vido Montiel la tragedia,
 y el mundo le lloró muerto.
 De emperadores y reyes
 no hablan mal nobles y cuerdos ;
 qu'es, en público, delito,
 y no seguro, en secreto.
 Esto dijo un montañés
 empuñando el hierro viejo
 con cólera y sin cogote,
 en un Cid tinto un don Bueso.

III

(De D. Francisco de Quevedo)

—Parióme adrede mi madre,
 ¡ojalá no me pariera !
 aunque estaba, cuando me hizo,
 de gorja naturaleza.
 Dos maravedis de luna
 alumbraban á la tierra ;
 que por ser yo el que nacía,
 no quiso que un cuarto fuera.
 Nací tarde, porque el sol

tuvo de verme vergüenza,
 en una noche templada
 entre clara y entre yema.
 Un miércoles con un martes
 tuvieron grande revuelta,
 sobre que ninguno quiso
 que en sus términos naciera.
 Nací debajo de Libra,
 tan inclinado á las pesas,
 que todo mi amor le fundo
 en las madres vendederas.
 Dióme el León su quartana,
 dióme el Escorpión su lengua ;
 Virgo, el deseo de hallarle,
 y el Carnero su paciencia.
 Murieron luégo mis padres ;
 Dios en el cielo los tenga,
 porque no en aqueste mundo
 á engendrar más hijos vuelvan.
 Tal ventura desde entonces
 me dejaron los planetas,
 que puede servir de tinta,
 según ha sido de negra ;
 porque es tan feliz mi suerte,
 que no hay cosa mala ó buena,
 que aunque la piense de tajo,
 de revés no me suceda.
 De estériles soy remedio,
 pues con mandarme su hacienda,
 les dará el cielo mil hijos
 por quitarme las herencias ;
 y para que vean los ciegos,
 pónganme á mí á la vergüenza ;
 y para que cieguen todos,
 llévenme en coche ó litera.
 Como á imagen de milagros

me llevan por las aldeas,
 si quieren sol, abrigado,
 y desnudo, porque llueva.
 Cuando alguno me convida,
 no es á banquetes ni fiestas,
 sino á los misacantanos,
 para que yo les ofrezca.
 De noche soy parecido
 á todos cuantos esperan
 para molerlos á palos;
 y así inocente me pegan.
 Aguarda hasta que yo pase,
 si ha de caerse, una teja;
 aciértanme las pedradas,
 las curas sólo me yerran.
 Si á alguno pido prestado,
 me responde tan á secas,
 que en vez de prestarme á mí,
 me hace prestarle paciencia.
 No hay necio que no me hable,
 ni vieja que no me quiera,
 ni pobre que no me pida,
 ni rico que no me ofenda.
 No hay camino que no yerre,
 ni juego donde no pierda,
 ni amigo que no me engañe,
 ni enemigo que no tenga.
 Agua me falta en el mar,
 y la hallo en las tabernas;
 que mis contentos y el vino
 son aguados donde quiera.
 Dejo de tomar oficio,
 porque sé por cosa cierta,
 que en siendo yo calcetero,
 andarán todos en piernas.
 Si estudiara medicina,

aunque es socorrida ciencia,
 porque no curara yo,
 no hubiera persona enferma.
 Quise casarme estotro año
 por sosegar mi conciencia,
 y dábanme en dote al diablo
 con una mujer muy fea.
 Si intentara ser cornudo
 por comer de mi cabeza,
 según soy de desgraciado,
 diera mi mujer en buena.
 Siempre fué mi vecindad
 mal casados que vocean,
 zapateros que madrugan,
 herreros que me desvelan.
 Si yo camino con frío,
 se abrasa en fuego la tierra,
 y en llevando guardasol,
 está ya de Dios que llueva.
 Si hablo á alguna mujer
 y le digo mil ternezas,
 ó me pide ó me despide,
 que en mí es una cosa mesma.
 En mí lo picado es roto,
 ahorro, cualquier limpieza,
 cualquiera bostezo es hambre,
 cualesquier color vergüenza.
 Fuera un hábito en mi pecho
 remiendo sin resistencia,
 y peor que besamanos
 en mí, cualquier encomienda.
 Para que no estén en casa
 los que nunca salen de ella,
 buscarlos yo solo basta,
 pues con esto estarán fuera.
 Si alguno quiere morirse

sin ponzoña ó pestilencia,
 proponga hacerme algún bien
 y no vivirá hora y media;
 y á tanto vino á llegar
 la adversidad de mi estrella,
 que me inclinó que adorase
 mi humildad á tu soberbia;
 y viendo que mi desgracia
 no dió lugar á que fuera
 como otros tu pretendiente,
 vino á ser tu pretenmuela. —
 Aquesto Fabio contaba
 á los balcones y rejas
 de Aminta, que aun de olvidar
 han dicho que no se acuerda.

IV

(De D. Francisco de Quevedo)

—Padre Adán, no lloréis duelos;
 dejad, buen viejo, el llorar,
 pues que fuisteis en la tierra
 el más dichoso mortal.
 de la variedad del mundo
 entrastes vos á gozar
 sin sastres ni mercaderes,
 plagas que trujo otra edad.
 Para daros compañía
 quiso el Señor aguardar
 hasta que llegó la hora
 que sentistes soledad.
 Costóos la mujer que os dieron
 una costilla, y acá
 todos los huesos nos cuestan,

aunque ellas nos ponen más.
 Dormistes, y una mujer
 hallastes al despertar,
 y hoy, en durmiendo un marido,
 halla á su lado otro Adán.
 Un higo solo os vedaron,
 sea manzana si gustáis;
 que yo para comer una
 Dios me lo había de mandar.
 Tuvistes mujer sin madre,
 ¡grande suerte y de envidiar!
 gozastes mundo sin viejas
 ni suegrecita inmortal.
 Si os quejáis de la serpiente
 que os hizo á entrambos mascar,
 ¡cuánto es mejor la culebra
 que la suegra, preguntad!
 La culebra, por lo menos,
 os da á los dos que comáis;
 si suegra fuera, os comiera
 á los dos, y más y más.
 Si Eva tuviera madre,
 como tuvo á Satanás,
 comiérase el paraíso
 no de un pero la mitad.
 Las culebras mucho saben,
 mas una suegra infernal
 más sabe que las culebras:
 así lo dice el refrán.
 Llegaos á que aconsejara
 suegra de este temporal
 comer un bocado solo,
 aunque fuera rejalgár.
 Consejo fué del demonio
 que anda en ayunas lo más;
 que las Suegras, de un almuerzo

la tierra engullen y el mar.
 ¡Señor Adán! menos quejas,
 y dejad el lamentar;
 sabé estimar la culebra,
 y no la tratéis tan mal;
 y si gustáis de trocarla
 á suegras de este lugar,
 ved lo que queréis encima;
 que mil os la tomarán.—
 Esto dijo un ensuegrado
 llevándole á conjurar,
 para salir de la suegra,
 un cura y un sacristán.

V

(De Don Francisco de Quevedo)

El que quisiere saber
 de algunos amigos muertos,
 yo daré razón de algunos,
 porque vengo del infierno.
 Allá queda barajando
 el que supo allá más cierto
 á cuántos venía su carta,
 como si fuera correo.
 Al bajar un par de lindos,
 quedaron los diablos ciegos;
 porque los lindos son tales,
 que el diablo no puede vellos.
 Por sacar á su mujer
 dicen que lloraba Orfeo;
 y él me dijo, como amigo,
 que entró por verla allá dentro.
 Un mal casado pedía

que su mujer fué al cielo,
 por estar allá seguro
 de que no le pida celos.
 Un letrado y su mujer
 penan contrarios efectos,
 él por su mal parecer,
 y ella por tenerle bueno.
 Por engaños en los dotes
 penan allá muchos suegros,
 porque al casar de las hijas
 daban forzados los nietos.
 Casadas hay porque dejan
 los hijos por herederos
 de la hacienda del marido,
 que no es padre, sino deudo.
 No sólo los corcovados
 sirven de soplar el fuego,
 sino sus padres también,
 por lo que hicieron mal hecho.
 Los trajes que acá se quitan
 sirven allá de usos nuevos;
 y así traen todos los diablos
 azul, guedejas y petos.
 Hay doncellas camarines
 por el barro que comieron,
 que, como otras por obras,
 se condenan por deseos.
 De sólo los escribanos
 no traigo conocimiento,
 porque cuando van de acá
 bajan demonios profesos.
 Los médicos pasocortos
 bajan allá tan corriendo,
 que parece que postean
 la vida de sus enfermos.
 Quien tuviere conocidos,

escribirles puede luego ;
que un sastre que está espirando
será mensajero cierto.

VI

(De Don Francisco de Quevedo)

¡ Á los moros por dinero,
y á los cristianos de balde !
¿ Dónde vive esa mujer ?
Digásmelo tú, el romance,
pues con mi fe de bautismo
ando bebiendo los aires,
y á todas se las antoja
que es mi sombrero turbante.

VII

Sátira á diversas cosas

(De Don Jacinto Alonso de Malvenda)

Boca de todas verdades
me llaman cuantos me ven :
todo cuanto sé publico,
y aun aquello que no sé.
Á los poetas no pida
la que sabia quiere ser,
porqu'es sacarles dinero
poner una lanza en Fez.
Diez galanes para el plato
suele una hembra tener ;
y hace muy bien, porque uno
no da lo que darán diez.

De calidad del maná
es de un letrado la ley,
pues cuando le dan dinero
sabe á cuánto quiere él.
Invisible y enfadosa
sin duda es la doncellez,
pues en los tiempos de ahora
ninguno la puede ver.
De modo el vino bautiza
un tabernero cruel,
que al beber su vino aguado
dos saltos ví dar á un pez.
Una viejona arrugada,
archivo de la vejez,
de alfombra puede servir
á los piés de San Miguel.
Hoy acuden las mujeres,
por vestir y por comer,
á las bolsas donde hay mosca,
como moscas á la miel.
Aposento en la comedia,
porque la vean más bien,
toma Celia, y á la noche
no tiene para un pastel.
Desde que de juncos se usan
las varas, veo torcer
la justicia, y hay Cain
alguacil de bolsa, Abel.
Del nacimiento en el auto
marido hay que puede hacer
de los dos papeles mudos
el más paciente papel.
Á los calzones las ligas
llegan á todo correr ;
y muy presto en la ropilla
sospecho que las veré.

Que haya espadas del perrillo,
señores, muy justo es;
pero si es muerto, aun la espada
lo sentirá, que es mujer.
Cosas de más importancia
en otra ocasión diré,
si me da lugar el vulgo
loco, insensato y novel.

VIII

(Anónimo)

Agora que estoy de espacio
cantar quiero en mi bandurria
lo que en más grave instrumento
cantara, mas no me escuchan.
Arrímense ya las veras,
y celébrense las burlas,
pues da el mundo en niñerías,
al fin, como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
en el coro de mi aldea
cantaba mis aleluyas.
Con mis perros y mi hurón,
y mis calzas de gamuza,
por ser recias para el campo,
y por guardar las velludas,
fatigaba el verde suelo
que mil arroyuelos cruzan
como sierpes de cristal
entre la yerba menuda,
ya cantando orilla el agua,
ya cazando en la espesura,

del modo que se ofrecían
los conejos con las murtas.
Volvía de noche á casa,
dormía á sueño y soltura,
no me despertaban penas,
mientras me dejaban pulgas;
y en la botica las tardes
me daba muy buenas zurras
del trunfo, con el Alcalde,
del ajedrez, con el Cura.
Gobernaba de allí el mundo,
y daba á soplos ayuda
á las católicas velas
que el mar de Bretaña sulcan;
y hecho otro nuevo Alcides
trasladaba sus columnas
de Gibraltar al Japón
con el segundo *plus ultra*.
Daba luégo vuelta á Flandes,
y de su guerra importuna
atribuía la palma
á la fuerza y á la industria;
y con el Beneficiado,
que era doctor por Osuna,
sobre Antonio de Lebrija
teníamos mil disputas.
Argüíamos también
metidos en más honduras,
si se podían comer
espárragos con la bula.
Veníame por la plaza,
y de paso vez alguna
para mí llevaba pollos,
para mis vecinas plumas.
Comadres me visitaban,
que en el pueblo tenía muchas:

ellas me llaman compadre,
 y taita sus criaturas;
 y cuando se me ofrecía
 caminar á Extremadura,
 entre las más ricas d'ellas
 me daban cabalgadura:
 lavábanme ellas la ropa,
 y en las obras de costura
 ellas ponen el dedal,
 y yo les prestaba agujas:
 á todas quería bien,
 con todas tenía ventura;
 porque á todas igualaba
 como tijeras de mula.
 Esta era mi vida, Amor,
 antes que las flechas tuyas
 hicieran en mi terrero
 y blanco de desventura.
 Enseñásteme, traïdor,
 la mañana de San Lucas
 un rostro como de almendro,
 ojos garzos, trenzas rubias:
 tales eran trenzas y ojos,
 que tengo por muy sin duda
 que cayera en tentación
 un viejo con extrangurria.
 Desde entonces acá sé
 que matas y que aseguras;
 que das en el corazón,
 y que á los ojos apuntas.
 Sé que nadie se te escapa,
 pues cuando más de ti huya
 no hay vara de inquisición
 que así halle á quien tú buscas.
 Sé que tu guerra es civil,
 y sé que es tu paz de Judas,

que aguardas para batalla,
 y que llamas para justas.
 Sé que te armas de diamantes
 y nos das lanzas de juncia;
 y para arneses de vidrio
 espada de acero empuñas.
 Sé que para el bien te duermes,
 y que para el mal madrugas;
 que te sirves como grande,
 y que pagas como mula.
 Perdona pues mi bonete;
 mira que te descomulga:
 levanta el arco, y revuelve
 de tus saetas las puntas
 contra los que sus juicios
 significan bien sus plumas,
 mas con los que ciñen armas,
 bien callas y disimulas:
 de gallina son tus alas:
 vête para hideputa.

IX

(Anónimo)

Hizo calor una noche,
 tan grande y tan insufrible,
 que me sacó de mi casa
 después de dados maitines.
 Acompañóme un amigo
 de amistad sincera y firme,
 á quien para en paz y en guerra
 yo no trocara por quince.
 Íbamos los dos cantando
 con voz medrosa y humilde,

porque entonces se estrenaba
mi contrabajo y su tiple;
cuando al doblar una calle
de repente nos embisten
dos damas de muy buen garbo,
con verdugado y chapines.
A dos agudas razones
que las dijimos, se rinden,
aunque un doblón que iba entre ellas
de las razones se rie.

Estaba clara la luna,
encarando al que la rige
con luz más clara y serena
que el sol de quien la recibe.
No había con nuestras damas
remedio de descubrirse,
aunque entre muchos requiebros
estas razones les dije:

—Quiere el cielo que alabemos,
dívinos rostros gentiles,
la belleza con que os hizo
en la tierra serafines:
no está él menos ofendido
que nosotros infelices,
en que queráis con el manto
dos soles suyos se eclipsen.—

No debieron de entenderme;
porque con risa increíble
preguntaron si era zote
que las hablaba latines.

Así los tiernos requiebros
que allí no podían servirme;
los troqué en estas injurias
lisonjeras, convenientes.

—Vuestas mercedes son tuertas
más que el gigante de Ulises:

si no más tuertas, más necias;
si no necias, insufribles.
Si encubrirse es damera,
desengañolas, que sirve
más há de un año en galera
por otro tanto el melindre.—
Entonces la de mi amigo,
desenvuelta, alegre y libre,
nos descubrió un rostro digno
que el más hermoso lo envidie.
Mostróme unos ojos negros,
graves en extremo y libres,
de dulce contemplación,
hermosos y señoriles.

Una boca, chica era,
que con un piñón se mide,
segura de que haya otra
que así enamore y captive.
Yo viéndola, sin respeto
de que era agena, la dije:
—Amor haga que en mi cama
siempre estas pulgas habiten.—
Volvime para la mía,
deshecha en celos de oirme,
y quedé en hora menguada,
que siempre me martirice;
porque descubrió un cabello
del color que el papel tiñe,
con quien el mismo azabache,
de vencido, no compite,
y unos ojos repulgados,
tan pequeños y ruines,
que no viera si eran ojos,
no los teniendo de lince.
Daba á la sumida boca
oscuro sepulcro y triste

la barba, que procuraba
 juntarse con las narices;
 los dientes tenían vergüenza,
 por ser pocos, de reirse,
 y por no tener más blanco
 que el blanco que los divide.
 Perdí el color de soldado
 y los humos juveniles:
 pegáronseme á la tierra
 los piés y los borcegues,
 que no me meneara un carro
 tirado de cien rocines;
 y así dije: — ¡Justo cielo,
 que tales caras permites! —
 Ella respondió diciendo:
 — Mi bien, no te escandalices,
 ni sé te atrevan congojas,
 ni con ellas me lastimes;
 no hagas toda la cuenta
 de las pasiones visibles:
 mira las prendas del alma,
 y juro nunca me olvides. —
 La voz con que esto decía
 era de gozque que gime,
 y para que un hombre honrado
 se arrojara en un aljibe.
 Yo la respondí: — Mi celo,
 señora, no os maraville,
 que no puede tener honra
 quien de aquesto no se aflige:
 no soy nacido entre sierras,
 ni entre osos ó jabalies,
 ni tigres me dieron leche,
 para que acometa á un tigre:
 nací entre padres cristianos
 y entre regalos sutiles,

y no he hecho al Rey traición
 para que así me castigue. —
 Esto le dije, y huyendo
 la calle abajo me vine,
 porque para responderme
 comenzaba á apercibirse.

X X

(Anónimo)

Una bella casadilla
 que apenas tiene quince años,
 que quitalla de jugar
 con las niñas fué pecado;
 y por ponerse chapines,
 alzacuello y verdugado,
 sin saber lo que hacía
 dió á su marido la mano;
 y después á las muchachas
 que vivían en su barrio
 les mostraba muy contenta
 las joyas que le había dado;
 acabado el pan de boda
 volvióse de espaldas marzo,
 y hallóse la cuitadilla
 esclava de un sucio trasgo.
 Era el marido celoso,
 y más que celoso, avaro;
 y cuál era su figura
 miradlo en este retrato.
 El cabello ya tordillo,
 muy cerca de cincuenta años;
 tan lampiño, que aun apenas
 le señalan los mostachos;

menos de un dedo de frente,
 con arrugas de reclamo;
 los dientes muy amarillos,
 distintos y descarnados;
 muy pródigo de nariz,
 y los ojos ribeteados;
 tan delgado, que el estrecho
 de Gibraltar fué llamado.
 Condenado á tos perpetua,
 depósito del catarro,
 y más ronco que un ternero
 pronóstico de su daño.
 Y con esto, el bellacón
 era tan desvergonzado,
 que por cualquier niñería
 jugaba triunfo de bastos.
 Esta niña había una tía,
 mujer de tocas y manto,
 gran matrona de consejo
 y de muy grueso rosario.
 Con lágrimas de sus ojos
 á ésta se está quejando
 de la vida en que padece
 tan insufrible trabajo.
 Aquella tan sabia vieja,
 que no fué Catón tan sabio,
 del archivo de su pecho
 así la está aconsejando:
 —Hija, mudar condiciones
 es negocio muy pesado,
 y más si tienen raíces
 echadas de algunos años:
 lo que hacen los prudentes
 es buscar algún reparo:
 hazlo, juega á dos espadas,
 pues te ha dado Dios dos manos.

Busca, niña, quien te quiera,
 que mil te estarán rogando;
 que bien puedes sin peligro,
 si te riges con recato.
 Proveyó naturaleza
 que los animales bravos,
 porque no vean sus cuernos,
 tengan los ojos debajo.
 Pues ¿cuánto menos podrán
 ver los suyos los humanos,
 que como son invisibles,
 no se tocan con las manos?—
 No le pareció el consejo
 á la casadilla malo,
 resoluta de pasar
 de espaldas la mar á nado.
 Pero aquella misma noche
 el marido adivinando,
 le castigó la intención,
 aunque fué para su daño;
 que mientras la sacudia,
 ó fuese adrede, ó acaso,
 le ayudaron de la calle
 esta letrilla cantando:
 «Ayúdame á sembrar cuernos,
 »mientras que se piden celos.»

XI

(Anónimo)

Pacíficos amadores,
 los que á las doce y la una
 en las esquinas parados
 parecéis aves nocturnas;

los que parecéis pintados,
 los que os adornáis de plumas,
 los que os preciáis de galanes
 y mártires de cintura;
 los que por una palabra
 os acostáis á la una,
 pareciendo á la mañana
 que os han espantado brujas;
 los que os armáis de paciencia
 á resistir una pluvia
 que capa y jubón os pasa,
 no dejando cosa enjuta;
 los que tenéis el ingenio
 como conchas de tortuga,
 para forjar necedades,
 agudos como una aguja:
 á vosotros vos encargo
 un árbol que no da fruta,
 hasta que á fuerza de brazos
 le despojáis de la oruga.
 Una tierna niña es,
 que ayer salió de una cuna,
 y sabe ya más maldades
 que la traidora Aretusa:
 es botica de invenciones
 con que á vosotros os purga,
 archivo de falsedades,
 aduana de la luna.
 Amarga su trato doble
 como la verde aceituna,
 y sus palabras taimadas
 son más dulces que el azúcar.
 Vosotros la alcanzaréis
 con una flema importuna,
 que á mi me ha dado dentera,
 como no estaba madura;

que yo, como me crié
 con el doctor Covarrubias,
 de siete leguas columbro
 lo que ella no ve de una.
 Éste me dió una lición
 que entre las otras relumbra,
 digna de inmortal memoria,
 y diréla si me escuchan.
 Que quiera más que mis ojos
 la que fuere blanca y rubia,
 y que no me aparte de ella
 hasta que pida *plus ultra*:
 que nunca ponga los ojos
 en cortesanas astutas,
 que con melosas palabras
 el dinero nos usurpan;
 y si yo lo quebrantare,
 que de viruelas me cubra,
 y que en verano me maten
 chinches, mosquitos y pulgas.
 Y así, señores, yo quiero
 pescar á bragas enjutas,
 y dejar costosos gustos
 y andar á mis aventuras.

XII

(Anónimo)

Cierta dama cortesana,
 de las de arandela y toldo,
 de las de buen talle y pico,
 y pícara sobre todo,
 picóla con sus saetas
 Amor, de amores de un mozo,

más que Narciso galán,
y más que galán celoso.
Gozó d'ella algunos días,
sin pechar, que no fué poco;
porque es la primer franqueza
que en sus archivos conozeo.
Cobróla el ninfo afición,
y puso su bolsa en cobro;
porque con sola su gala
pensó conquistallo todo.
Pidióla celos un día,
y á vueltas del alboroto,
algo enojado el galán,
la dió un puntapié en el rostro.
Ella, que nunca había visto
semejantes terremotos
en el cielo de su cara,
tocó á nublo y conjurólos;
y fué la conjuración,
que en yéndose, de allí á un poco
le escribió aqueste papel,
de que yo doy testimonio:
«Deje celosas sospechas,
»que vive Dios que es un tonto
»quien, no dando todo el gasto,
»no piensa pasar por todo.
»Huélguese, pues que le dejan,
»y juegue, pues vamos horros,
»y aunque encuentre mil encuentros,
»no me baraje uno solo;
»y sepa vuestra merced
»que calzo, que visto y como
»á costa de mis costillas,
»por ser tan flacos sus lomos;
»y entienda que es necesidad
»pretender con sus adornos,

»no siendo marqués del Gasto,
»ser conde de Puñoenrostro:
»sepa que ya con las damas
»un metal que llaman oro
»es el discreto, el galán,
»el gentilhombre, el gracioso.
»Por este metal que digo
»habla el mudo y anda el cojo,
»alcanza el que está sin brazos,
»y esde pluma el que es de plomo;
»por aqueste, hábitos verdes,
»y descendientes de godos,
»dan su lado á quien los tiene
»en campo amarillo rojos:
»por este amable metal
»en maridable consorcio,
»de bien diferentes sangres
»he visto yo hacer mondongo;
»por éste arbola bandera
»quien en su vida vió moro,
»ni sabe qué es centinela,
»rebellín, trinchera ó foso.
»Da varas sin ser juez,
»y cátedras sin ser docto,
»y si quiere hará verdad
»de Ovidio Metamorfosios.
»Pues si éste, por quien se alcanza
»cualquiera premio dichoso,
»á vuesa merced le falta,
»y yo en el mundo no sobro,
»¿por qué se mete en honduras
»adonde el mar es tan hondo,
»que suele anegarse en él
»un hombre, aunque sea de corcho?
»Con las damas de este tiempo
»es muy sabido negocio

»que por un Magno Alejandro
 »trocarán catorce Apolos.
 »Pasó ya el dorado siglo
 »que Angélica con Medoro
 »se gozaban en la selva,
 »pagando un amor con otro.
 »Belerma, muy affigida,
 »hechos fuentes ambos ojos,
 »lloraba cinco ó seis años
 »sobre el corazón mohoso.
 »Gastaba la gran Cleopatra
 »sus tesoros con Antonio;
 »dábase Tisbe la muerte,
 »y llevábala el demonio;
 »Catalina por Pascual
 »andaba catorce agostos,
 »y al fin d'ellos sus amores
 »paraban en matrimonio.
 »Ya está tan mudado el tiempo,
 »que aun negras de Monicongo
 »se van tras el interés,
 »y dan al amor del codo.
 »Yo por un poco fui necia;
 »mas basta la burla un poco;
 »busque, si encuentra otra boba
 »con quien él sea menos bobo:
 »y con ella su merced
 »sea mudo, ciego ó sordo;
 »que á todo aquesto se obliga
 »quien quiere mucho, y da poco.»
 Leyó el galán el papel,
 y dijo entre risa y lloro:
 —Quién celos no tiene es simple,
 y quien los pide es un loco.

XIII

(Anónimo)

Una cortesana vieja
 á una muchacha de Burgos,
 mal industriada en el arte,
 la riñe ciertos descuidos.
 —Paréceme, Aldonza mía,
 que es el blanco de tus gustos
 á do tiran tus deseos
 comer y vestir al uso.
 Sabe, niña, aprovecharte,
 porque, como dice el vulgo,
 buena cara y pocos años
 es un riquísimo juro;
 que un censo que está fundado
 en esta corte del mundo
 sobre la edad y belleza,
 ya sabes que no es seguro.
 Redimille el mundo puede,
 y ansi que se guarde es justo,
 porque tras carnestolendas
 se siguen los días de ayuno.
 Muchos galanes te siguen:
 no digo que tengas uno,
 mas que escojas los que fueren
 más de provecho que rumbo.
 Á soldados y estudiantes
 con sus ventajas y cursos
 por Flandes y Salamanca,
 nunca admitas en tu estudio;
 que si quieres letras y armas
 hallarlo has todo junto
 todas las veces que vieres

en tus manos un escudo.
 Buen metal de voz y vena
 en un hombre valen mucho,
 si la vena es del Perú
 y el metal es oro puro.
 Procura pedir á todos,
 en su lengua á cada uno ;
 con señas al liberal,
 y con palabras al duro.
 Y si enfermarse por dar,
 déjale en tiempo oportuno ;
 que el médico nunca aguarda
 á que se muera el difunto.
 Es la bolsa en el amante
 lo que en el enfermo el pulso,
 que en habiendo intercadencias
 le pueden cortar los lutos.
 Da, si fuere menester,
 donde puedas sacar zumo ;
 que el labrador nunca siembra
 en tierra que no da fruto.
 El poner cebo á los peces
 á gran cordura lo juzgo ;
 porque dar lombriz por barbo
 es logro el mayor del mundo.
 Cuando vieres que se va,
 aunque de ello gustes mucho,
 la risa del corazón
 dé lágrimas por tributo ;
 que también el cielo á veces
 hace dos efectos juntos ;
 que llover y hacer sol
 es propio del cielo tuyo.
 Si te llegare á besar,
 dale celos con alguno ;
 que son los celos, amiga,

pimienta de estos besugos.
 Bien sé que pica y abrasa,
 mayormente cuando es mucho ;
 pero poco, y sobre fresco,
 antes acrecienta el gusto. —
 En esto llamó á la puerta
 Don Bernardo y Don Bermudo ;
 Aldonza se fué al estrado,
 la vieja á acechar se puso.

XIV

(Anónimo)

Quiero dejar de llorar
 si me dejan mis pesares,
 y no quiero daros pena
 si me dan lugar verdades :
 quiero olvidar pesadumbres ;
 y por cantar novedades
 cantaré vidas ajenas ;
 «que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá la mujer casada
 sedas, perlas y collares
 y jardín con varias flores,
 y marido de buen talle ;
 y por variar el gusto
 hoy se huelga con un paje,
 y mañana con un bruto ;
 «que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá la monja un devoto
 que la sirva y la regale,
 y que en escribir billetes
 gaste la mañana y tarde ;
 y trocarle ha á dos días

por quien la pele y estafe,
y tendrálo por mejor ;
«que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá el señor racionero,
á costa de sus reales,
damas de más hermosura
que cuantas pintó Timantes ;
y por mudar de manjar
á su ama vieja Hernández
dice amores y ternezas ;
«que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá la dama de corte
por su respeto algún grande,
y harta de señorías
buscará paternidades :
hoy gustará de Narcisos,
mañana buscará Martes,
mudando cada hora el suyo ;
«que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá el soldado rendidas
mujeres de más donaire
que la romana Lucrecia
y la fuerte Bradamante ;
y cansado de altiveces,
con cualquier negra de zape
se entiznará cuerpo y alma ;
«que todo lo nuevo aplace.»

Estaráse la viuda,
llena de luto y pesares,
llorando al marido muerto
por la falta que le hace ;
y dentro de un mes ó dos,
para poder alegrarse,
galán elige, ó marido ;
«que todo lo nuevo aplace.»

Y estaráse la doncella

recogida con sus padres
donde el aire no la toque
si falta en sus cascos aire ;
y enfadada de su casa,
con cualquier alferez de Flandes
se sale á ver nuevas tierras ;
«que todo lo nuevo aplace.»

XV

El mulato de Andújar

(Anónimo)

Con el Mulato de Andújar
sollozando está Juanilla,
porque le han puesto cadena
para colgarle en su día.
La decocción de la uva
hasta la muerte la brinda,
pues parecerá, colgado,
un racimo de uvas tintas.
Si la sacuden el polvo
á la triste cuitadilla,
según dicen malas lenguas,
la mala ha sido la mía.
Por mi mala lengua sólo
hoy le condenan, amiga,
y dejan á los figones
con tantas malas y frías.
No llores, Juana, por tío ;
que te vuelves vieja, mira ;
qu'es propio de malas lenguas
hacer mojar á sus niñas.
¿Qué ha de hacer si le condenan

por unas llaves hechizas ?
 Que ha sido agua de cerrajas
 todo cuanto le acriminan.
 ¡ Dicen qu'es culpa quitarle
 á un hombre una piedra rica !
 ¿ Qué saben estos señores
 si sería mal de orina ?
 Lo demás que le acumulan
 todo ha sido niñería,
 porque una muerte mal hecha
 en un rosario se mira.
 Si era corchete, eso propio
 hace la causa más tibia ;
 que destripar un corchete
 suele hacerlo una ropilla.
 De su muerte, amiga Juana,
 tuvo culpa su bebida,
 pues por lo qu'el vino hace,
 mejor es ahorcar á Esquivias.
 Si estaba el Mulato entonces
 calamocano de vista,
 á un hombre qu'está asomado,
 ¿ quién le culpa una caída ?
 Al agarrarle el corchete,
 él sintió en la zancadilla
 que á un hombre hinchado de panza
 no es bien meterle en pretina ;
 mas ya pienso que le sacan :
 déjale salir, amiga ;
 que no se ha de ahorcar un hombre
 porque le lleven aprisa.
 Deja el llanto, pues agora
 esta jácara nos brinda,
 y bailemos acá abajo
 mientras él danza allá arriba.
 —Dices bien : canten y toquen ;

que ya la Gualda y Marica
 salen diciendo al tablado :
 allá va la jacarilla.

Baile.

«Con lo blanco de la ropa
 »compitiendo sólo tinto,
 »miraron Juana y la Chaves
 »al Mulato en el borrico.
 »Ponte á caballo derecho,
 »Juana al mulato le dijo,
 »porque á quien te viera atado
 »no parezcas encogido.
 »Y por postrera el Mulato,
 »despidiéndose, le dijo :
 »desde niño temí siempre
 »el morir de garrotillo.»

XVI

La villana y el soldado huésped

(Anónimo)

En una aldea de corte,
 que hace de la corte aldea,
 alojóse un capitán,
 más de paz que no de guerra ;
 y si de alguna podía,
 la guerra de amores era ;
 que era el extremo de gala
 que tuvo la soldadesca.
 No hizo oficio de huésped,
 ni salió como debiera,
 pues de la casa del suyo
 se llevó la mejor prenda
 (no semejante al troyano,

que robó por fuerza á Elena ;
 que ella se fué de su gusto,
 si sabello dar no es fuerza):
 una villana graciosa,
 del huésped hija doncella,
 enamorada de verle
 las borlas de la gineta,
 y las plumas de un sombrero
 pajizas, blancas y negras,
 con una cifra de plata,
 medalla de la roseta ;
 como es propio de mujeres
 dejarse llevar sin rienda,
 enamoradas de plumas,
 que es aire de su veleta.
 Concertaron una noche
 que por una falsa puerta
 saliese al cuerpo de guardia
 á dar el suyo sin ella,
 vestida en hábito de hombre,
 bizarro calzón y media,
 que por lo que de él sabía
 no lo tuvo á cosa nueva.
 Caminó toda la noche
 y gran parte de la siesta,
 que como sale briosa,
 no la cansan muchas leguas.
 Contenta de verse libre,
 siempre tomando boleta,
 mientras duerme el capitán
 cantaba de esta manera.

Villancico.

«Seguir al amor me place,
 »aunque rabie mi madre.
 Amor dulce y regalado,
 galán como enamorado,

valiente como soldado,
 vuestras guerras son mis paces,
 «aunque rabie mi madre.»

Dejaré por él mi tierra,
 pues el amor me destierra ;
 que más quiero aquesta guerra,
 que paz con tantos azares,
 «aunque rabie mi madre.»

De verme más se despida ;
 que no quiero estar metida
 donde allí acabe mi vida
 labrando sus ajuares,
 «aunque rabie mi madre.»

Sus pensamientos son vanos ;
 que quiero mucho mis manos ;
 y si allá me honran villanos,
 acá me estiman Guzmanes,
 «aunque rabie mi madre.»

XVII

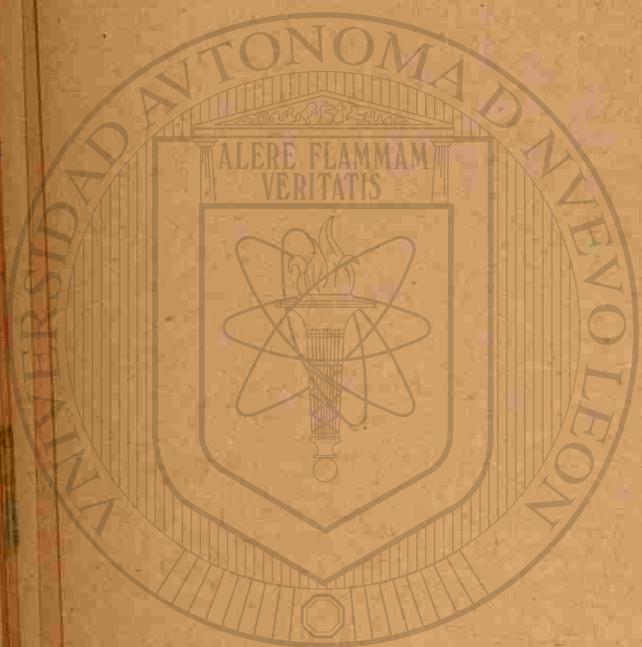
Continuación del anterior

(Anónimo)

La villana de las borlas
 con la medalla de plata,
 que se fué con el soldado
 enamorada de lanzas,
 ha vuelto ya de la guerra
 con las armas destrozadas,
 y de las muchas heridas
 viene rota y maltratada.
 El sombrero trae francés,
 vuelta á la copa la falda,
 con una pluma de gallo

á la valona terciada ;
 por roseta un mondadientes,
 y por toquilla una banda ;
 una saltambarca rota
 de puro saltar en barca,
 y de la brea y resina
 no poco sucia la saya ;
 que quien anda por galera
 ha de limpiar muchas tablas.
 Una camisa de angeo
 y un alzacuello de palma,
 una gorguera de puntas
 almidonada con grasa ;
 gran copia de tembladeras,
 que las más de ellas se rasgan,
 despojos de la victoria,
 cautivos de las hilachas ;
 un zapato alpargatado
 sin cairel, labor ni gala,
 porque era fino alpargate
 teñido en sangre de vaca.
 Solía traer botines ;
 mas ya de puro cansada
 juró de no los traer
 hasta la vuelta de Francia.
 Pudiera ponerse ligas,
 pero faltaban las calzas,
 y por ahorrar de sobras,
 empeñólas por las faltas.
 Las faldas de la camisa
 bien se pueden llamar faldas,
 que son de una sarga vieja
 toda pintada de urracas,
 y puesta á la delantera
 una cabeza de fama,
 que acaso puso el pintor

de Don Amadís de Gaula,
 más poderosa defensa
 que todo el cuerpo de guardia,
 pues unas haldas curiosas
 están muy cerca de malas.
 Al fin la villana vino :
 su buena madre la abraza,
 puesto que nadie la entienda
 que viene al uso de Italia.
 Fratelos llama á los mozos,
 Sorelas á las criadas,
 á la ternera, vitela,
 y á los pucheros, piñatas.
 Contó de las hosterías,
 alojamientos y casas,
 del hurtar de las gallinas
 y esconder la ropa blanca :
 dijo nombres de galera,
 y qué eran mástil y gavias,
 y del cañón de crujía
 contó millones de gracias.
 Con esto el padre y el pueblo
 la llaman la italiana :
 el sacristán la visita
 por saber cosas de Italia ;
 mas ella, que verse espera
 segunda vez en la armada,
 esperando gente nueva,
 ejercitaba las armas.



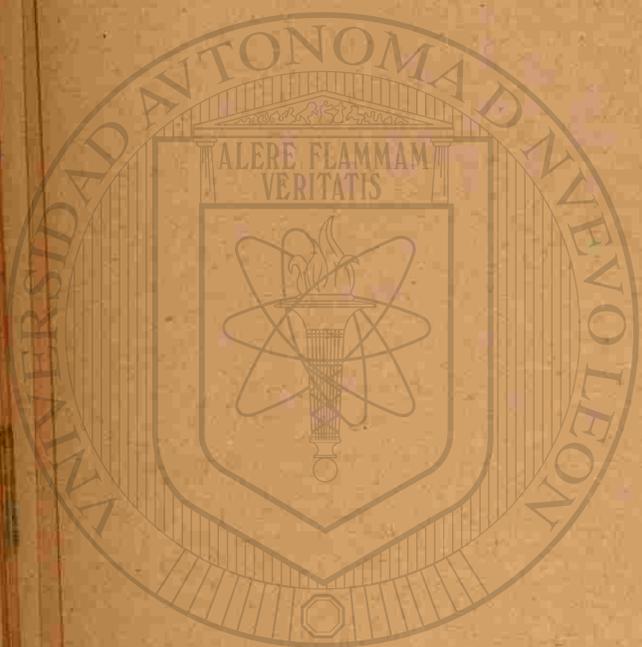
ROMANCILLOS AMATORIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



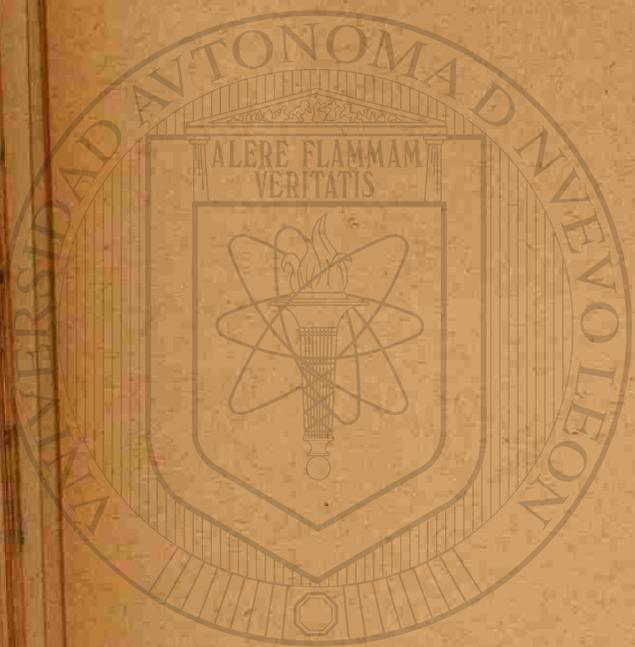
ROMANCILLOS AMATORIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

(Del príncipe de Esquilache)

De las playas, madre,
donde rompe el mar
parten las galeras,
con mi bien se van:
cuanto más las llamo
ellas huyen más;
si las lleva el viento,
¿quién las detendrá?

El de mis suspiros
hácelas volar,
cuando más pretendo
que vuelvan atrás;
si forzados quedan,
forzados irán,
unos á partirse
y otros á quedar:
«Llamo con suspiros
»el bien que pierdo,
»y las galerillas
»baten los remos.»

De casas que huyen
¿quién podrá fiar
un amor de asiento
que tan firme está?
si ligeras vuelan,
¿dónde pararán?
que quien tanto corre
suele tropezar.

Los azules campos
vuelven de cristal:
todo cuanto tocan
mudándose va.

No está el mar seguro
ni el viento jamás:
mis suspiros solos
en un sér están:
«Llamo con suspiros
»el bien que pierdo;
»y las galerillas
»baten los remos.»

× II

(Anónimo)

Madre, un caballero
que á las fiestas sale,
que mata los toros
sin qu'ellos le maten,
más de cuatro veces
pasó por mi calle
mirando mis ojos
porque le mirase.
«¡ Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»

Músicas me daba
para enamorarme,
papeles y cosas
que las lleva el aire:
siguióme á la iglesia,
siguióme en el baile
de día y de noche,
sin querer dejarme.

«¡ Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»

Y de mis colores
dió en vestir sus pajes
al uso moderno,
qu'es corto de talle.

Si como mis bienes
¡ay! fueran sus males,
nunca aquestas cosas,
madre, fueran tales,
ni jamás lo fueran
para enamorarme.
«¡ Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»

Viéndome tan dura
procuró ablandarme
por otro camino
más dulce y suave:

dióme unos anillos
con unos corales,
zarcillos de plata,
botillas y guantes;
dióme unos corpiños
con unos cristales:
¡negros fueron ellos,
pues negros me salen!

«¡ Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»

Perdi el desamor
con las libertades,
quisele bien luégo,
bien le quise, madre.
Empecé á quererle,
empezó á olvidarme ;
muérome por él,

no quiere él mirarme.
«¡ Rabia le dé, madre,
rabia que le mate !»

Pensé enternecerle.
¡ Mejor mala landre !
¡ Halléle más duro
que unos pedernales !
Anda enamorado
de otra de buen talle,
que al primer billete
le quiso de balde.

«¡ Rabia le dé, madre,
rabia que le mate !»

¡ Nunca yo le fuera,
madre, miserable,
pues no hay interés
que al fin no se pague !
¡ Mal haya el presente
que tan caro sale !

¡ Y mal haya él,
que tanto mal sabe !
«¡ Rabia le dé, madre,
rabia que le mate !»

Y al correr los toros
mañana en la tarde,
no haga las suertes
que mi alma sabe :
fáltele la lanza
y el rejón le falte

con que antaño hizo
tan vistosos lances ;
y cuando en las cañas
más gallardo ande,
cañazo le dén
que le descalabre.

«¡ Rabia le dé, madre,
rabia que le mate !»

Y al correr la plaza
con otros galanes,
caída dé él solo
que no se levante ;
salga de las fiestas
tal, que otros le saquen,
y cuando estas cosas,
madre, no le alcancen,
«¡ Rabia le dé, madre,
rabia que le mate !»

III

(Anónimo)

¡ La niña morena,
que yendo á la fuente
perdió sus zarcillos,
gran pena merece !

Diérame mi amado,
antes que se fuése,
zarcillos dorados,
hoy hace tres meses.
Dos candados eran
para que no oyese
palabras de amores
que otros me dijese.

Perdílos lavando :

¿ qué dirá mi ausente,
«sino que son unas
»todas las mujeres?»

Dirá que no quise
candados que cierren,
sino falsas llaves,

mudanza y desdenes ;
dirá que me hablan
cuantos van y vienen,
«y que somos unas
»todas las mujeres.»

Dirá que me huelgo
de que no parece
el domingo en misa,
ni en mercado el jueves ;
que mi amor sencillo
tiene mil dobleces,
»y que somos unas
»todas las mujeres.»

Diráme: — ¡ Traidora,
que con alfileres
prendes de tu cofia
lo que mi alma prende! —
Cuando esto me diga
diréle que miente,
«y que no son unas
»todas las mujeres.»

Diré que me agrada
su pellico el verde
muy más qu'el brocado
que visten marqueses ;
que su amor primero
primero fué siempre ;
«que no somos unas
»todas las mujeres.»

Diréle qu'el tiempo,
qu'el mundo revuelve,
la verdad que digo
verá si quisiere.
¡ Amor de mis ojos,
burlada me dejes
«si yo me mudare
»como otras mujeres!»

IV

(Anónimo)

Aqueste domingo,
no muy de mañana,
fué Jacinta al prado,
la recién casada.
Diéronle aquel día,
para ir más galana,
galas de artificio
y en natural gracia ;
ella, que salía,
yo, que la miraba :
¡ con qué lindos ojos
salió de su casa !
y en llegando al campo,
dijo una gitana,
hermosa la vista,
graciosa la habla :
— « ¡ Linda cara buena,
»bien seáis llegada! »
¡ Cara buena linda,
bien seáis hallada !
Déme una limosna
tu cara de pascua ;

que aquestos ojitos
son de enamorada.
Tres Juanes y un Pedro
penan por tu causa:
casarás dos veces;
serás bien casada.—
Ella con cuidado
sus joyas guardaba:
teme que la alivie
de tan noble carga;
y así recelosa,
dice que se vaya;
mas la gitanilla
volvió á importunalla.
«Linda cara buena, etc.»
—¡ Ah cara de rosa!
ah señora hidalga!
vuelve acá esos ojos;
no estés enojada.—
Dióle al fin limosna,
y sobre las rayas
una cruz le hizo
en la mano blanca.
—Parirás dos hijos,
le dice la sabia,
y diráte el uno
la misa cantada;
vendrá á ser el otro,
si se da á las armas,
capitán ó alférez:
querránle las damas.
Vivirás contenta,
aunque te amenazan
dos enfermedades;
mas ya son pasadas.
Larga vida tienes;

Dios te la dé larga:
mucha hacienda heredas;
vendráte por agua.—
Fuése, y dijo luégo,
sin hurtarle nada,
que tan lindos ojos
nadie los agravia.
Volvióse con esto,
alegre y ufana,
donde Albanio y Tirsi
á la puerta cantan:
«Linda cara buena, etc.»

V

(De D. Luis de Góngora)

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú á la amiga
ni yo iré á la escuela:
pondránte el corpiño
y la saya buena;
cabezón labrado,
toca y albanega,
y á mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
calza de estameña;
y si hace bueno,
traeré la montera
que me dió la pascua
mi señora abuela,
y el estadal rojo
con lo que le cuelga,

que trajo el vecino
 cuando fué á la feria.
 Iremos á misa ;
 veremos la iglesia :
 darános un cuarto
 mi tía la ollera ;
 compraremos dél,
 que nadie lo sepa,
 chochos y garbanzos
 para la merienda,
 y en la tardecica,
 en nuestra plazuela
 jugaré yo al toro,
 y tú á las muñecas
 con las dos hermanas
 Juana y Madalena,
 y las dos primillas
 Marica y la Tuerta ;
 y si quiere madre
 dar las castañetas,
 podrás, tanto dello,
 bailar en la puerta,
 y al són del adufe
 cantará Andregüela:
 «No me aprovecharon,
 »Mi madre, las yerbas.»
 Y yo de papel
 haré una librea
 teñida con moras
 porque bien parezca,
 y una caperuza
 con muchas almenas:
 pondré por penacho
 las dos plumas negras
 del rabo del gallo
 que acullá en la huerta

anaranjeamos
 las carnestolendas ;
 y en la caña larga
 pondré una bandera
 con dos borlas blancas
 en sus tranzaderas ;
 y en mi caballito
 pondré una cabeza
 de guadamaeil,
 dos hilos por riendas,
 y entraré en la calle
 haciendo corvetas,
 yo y otros del barrio,
 que son más de treinta ;
 jugaremos cañas
 junto á la plazuela,
 porque Bartolilla
 salga acá y nós vea :
 Bartola, la hija
 de la panadera,
 la que suele darme
 tortas con manteca ;
 porque algunas veces
 hacemos yo y ellas
 mil bellaquerías
 detrás de la puerta.

VI

(Anónimo)

Hermano Perico,
 que estás á la puerta
 con camisa limpia
 y montera nueva,

gorra de panis

sayo alagartado, *caraca*
jubón de las fiestas,
zapatos de dura,
de lazos y orejas;
calzas atacalas
de gamuza, y medias
de color de vayo
con sus rodilleras:
mi hermano Bartolo
se va á Inglaterra
á matar al Draque
y á prender la reina,
y á los luteranos
de la Bandomesa;
tiene de traerme
á mí de la guerra
un luteranico
con una cadena;
y una luterana
á señora agüela.
Vámonos yo y tú
para la azotea:
desde allí veremos
á las lejas tierras,
los montes y valles,
los campos y sierras;
mas, si allá nos vamos,
diré una conseja
de la blanca niña
que tomó la griega.
Yo tengo una poca
de miel y manteca;
turrón de Alicante
y una piña nueva,
haremos de todo
cochaboda y buena.

—Dorotea, vamos
á pasar la siesta,
y allá jugaremos
donde no nos vean:
harás tú la niña,
y yo la maestra;
veré tu dechado,
labor y tarea;
haré lo que suele
hacer la maestra
con la mala niña
que su labor yerra.
Tengo yo un cochito
con sus cuatro ruedas,
en que tú rodando
llevés tus muñecas;
un peso de limas,
hecho de dos medias,
y un corre-verás
que compré en la feria.
Cuando yo sea grande,
señá Dorotea,
tendré un caballito,
daré mil carreras;
tú saldrás á verme
por entre las rejas,
y nos casaremos,
y habrá boda y fiesta.—

VII

(Anónimo)

—Deja ya el mandil
y arrima la escoba,

dijo á Constancilla
 una setentona :
 la saya de frisa
 mugrienta y jugosa
 la gasten gallegas
 carichatas, romas.
 ¿ Tu rostro por dicha,
 por quezuela tonta,
 sabes lo que vale,
 rapaza mocosa ?
 Por mí santiguada,
 si mi acuerdo tomas,
 más sedas arrastres
 que quince señoras.
 Vente tú conmigo ;
 que si aquestas tocas
 dan en cobijarte,
 tendrás buena sombra ;
 yo haré con ellas
 de gente más copia,
 que doce banderas
 con sus cajas roncás.
 Irnos hemos juntas
 á una y otra boda ;
 tañerás sonajas,
 bailarás chacona ;
 vendrá el tañedor,
 y por poca cosa
 te hará mudanzas
 que te tornen loca.
 Oiremos comedias,
 que es gustosa cosa,
 do habrá colaciones,
 y andará la loza.
 Saldremos de mayo
 las mañanas todas,

del campo al rocío,
 que alegre y engorda ;
 irá la cestilla
 con tocino y bota ;
 que si bien lo miras,
 esto es lo que importa.
 Durante el comer
 estaremos solas,
 que en esto, testigos
 es pesada cosa :
 cuentan los bocados,
 si bebéis os notan,
 y al fin su presencia
 el almuerzo apoca.
 Después nos vendremos,
 Constanza, á la olla,
 que las guiso yo
 cual verás, cachorra.
 Dormirás tras esto
 la siesta dos horas,
 y yo velaré ;
 que así se negocia.
 Iremos de noche
 hechas viltrotonas ;
 darnos han confites,
 manjar blanco, aloja ;
 traeremos regalos,
 dineros en bolsa,
 y álguien de camino,
 porque no estés sola.
 ¡ Gran cosa es oficio,
 que de gente ociosa
 no se espera al fin
 sino hambre odiosa !
 Por no estar mirando
 si está la señora,

con sus melarquias,
 si vela ó reposa,
 siempre procuré
 con mi industria corta
 ganar un real
 con recato y honra.
 No soy á la fe
 como otras guitonas,
 que de casa en casa
 se van á la sopa.
 Un palmo de cara
 que le miren todas,
 sin que nadie diga
 lo que dicen de otras.

VIII

(Anónimo)

Hija Marigüela,
 estos mozalbillos,
 si de ellos te pagas,
 yo te pronostico
 hambre y desventura,
 desnudez y frío,
 y otras mil miserias
 que agora no digo.
 De lo que estos sirven
 es, de que en cabildo
 se sepa mañana
 lo que anoche se hizo.
 No echarán un cuarto,
 aunque dén cien brincos
 para ir á la plaza:
 ¡mira bien qué aliño!

De hombres de palacio
 que huyas te aviso;
 que á tinelo huelen
 desde el grande al chico.
 Todo se les va
 en andar pulidos;
 porque en las raciones
 echan mil subsidios.
 Cuarte de estudiantes,
 que son todo pico,
 y hasta hoy ninguno
 hemos visto ahíto.
 También de poetas,
 cual del malo mismo;
 que son todos pobres
 y desvanecidos,
 y con un soneto
 piensan que han cumplido,
 si ya no te piden,
 de hambre transidos.
 Diránte del Bembo
 seis conceptos ricos,
 y de Garcilaso
 mil versos divinos.
 Tienen al Petrarca
 en la mente escrito:
 ¡mira tú qué olla
 hará este tocino!
 Pues de los soldados
 harto te he ya dicho,
 y si no, en mi cara
 lo verás escrito,
 donde manifiestan
 estos rasguñillos
 su término y pagas
 cuáles son y han sido.

Todo lo he probado,
 sea Dios bendito;
 no hay suerte ni estado
 que no haya corrido;
 hablo de experiencia
 más que no de vicio:
 no aguardes que el tiempo
 haga cual conmigo.
 Siempre me agradó
 quien del esportillo
 sabe las costumbres,
 que estos son los lindos;
 que la saya y ropa,
 el manto y corpiños
 renueven sin tiempo
 casi en sus principios,
 y que el alquiler
 tengan por escrito,
 para que el casero
 no sea prolijo:
 hombres personudos,
 gordos y rollizos,
 de anchas pantorrillas
 y tozuelos lisos,
 de cuarenta arriba,
 con muchos anillos,
 no muy bachilleres,
 tiesos y engreidos.
 Da tú al diablo hombre,
 que verás mil ninfos
 con unas cinturas
 que parecen micós;
 que con limas dulces
 y seis confititos
 y un búcaro de agua
 pasan un estío,

y si los convidan,
 veinte cigoñinos
 no engullen más que ellos,
 ni con más ahínco.
 Ten de mercaderes
 siempre cuenta en libro,
 dó no esté tu nombre,
 por quitar de ruidos.
 Cuando á costa agena,
 mete á dos carrillos,
 que no sabes cuándo
 volverás á henchirlos.
 Ten quedas las manos
 y rienda en el pico;
 que mala respuesta
 aguarda el mal dicho.
 Con gente de Jauja
 conversa poquito;
 que no da provecho
 y meten ruido.
 Nunca de *haré*
 pagues tus oídos;
 que es una moneda
 que gastan perdidos.
 De estos hay mil francos;
 pero yo te aviso
 que es mejor un *toma*
 que dos prometidos.
 El real en la tierra
 es el buen amigo,
 y si no, en faltando
 mira cuál va el río.
 Harto me parece,
 hija, que te he dicho,
 con lo que tú sabes,
 que has de mi aprendido.

Si quedares necia,
 no culpes tu signo;
 que el maestro tiempo
 no admite arrepios.
 Nunca vi discreto
 del tiempo ofendido;
 porque al fin le estima
 como dón divino.
 Mata ya por ti;
 que setenta y cinco
 traigo só las tocas
 y algunos que siso;
 y ya que riquezas
 darte no he podido,
 consejos te dejo,
 dones muy más ricos.
 Empinó tras esto
 un jarro de pico
 y una calabaza
 de hasta tres cuartillos;
 abrazó á la niña
 tras estos suspiros,
 y acabó diciendo
 que lo dicho dicho.

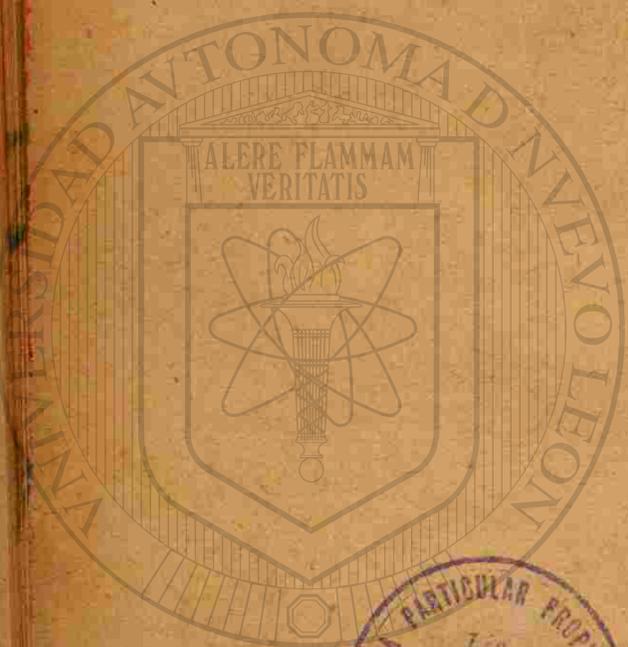
FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
ADVERTENCIA PRELIMINAR.	v
Romances moriscos.	7
Romances caballerescos.	65
Romances históricos.	161
Romances doctrinales.	237
Romances amatorios.	247
Romances jocosos.	277
Romancillos amatorios.	321

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

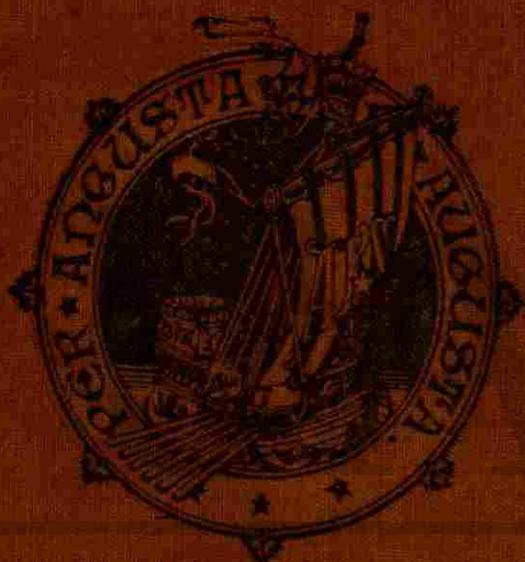


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AD AUTONOMIA
ION GENERALI DE BIL

